ARGENTINA RYDER



EL ACUERDO DE *San Valentín*

El Acuerdo de San Valentín

Argentina Ryder

Contessina Publishing

Derechos de autor ©2026 por Contessina Publishing

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada ni transmitida en ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, escaneo o de cualquier otro tipo, sin la autorización escrita del autor.

Gracias por respetar el trabajo de este autor.

El Acuerdo de San Valentín del Amor es una obra de ficción. Cualquier similitud con personas vivas o muertas, eventos, lugares u organizaciones reales es pura coincidencia y no es intencional.

Contents

1. Capítulo uno
2. Capítulo dos
3. Capítulo Tres
4. Capítulo Cuatro
5. Capítulo Cinco
6. Capítulo Seis
7. Capítulo siete
8. Capítulo Ocho
9. Capítulo Nueve
10. Capítulo Diez
11. Epílogo
También por Argentina
Acerca de Argentina

Capítulo uno

Holden

La campana sobre la puerta había sonado seis veces antes del mediodía. Llevaba la cuenta porque cada repique significaba otra conversación para la que no tenía tiempo. La señora Redding se pasó para comprobar el pedido de flores para la gran boda de su hija el mes que viene. Un hombre al que no había visto en la vida quería saber si vendía globos. Y en algún punto entre esas interrupciones, había perdido el hilo en la hoja de cálculo de proveedores por tercera vez.

Para cualquiera que pasara por delante, Hutchinson Florals parecía un remanso de paz. Vacío, incluso; un día de enero normal y corriente. Unas cuantas plantas en macetas en el escaparate, algunos arreglos de follaje en la mesa de exposición, nada que gritara que se acercaba San Valentín.

Esa era la cuestión.

El trabajo real ocurría al fondo, en la cámara frigorífica, en los cuadernos y hojas de cálculo en los que llevaba enterrado desde Año

Nuevo. Las cifras de pedidos del año pasado me decían que necesitaría cuatrocientas rosas para el diez de febrero. Los precios al por mayor me decían que todavía no podía permitirme pedirlas, no con el recargo de enero, no cuando podía esperar dos semanas más y, con suerte, ahorrarme un doce por ciento. Así que esperaba, y planificaba, y revisaba mis cálculos por triplicado, porque gestionar San Valentín en solitario significaba que no había margen para el error.

Lynda ya lo habría tenido todo organizado a estas alturas. Trabajó aquí durante treinta años, primero para mi abuela y luego para mí cuando heredé el local hace cinco años. Se había jubilado en diciembre, despidiéndose alegremente con la mano y con la promesa de pasarse a tomar el té.

No había encontrado a nadie para sustituirla. Me decía a mí mismo que no había encontrado a la persona adecuada.

La verdad era más cruda: me gustaba la tranquilidad. De hecho, había construido mi vida en torno a ella. Prospect Ridge, Colorado, era lo suficientemente pequeño como para que todo el mundo se metiera en los asuntos de los demás, lo que significaba que todos sabían que no me interesaban las mujeres con las que Mags, la del Copper Kettle, intentaba emparejarme a toda costa.

Al final acabó pillando la indirecta.

Las opciones de encontrar hombres en un pueblo de este tamaño iban de limitadas a inexistentes, y yo no era de los que tenían líos casuales con personas con las que me cruzaría en el supermercado durante los próximos treinta años. Así que había hecho las paces con la soledad. Mi mano funcionaba bien. La tienda me mantenía ocupado. Era suficiente.

Tenía que ser suficiente.

La tienda tenía buena base. Ladrillo visto en una pared, amplios ventanales que dejaban entrar una luz decente, suelos de madera que crujían en los puntos donde solía ponerse mi abuela mientras trabajaba. Crecí viéndola mover las manos entre tallos y pétalos como si dirigiera una orquesta que solo ella podía oír. Regentó este lugar durante cuatro décadas antes de que le fallara el corazón, y cuando todos aquellos con los que fui al colegio se marcharon de

Prospect Ridge buscando ciudades más grandes y mejores oportunidades, yo me quedé. La tienda era el único lugar que sentía como mío.

Ahora reinaba el silencio. Estaba a solas con las hojas de cálculo y la satisfacción de no tener que charlar por compromiso. Mis manos encontraron tarea: actualizar recuentos de inventario, cotejar catálogos de proveedores, marcar las muestras de cinta que ni siquiera se acercaban al rojo vino que había pedido. Trabajo que podía hacer sin pensar. Trabajo que no requería que fuera nada más que lo que ya era.

La campana volvió a sonar. Me cago en mi vida.

Dos corgis irrumpieron por la puerta primero, tirando de las correas como si hubieran descubierto la tierra prometida. De color canela y blanco, con las patas cortas moviéndose a toda máquina; el más grande delante, con el hocico trabajando horas extra mientras intentaba investigar cada rincón de la tienda. El más pequeño se quedó atrás, cerca de la puerta, esperando, observando a su compañero para ver si el terreno era seguro. Detrás de ellos, arrastrado como si fuera un estorbo, venía su dueño.

Su coronilla apenas me llegaría al hombro aunque se pusiera de puntillas. Estaba acostumbrado a mirar a la gente hacia abajo; medir dos metros hacía que fuera inevitable. Pero esto se sentía como mirar más abajo de lo habitual. Tanto que me fijé en el ángulo de su mandíbula, en cómo su cuello tendría que inclinarse hacia atrás para encontrar mis ojos. Entonces el resto de él alcanzó mi cerebro: pelo rubio arena, ondulado, rizándose detrás de las orejas donde le había crecido bastante. Ojos brillantes y curiosos.

Se movía como alguien cómodo en su propio cuerpo, rápido y expresivo, hablando ya con las manos incluso antes de decir una palabra.

Me miró y abrió la boca, luego la cerró y volvió a abrirla.

—Vale, vaya —dijo—. Eres alto.

Me lo decían mucho. Medir dos metros hacía que la gente hiciera comentarios. Que preguntaran si jugaba al baloncesto, si el tiempo era distinto allá arriba, si podía alcanzar cosas de los estantes altos.

Había oído cada chiste, cada observación, cada torpe intento de establecer una conexión. Esperé el suyo.

—Perdona. —Sacudió la cabeza, con un rubor trepando por sus pómulos—. Eso ha sido de mala educación. Seguro que no lo habías oído nunca.

—Ni una sola vez.

Se rió, más fuerte de lo necesario para este espacio tan pequeño. —Me parece justo. Me lo he buscado. —Tiró de las correas, sin conseguir nada—. Marceline y Bubblegum tienen opiniones sobre tu mercancía.

Tenía unos ojos que captaban la luz de las ventanas, de un color entre verde y marrón.

—¿Marceline y... Bubblegum?

—Los perros. —Los señaló con la mano libre.

La atrevida —Marceline, supuse— había descubierto el helecho en maceta cerca de la caja y lo olisqueaba con la intensidad de un sumiller evaluando una cosecha. Bubblegum por fin se había aventurado más allá del umbral, acomodándose a los pies de su dueño ahora que el espacio había sido declarado seguro.

—¿Puedo ayudarte en algo? —pregunté, porque tenía que decir algo, y eso era más seguro que comentar los nombres raros de sus perros, o su risa, o la forma en que me estaba mirando. No era como miraba la mayoría de la gente —las ojeadas curiosas a mi altura, las evaluaciones rápidas y los descartes—. Esto era otra cosa. Algo que reconocía porque me había entrenado para no hacerlo yo mismo.

Me estaba mirando como yo miraba a los hombres que no podía tener en un pueblo tan pequeño.

—Necesito flores. —Se acercó al mostrador y me sorprendí a mí mismo enderezando la postura encorvada que había mantenido toda la mañana. Desplegándome, solo un poco.

Su mirada recorrió mi cuerpo; sus ojos se movían lentos, deliberados. Un calor me subió por la nuca.

—Para entregar —añadió—. En mi oficina.

Esperé el resto. El nombre de alguien —una novia, su madre... ¿quizás incluso un novio?—. La explicación que siempre acompañaba

a los encargos de flores, la historia que yo no pedía pero que recibía de todos modos.

—Para mí mismo. —Lo dijo al ver que yo no respondía—. Quiero enviarme flores a mí mismo.

Mi bolígrafo se detuvo sobre el formulario de pedido. —¿Quieres enviarte flores a ti mismo?

—¿Es raro? —No esperó respuesta—. Mi padre solía traerle flores a mi madre todos los viernes. No por nada especial. Solo porque quería que ella supiera que estaba pensando en ella. Firmaba las tarjetas con un «Porque sí». Mi último novio pensaba que era ridículo y decía que yo era demasiado sentimental. —Algo cruzó por su rostro, un destello fugaz—. Pero él pensaba que muchas cosas sobre mí eran demasiado, así que... He pensado que me merezco flores aunque nadie más vaya a comprármelas.

Último novio.

No tenía ni idea de qué decir al resto. En cinco años al frente de esta tienda, nadie había pedido flores para sí mismo con esa clase de sinceridad. La gente enviaba flores para pedir perdón, para celebrar, para guardar luto. Las enviaban porque se les había olvidado algo importante o porque querían impresionar a alguien. No se enviaban flores a sí mismos porque se las merecieran.

—¿Qué tipo de arreglo? —me oí preguntar.

—Algo hermoso, elaborado por un profesional —dijo, señalándome con un gesto de la mano. Se acercó más al mostrador, lo suficiente para que me llegara un rastro de jabón y algo especiado. Se apoyó con los antebrazos y mi mirada se quedó fija en sus manos: dedos delgados, un pequeño tatuaje en la parte interna de la muñeca. Un trazo sencillo—. Nada de esas tristes del supermercado envueltas en plástico.

—Yo no hago arreglos tristes.

—Me alegra oírlo. —Ahora estaba mirando la tienda, fijándose en los catálogos de proveedores apilados en la mesa del fondo, en las muestras de cinta extendidas sobre el mostrador. Vestía por capas, un jersey crema bajo una chaqueta que parecía demasiado fina para enero, y se rodeaba los codos con las manos como si ya tuviera frío —. Este sitio es genial. ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Cinco años. Antes era de mi abuela.

—Yo soy nuevo. Me mudé hace apenas un mes. —Lo dijo como si esperara que le diera la bienvenida al pueblo, que le preguntara de dónde venía, que entablara el tipo de conversación que yo llevaba evitando toda la mañana—. Soy Jamie, por cierto. Jamie Redford.

No le dije mi nombre. No hacía falta. Estaba pintado en el escaparate en letras doradas que llevaban allí desde antes de que yo naciera.

—¿Presupuesto? —pregunté en su lugar.

—Lo que haga falta para que sea algo precioso. —Sacó la cartera y me entregó una tarjeta—. No me digas cuánto. Solo haz algo bueno y cóbramelo.

—¿Y la tarjeta?

Se lo pensó un momento. La perra más atrevida, Marceline, supuse, se había aburrido del helecho y estaba dándole con el hocico a Bubblegum, que aguantaba la atención con el aire de un hermano sufrido.

—Solo un «Porque sí» —dijo—, «porque te lo mereces». Algo positivo por el estilo.

Lo anoté. Su propia caligrafía habría sido mejor, más significativa, ¿no? Pero no se ofreció a escribirla él mismo y yo tampoco se lo sugerí. Tomé la dirección de su oficina —el espacio de cotrabajo sobre la antigua ferretería calle abajo— y le dije que haría la entrega en algún momento de esta semana.

—Sorpréndeme —dijo—. Elige un día. —Miró a los perros y luego volvió a mirarme a mí, levantando la cabeza para encontrar mis ojos. Ese ángulo no debería haberme provocado nada. Lo hizo de todos modos—. Estamos allí casi todas las mañanas. Y me gustan las sorpresas.

—A la mayoría de la gente no.

—Yo no soy la mayoría de la gente. —La comisura de su boca se curvó hacia arriba y me descubrí siguiendo la forma de su boca, la plenitud de su labio inferior, la manera en que la sonrisa le cambiaba toda la cara. Aparté la mirada antes de que pudiera pillarme.

—Gracias, chico de las flores.

Se había ido antes de que pudiera responder, con la campana repicando a su espalda. La tienda volvió a quedarse en silencio. Solo yo, las hojas de cálculo y el tenue rastro de jabón que flotaba en el aire donde él había estado.

De vuelta al trabajo. O lo intenté. Pero mis manos habían perdido el ritmo y no dejaba de mirar hacia la puerta como si esperara que volviera a abrirse.

Me pellizqué el puente de la nariz y me obligué a centrarme en la hoja de cálculo. Se acercaba San Valentín. Tenía trabajo que hacer. No tenía tiempo para pensar en unos ojos brillantes de color avellana.

Aun así, pensé en ellos.

Jamie

Marceline y Bubblegum sabían a dónde iban antes que yo. Tiraban de mí por Main Street como si fueran pequeños perros de trineo, mientras el viento de enero atravesaba mi chaqueta recordándome que los inviernos de Colorado pegan distinto aquí que en Denver. Aquí arriba hace más frío, uno más cortante. El tipo de frío que encuentra cada hueco entre la ropa y la piel.

Hicimos una parada rápida en el pequeño parque frente al Copper Kettle, donde he desayunado tres veces esta semana. Prospect Ridge no era grande, apenas cuatro manzanas de Main Street, un puñado de barrios residenciales a los pies de una estación de esquí, y montañas a lo lejos como si estuvieran haciendo guardia. Todo el mundo se conocía.

Eso iba a ser un problema.

Llevar un mes en este pueblo me ha enseñado un par de cosas: el Copper Kettle tiene mejor bollería que la cadena que hay junto a la autopista, el espacio de cotrabajo sobre la antigua ferretería es el

único lugar con un wifi fiable Y esta situación en la que me he metido —seguir a mi ex a su pueblo natal para compartir la custodia de dos corgis— podría funcionar de verdad.

La floristería fue un descubrimiento. Había pasado por delante una docena de veces sin fijarme, pero esta mañana algo me empujó hacia ese edificio. ¿Era el impulso de darme un capricho? Sí, quizás anoche estuve un poco de bajón, lamentando simultáneamente la muerte de mi vida amorosa al mudarme a este pueblo minúsculo, sintiéndome dolido porque Landon pasó de mí cuando nos cruzamos en el súper, y bueno, por mi corazón todavía magullado y sensible.

Enviarme flores me pareció un plan estupendo en aquel momento.

Y luego estaba el florista. No estaba preparado para eso. Para él.

El chico de las flores era la persona más alta que he visto de cerca en mi vida. No solo alto: imponente, el tipo de altura que hacía que la tienda pareciera más pequeña, que me hacía consciente de cada centímetro que no tengo. Estar cerca de él era como estar junto a un edificio. Tuve que inclinar la cabeza hacia atrás en un ángulo que debería haber sido ridículo solo para encontrar sus ojos, y algo en eso, en la vulnerabilidad de la posición, o quizás en la forma en que se irguió cuando me acerqué, le hizo algo a mi cerebro.

Pelo oscuro muy corto. Ojos oscuros que no revelaban nada. Hombros anchos, extremidades largas. Unas manos que me llamaron la atención cuando cogió el formulario: grandes, cuidadosas, con una pequeña cicatriz en el pulgar izquierdo por la que quise preguntarle. Los músculos de sus antebrazos moviéndose bajo las mangas remangadas de su camisa de franela. Se movía con una precisión que parecía reñir con su tamaño, como alguien que ha aprendido a ser delicado con el mundo porque sabe que podría romper las cosas.

Guapo no era la palabra exacta. Demasiado simple. Era guapo como lo son los edificios antiguos, algo que tienes que mirar bien para apreciar, algo por lo que la mayoría de la gente probablemente pasa de largo. Tenía un rostro de estilo clásico, como el de las estrellas de cine de antes.

Y yo solté un «eres alto» como un idiota. En voz alta. En su cara.

Qué puñetero perdedor soy. Landon tenía razón.

Pero él hizo un chiste. Un comentario seco y serio que me arrancó una carcajada, y por un segundo su rostro mutó en algo que no era exactamente una sonrisa, pero tampoco dejaba de serlo. Se le pusieron las orejas rojas cuando lo miré demasiado tiempo. Me fijé en eso; el rubor subiéndole desde el cuello de la camisa, la forma en que fue él quien apartó la mirada primero.

Interesante. Mi radar suele ser impecable, y algo me decía que el chico de las flores juega en mi equipo.

Pero la atracción era inoportuna. Se supone que tengo que centrarme en mí mismo, en reconstruirme, en averiguar si Prospect Ridge puede ser mi hogar y no solo un «hogar por ahora».

Después de que las perras hicieran sus cosas, cruzamos la calle y entré en el Copper Kettle con ellas a cuestas. Mags, tras el mostrador, arqueó una ceja al verme; siempre lo hacía, como si estuviera perpetuamente esperando a que yo dijera algo interesante. Pero hoy me dio paso con la mano al ver que solo quería un café para llevar. Lo de siempre, que aquí significaba un café grande con leche y dos de azúcar porque, por desgracia, no había forma de conseguir mi amado macchiato de caramelo helado con un extra de expreso y poco hielo a menos de una hora en coche de este pueblo.

—Hace frío hoy —dijo mientras servía. Mags andaba por los sesenta, con el pelo canoso recogido en un moño práctico, el tipo de mujer que lo ha visto todo dos veces y a la que nada la impresiona.

—Me estoy acostumbrando. —Cogí el café, rodeando la taza con las manos para calentarme—. Poco a poco.

—Chico de Denver —dijo, sacudiendo la cabeza, pero con un deje casi cariñoso—. Ya te curtirás.

Eso espero.

El espacio de cotrabajo estaba subiendo una estrecha escalera; el cartel de la puerta decía PROSPECT RIDGE CREATIVE con letras que empezaban a despegarse. Dentro, Brandy Branson estaba en su escritorio, rodeada de anuncios inmobiliarios y con una taza que decía ¡BRANDY VENDE PROSPECT RIDGE! en unas letras de un rosa agresivo.

La gran sala estaba dividida en cuatro áreas más pequeñas, separadas por altos paneles móviles, aunque ahora mismo solo

Brandy y yo alquilábamos espacio allí.

—¡Jamie! —Levantó la vista por encima de sus gafas de lectura, hoy de un fucsia brillante a juego con su americana—. Pareces agitado, cielo. ¿Qué ha pasado?

—Nada. —Solté las correas de las perras y dejé que buscaran su sitio bajo mi escritorio. Marceline dio tres vueltas antes de dejarse caer; Bubblegum esperó a que se acomodara y luego se acurrucó contra su costado—. Solo me he pasado por la floristería de Main Street. ¿Hutchinson's?

—Ah, has conocido a Holden. —Sus cejas subieron—. ¿Cómo ha sido la experiencia?

Holden. El nombre le pegaba, de algún modo. Sólido, un poco chapado a la antigua. Me lo guardé en la memoria.

—Bien. —Me dejé caer en mi silla, sacando el portátil del maletín —. Es alto.

Brandy soltó una carcajada, cálida y cómplice. —Vaya si lo es. ¿Qué más?

—Apenas me ha dirigido diez palabras. —Bebí un sorbo de café—. ¿Es así con todo el mundo o he hecho algo mal?

—Es que Holden es así. Más gruñón que el que más, siempre lo ha sido. —Se echó hacia atrás, con la taza entre las manos—. No te lo tomes como algo personal. No le van las charlas banales. —Me observó por encima del borde—. Tampoco las charlas profundas, ahora que lo pienso. Pero es bueno en lo suyo. Lleva la tienda desde que murió su abuela, suele ir a lo suyo. Es un buen chico, de todos modos.

—Es bueno saberlo.

Abrí el portátil pero no empecé a trabajar. No dejaba de pensar en cómo se había erguido cuando me acerqué, permitiéndose ocupar espacio aunque fuera por un momento. Como si hubiera estado intentando desaparecer y luego, brevemente, decidiera no hacerlo.

Tampoco se había reído de mi pedido, ni me había hecho preguntas indiscretas. Se había mostrado serio, pero no... antipático ni nada parecido.

Lo de las flores no era una broma. Mi terapeuta en Denver estaría orgulloso. Estaba haciendo el trabajo, cuidándome a mí mismo

incluso cuando nadie más lo hacía. Después de dos años con Landon, había aprendido que esperar a que otro te haga sentir digno es una batalla perdida. Así que me compraba flores. Me sacaba a pasear. Me recordaba, en los días malos, que valía la pena el esfuerzo incluso cuando no me sentía así.

Landon. El nombre hizo que los hombros se me subieran hacia las orejas.

Nos conocimos en Denver hace unos años y empezamos a salir poco después. Él trabajaba en ventas tecnológicas, todo confianza y elegancia, el típico tío que entra en una habitación y hace que todo el mundo mire. Yo estaba montando mi negocio de diseño como autónomo, todavía descubriendo quién era. Él pareció la respuesta a una pregunta que yo ni siquiera sabía que me estaba haciendo.

Éramos felices. Estábamos enamorados.

Dos años juntos. Adoptamos a Marceline y a Bubblegum cuando eran cachorras a los seis meses de relación, y durante un tiempo la cosa fue bien. Las perras, el piso, la vida que construíamos juntos. La familia que siempre había querido.

Cuando todo se desmoronó, cuando por fin me admití a mí mismo que se llevaba desmoronando mucho tiempo, la empresa de Landon quebró. Despidos tecnológicos, todo el sector contrayéndose, y de repente el hombre que siempre tenía una respuesta para todo se quedó sin trabajo y a la deriva. Se enfadaba y lo pagaba conmigo y con nuestra relación, objetivos fáciles.

Un día decidió volver a su pueblo. Prospect Ridge. El lugar donde creció, donde su familia era dueña de la estación de esquí de la montaña, donde podía reagruparse y pensar en su siguiente paso.

Le dije que lo entendía.

Sinceramente, no lo entendía, ¿pero qué otra cosa podía decir? Las cosas habían sido bastante civilizadas, repartiendo las posesiones que habíamos adquirido juntos... excepto por—

Miré a mis niñas.

Yo no iba a renunciar a las perras, y él tampoco. Al final acordamos la custodia compartida, semanas alternas, lo que significaba que tenía dos opciones: quedarme en Denver y conducir noventa minutos de ida y otros tantos de vuelta dos veces al mes

para el intercambio, o seguir a Landon a un pueblo que no conocía para estar más cerca.

Patético, probablemente. Mi madre desde luego pensaba que sí. Pero mis niñas valían la pena, y yo no tenía raíces reales en Denver.

Bajo mi escritorio, Marceline se puso boca arriba, con las patas al aire. Me agaché para rascarle la barriga y mis dedos rozaron el tatuaje de mi muñeca: las dos orejas puntiagudas de corgi que me hice al año de tenerlas, cuando pensaba que Landon y yo duraríamos para siempre.

El tatuaje había durado más que la relación. Lo mismo que mi amor por estos dos animales ridículos.

—Estás muy pensativo hoy —intervino Brandy—. ¿Todo bien?

—Simplemente instalándome. —Abrí el proyecto de diseño en el que debía estar trabajando, un logotipo para una microcervecería de Denver que quería algo «rústico pero moderno, clásico pero fresco». El tipo de encargo que significa diecisiete versiones antes de que elijan la primera—. Lleva tiempo, ¿no? Acostumbrarse a un sitio nuevo.

—Así es. —Dejó su taza y rebuscó entre los papeles de su mesa—. Pero a Prospect Ridge se le da bien acoger a la gente. Dale unos meses más.

Quería creerla. Mi alquiler era de mes en mes, una red de seguridad porque no estaba listo para comprometerme con nada permanente. No después de Landon. Todavía no.

Pero sentado aquí en este pequeño espacio de cotrabajo, con las montañas visibles por la ventana, mis perras a mis pies y el café calentándome las manos, sentí algo que no había sentido en tiempo. No felicidad exactamente. Más bien la posibilidad de ella. La sensación de que podía respirar aquí, tal vez, si me dejaba.

A través del cristal empañado por la escarcha, podía ver la carretera que subía hacia Hawkin's Ridge; la estación de esquí de la familia de Landon, la razón por la que él había vuelto, la razón por la que yo estaba aquí. Las pistas estaban concurridas en esta época del año, con coches subiendo la montaña a paso de tortuga. Pero aquí abajo, en el pueblo, todo se movía más lento. Más tranquilo. Después del ruido constante de Denver —el tráfico, las obras, los

bares escupiendo multitudes a las aceras a todas horas—, este silencio helado se sentía casi alienígena. Hermoso, sin embargo. El tipo de belleza desolada que te hacía sentir pequeño de una forma que no era del todo mala.

Empecé a esbozar ideas para el logotipo. Pensé en floristas gruñones y humor seco, y en cómo se le habían puesto las orejas rojas a Holden cuando lo pillé mirando.

Probablemente nada. Definitivamente nada. El hombre apenas me había hablado, y yo debía centrarme en mí mismo, no distraerme con hombros anchos, manos cuidadosas y el reto de hacer sonreír a alguien tan cerrado.

Pero las flores llegarían a finales de semana. Había dicho que me sorprendería con el día.

Me descubrí esperándolo con más ganas de las que debería.

Capítulo dos

Holden

Estaba haciendo un reparto. Eso era todo.

El ramo había estado en la cámara frigorífica desde que lo he montado esta mañana, y tenía que salir antes de que los ranúnculos empezaran a marchitarse. Obligación profesional. Nada más.

El hecho de que lo hubiera envuelto tres veces antes de quedar satisfecho con el lazo, de que hubiera ajustado el eucalipto dos veces y recolocado la flor central hasta que la luz le diera en el ángulo justo... aquello no significaba nada. Era muy meticuloso con mi trabajo. Todo el mundo lo sabía.

Las palabras de la tarjeta habían sido más difíciles de lo debido. El tipo básicamente me dijo qué poner, y mi trabajo era darle al cliente lo que quería.

No solía hacer repartos en mano, sobre todo desde que se fue Lynda, pero el espacio de coworking estaba a solo dos manzanas y la mañana era lo bastante fría como para mantener las flores frescas.

Además, necesitaba estirar las piernas. Claro.

Mentiras. Todo mentira. Sabía exactamente por qué bajaba por Main Street con un ramo que había pasado demasiado tiempo perfeccionando, y esa certeza se me asentaba como una piedra en el pecho.

Jamie Redford había estado en mi tienda quince minutos hace dos días. Entró con sus perros ridículos, encargó flores para sí mismo y salió antes de que yo pudiera averiguar qué decir.

He pensado en él todos los días desde entonces.

La forma en que levantó la vista y me miró a los ojos. El rubor en sus pómulos cuando soltó que yo era alto. La calidez de su voz cuando hablaba de que su padre le llevaba flores a su madre.

La mención de un exnovio.

Yo no hacía estas cosas. No me quedaba pensando en los clientes después de que se marcharan. No reorganizaba mi mañana para, tal vez, cruzarme con alguien a quien apenas conocía.

Y, sin embargo, aquí estaba, ramo en mano, cerrando la tienda mientras hacía una entrega.

Quizá comería algo de camino de vuelta. Mags preparaba un sándwich club de muerte, y hoy me apetecía.

El pequeño parque frente al Copper Kettle fue lo primero que apareció a la vista, apenas una franja de hierba marrón y unos cuantos bancos, nada especial, pero tenía una vista despejada de las montañas. Me había sentado allí a veces, en los primeros días tras la muerte de mi abuela, cuando la tienda se sentía demasiado silenciosa y el apartamento de arriba aún más.

Vi a los perros antes que a él, tirando de las correas cerca del banco. Luego vi a Jamie, con un jersey azul marino que no dejaba de escurrírsele por el hombro, ni de lejos lo bastante grueso para enero. Estaba hablando con alguien.

Con el puto Landon Hawkins.

Había oído que Landon estaba de vuelta en el pueblo, con el rabo entre las piernas tras perder su trabajo en la gran ciudad.

Me detuve.

Estaban cara a cara cerca de la entrada del parque. Landon estaba de espaldas a mí, pero lo reconocí por la postura, la chaqueta cara,

la forma en que ocupaba el espacio como si el mundo se lo debiera. Jamie sostenía las asas de ambas correas e, incluso desde diez metros de distancia, podía ver la tensión en sus hombros.

La voz de Landon me llegó a través del aire frío.

—... no sé ni por qué se ha mudado usted aquí, Jamie. A menos que quisiera vigilarme. —Una risa, pulida y cruel—. Es un poco patético, sinceramente. ¿Seguir a tu ex a tu pueblo natal? La gente va a pensar que me estás acosando.

Me quedé helado.

Jamie debió de responder algo, pero fue en voz baja y no pude oírlo.

Lo que sí oí fue la desagradable réplica de Landon.

—Claro. Los perros. —El tono de Landon rezumaba condescendencia—. Solo no me llames cuando te sientas solo, ¿vale? No voy a dejarlo todo porque no sepas apañártelas tú solo.

Algo ardiente estalló en mi pecho. Era él. El ex que Jamie había mencionado, el que pensaba que comprarse flores a uno mismo era ridículo, el que pensaba que Jamie era demasiado. Me había preguntado qué clase de persona podría mirar a alguien como Jamie y ver algo que no fuera calidez.

Ahora lo sabía.

El mismo Landon Hawkins que había hecho que la mitad de nuestra clase en el instituto se sintiera estúpida y pobre. Quince años, y el capullo no había cambiado nada.

La columna de Jamie se encorvó hacia adentro. Bajó la barbilla y se encogió visiblemente mientras estaba allí parado, como si todo el brillo que le había visto en la tienda tres días atrás se atenuara como si alguien hubiera bajado la intensidad de un interruptor.

Los perros también lo percibieron. Bubblegum se apretó contra el tobillo de Jamie. Marceline había dejado de tirar de la correa y observaba a Landon con las orejas gachas.

Debería darme la vuelta. Esto no era asunto mío. Apenas conocía a Jamie Redford, e involucrarme en lo que fuera que fuese aquello sería complicado y caótico, y todo lo que llevaba años evitando.

Pero Landon seguía hablando, ahora con la voz tan baja que no distinguía las palabras, y Jamie seguía encogiéndose, parpadeando

rápido, y algo en mi interior estalló de una puta vez.

No recuerdo haber cruzado la calle.

Mis botas sonaban fuertes sobre el suelo helado. Landon me oyó llegar y se giró, su expresión pasando de la sorpresa a algo más duro al reconocer quién era yo.

—Holden Hutchinson —dijo mi nombre como si le supiera amargo —. No esperaba verle salir de su pequeña tienda.

No le respondí. Pasé directamente por su lado, como si no lo viera, con los ojos clavados en Jamie, que me devolvió la mirada sorprendido. Pasé el brazo por los hombros de Jamie y lo atraje con fuerza contra mi costado.

Jamie se puso rígido. Inclinó la cabeza hacia atrás, muy atrás por la diferencia de altura, y tenía los ojos muy abiertos, confundidos, un poco desesperados.

Entonces me incliné y lo besé.

Se suponía que iba a ser algo rápido. Una actuación. Solo lo suficiente para vender la mentira que no había planeado hasta hacía treinta segundos.

Pero la boca de Jamie era suave y dejó escapar un pequeño sonido de sorpresa contra mis labios. Las correas se aflojaron en su mano al dejar de resistirse al tirón de los perros, de resistirse a cualquier cosa, y entonces su mano libre subió y se aferró a mi cuello. Me atrajo hacia abajo, tiró de verdad, como si él fuera el que tenía el control a pesar de los treinta centímetros de estatura que nos separaban. El beso se transformó en algo totalmente distinto.

Más suave. Más lento. Sus labios se entornaron y olvidé que teníamos público. Olvidé que estábamos en un parque público en enero. ¿Cuándo fue la última vez que alguien me besó así, de forma dulce, hambrienta y perfecta? Mi mano resbaló de su hombro a su nuca, con los dedos enredándose en las ondas de su pelo, y él se presionó más contra mí, con las correas enrolladas en su otra muñeca mientras aplanaba la palma contra mi pecho.

Cuando finalmente nos separamos, yo respiraba con más dificultad de la que quería admitir.

Jamie tenía los ojos brillantes y las mejillas encendidas. Su mano seguía enredada en mi camisa.

—Hola —dije con voz ronca. Estúpido. La única palabra que fui capaz de encontrar.

—Hola a ti también —su voz era apenas un susurro.

Me enderecé pero mantuve el brazo a su alrededor, pegándolo a mi costado. Luego miré de reojo a Landon con lo que mi abuela habría llamado mi «cara de pocos amigos».

Nos estaba mirando fijamente. Su aire de superioridad se había resquebrajado, reemplazado por algo que no supe interpretar. Tenía la mandíbula apretada y la postura rígida. Nos miraba alternativamente como si intentara resolver un rompecabezas que no tenía sentido.

Volviéndome hacia Jamie, dije:

—Te he traído algo. —Le tendí el ramo a Jamie, manteniendo un tono casual. Como si esto fuera normal. Como si le trajera flores a mi novio todo el tiempo—. Para la casa nueva. He pensado que le vendría bien un poco de color.

Jamie cogió las flores, ligeramente aplastadas por nuestro beso. Le temblaban las manos, pero me siguió la corriente, apretando el ramo contra su pecho como si fuera un tesoro.

—Son preciosas. Gracias.

La tarjeta se escurrió.

El sobre se deslizó entre los tallos, lo atrapó el viento y revoloteó hasta el suelo helado. Landon estaba más cerca. Se agachó y lo recogió antes de que ninguno de los dos pudiera reaccionar.

Landon le dio la vuelta. Su pulgar rozó el sello y luego sacó la tarjeta, leyendo las palabras que yo había escrito esta mañana.

Eres más que suficiente. Recuérdalo.

El rostro de Landon se quedó estático. Entonces la máscara cayó y debajo vi un destello de algo que podría haber sido culpa. O reconocimiento. Cuando levantó la vista, sus ojos se posaron en mí.

—No sabía que estabais juntos —dijo. Seco. Cauteloso.

Le sostuve la mirada.

—Ahora ya lo sabe.

Hubo otro instante de silencio. Landon miró a Jamie, luego las flores, luego la tarjeta que aún tenía en la mano. Lo observé

recalculando, intentando encajar esta nueva información en cualquier historia que se hubiera inventado sobre su ex.

Devolvió la tarjeta. No a Jamie, sino a mí. Tenía los dedos rígidos y evitaba mirarme directamente a los ojos.

—Bueno, pues nada —dijo con una risa amarga que no ocultaba su asombro—. Supongo que os dejo con vuestro... lo que sea que sea esto. —Tendió la mano para recoger las correas—. ¿A la misma hora la semana que viene?

Jamie se las entregó de golpe a Landon y luego se agachó para darles a los perros una caricia suave.

—A la misma hora.

Landon cogió las correas. Marceline y Bubblegum lo siguieron excitadas mientras Landon las guiaba hacia la calle, claramente felices por ir a dar un paseo en coche. Su Range Rover estaba aparcado junto al bordillo; negro e inmaculado. Metió a los perros en la parte de atrás sin mirarnos, se subió al asiento del conductor y se marchó.

El sonido del motor se desvaneció. La calle quedó en silencio.

Me di cuenta de que mi brazo seguía alrededor de los hombros de Jamie. Debería moverme. Debería dar un paso atrás, poner algo de distancia entre nosotros y asimilar qué demonios acababa de hacer.

No me moví.

—Holden —la voz de Jamie era temblorosa. ¿Cuándo se había aprendido mi nombre?—. ¿Qué...? ¿Por qué has...?

—He oído lo que te ha dicho —finalmente me obligué a dar un paso atrás y dejar caer el brazo—. El comentario del acoso. Ese tipo siempre ha sido un pavo insufrible.

El rostro de Jamie se desmoronó por medio segundo antes de recomponerse.

—Has oído eso —dijo.

—Sí.

—¿Y simplemente has decidido besarme delante de él?

—Yo... —Me encogí de hombros—. Me pareció una buena idea en ese momento.

Se me quedó mirando. Luego, increíblemente, se echó a reír. Fue una risa con los ojos llorosos y un poco descontrolada, pero era real,

y algo en mi pecho se relajó al oírla.

—Estás loco —dijo—. Lo sabes, ¿verdad? Acabas de decirle a mi exnovio que estamos saliendo.

—Lo sé.

—Delante de testigos —hizo un gesto vago hacia Main Street, hacia el Copper Kettle al otro lado de la carretera, donde la gente sin duda estaba mirando por las ventanas—, en pleno centro del pueblo.

—Soy consciente.

¿Pero lo era? Iba a haber repercusiones por ese movimiento que acababa de hacer, justo frente a la cafetería favorita del pueblo en Main Street. No había ninguna posibilidad de que no nos hubieran visto al menos unas cuantas personas. Lo que significaba...

Nunca me había importado mucho lo que la gente pensara de mí, aparte de que era bueno en mi trabajo. ¿Por qué empezar a preocuparme ahora?

El amago de sonrisa volvió a su rostro.

—¿Y ahora qué hacemos?

Lo miré, sonrojado, tembloroso y todavía apretando contra su pecho las flores que yo había hecho para él. La tarjeta volvía a estar en mi mano, con ese «eres más que suficiente» escrito con mi propia letra, y pensé en la cara de Landon cuando la leyó. La forma en que su prepotencia se había quebrado.

Pasara lo que pasara después, haber visto eso había hecho que todo valiera la pena.

—Café —dije—. Deberíamos hablar.

Jamie

En el Copper Kettle se estaba caliente y olía a café y canela, y Holden Hutchinson me había besado hacía aproximadamente diez minutos.

Aún estaba intentando procesarlo. La forma en que se había acercado como un puñetero amo con su camisa de franela oscura y me había rodeado con el brazo como si fuera lo más natural del mundo. La forma en que se había inclinado, tanto, con una diferencia de altura casi cómica, y había presionado su boca contra la mía. La forma en que había empezado suave, casi con tiento, y luego yo lo había agarrado y lo había atraído más hacia mí y todo se había transformado en algo más hambriento.

Aún podía sentir el rastro de sus dedos en mi nuca. Sentir el calor sólido de su cuerpo contra mi costado.

Lo había hecho para callar a Landon. Lo sabía. Fue una actuación, un rescate, una buena acción de último segundo por parte de un hombre decente que había oído a mi ex llamarme patético.

Pero saber eso no impedía que mi corazón fuera a mil por hora, ni evitaba que reprodujera el beso en bucle en mi cabeza.

Ese beso había sido *espectacular*.

Holden fue al mostrador a pedir mientras yo buscaba un reservado en la parte delantera, cerca de la ventana. Se movía despacio por el local, encogiendo los hombros, haciéndose más pequeño, esquivando mesas y sillas con la precisión cuidadosa de alguien que ha aprendido a ocupar menos espacio del que su cuerpo exige para evitar las miradas que estaba recibiendo.

En el parque, cuando se interpuso entre Landon y yo, no se encogió en absoluto. Se permitió ser enorme.

Había hecho eso por mí.

Las flores estaban sobre la mesa frente a mí. Ranúnculos y eucalipto, de color melocotón suave y crema con un lazo rojo intenso. Las había encargado para mí como un pequeño acto de amor propio, y Holden las había convertido en algo totalmente distinto.

La tarjeta seguía en mi mano. *Eres más que suficiente. Recuérdalo.*

—Toma. —Holden dejó una taza frente a mí y se acomodó en el lado opuesto del reservado. Sus rodillas chocaron con la parte inferior de la mesa y se movió, intentando encontrar una posición en la que cupiera.

Envolví la taza con las manos, dejando que el calor impregnara mis dedos, antes de añadir cuatro de esos botecitos de leche y dos sobres de azúcar porque, joder, el tipo de mañana que había tenido lo requería. Durante un momento, ninguno de los dos habló. El ruido de la cafetería llenaba el silencio: Mags cantando un pedido, el siseo de la máquina de café, las conversaciones de las mesas cercanas.

—Te debo una explicación —dije—. Sobre Landon.

—No me debes nada.

—Quiero contártelo. —Tomé aire—. Estuvimos juntos dos años en Denver. Él no era así al principio, no al comenzar. Era encantador, seguro de sí mismo, me hacía sentir que yo era el centro del mundo. —Me quedé mirando mi café—. Pero luego la cosa cambió. Me quería de una determinada manera. Más callado. Más manejable. Cuando yo tenía necesidades, él se cerraba. Se volvía frío. Me hacía sentir que querer cualquier cosa de él era pedir demasiado.

Holden frunció el ceño, pero no me interrumpió.

—Cuando rompimos, él volvió aquí. A Prospect Ridge, donde se crió. Su familia es la dueña de la estación de esquí de la montaña. —Solté una risita baja—. Supongo que eso ya lo sabías. En fin, habíamos acordado compartir la custodia de Marceline y Bubblegum. —Me encogí de hombros, intentando quitarle importancia—. Así que lo seguí. Por los perros. —Negué con la cabeza y miré la taza de café —. Sé lo tonto que suena. Patético.

—No digas eso. —Holden tamborileó con los dedos sobre la mesa —. Él ha dicho que lo estabas acosando.

—Él dice muchas cosas. —La amargura se coló en mi voz antes de que pudiera frenarla—. Cada viernes por la tarde quedo con él para intercambiar a los perros. Y cada viernes encuentra una forma nueva de hacerme sentir que no soy nada. Que soy un perdedor por estar aquí, por no haberlo superado, por el simple hecho de existir en su espacio. —Dejé la taza—. Pero hoy, cuando has aparecido, cuando me has besado y me has dado las flores y él ha leído esa tarjeta, no ha sabido qué hacer. —Me reí con ironía—. Ha sido genial.

Los ojos oscuros de Holden estaban fijos en mi cara.

—Me alegro de haber podido ayudar.

—Yo también. —Y entonces caí en la cuenta. La idea llegó totalmente formada, como un relámpago en mi cerebro.

—Oh, Dios mío. —Me incorporé de golpe, y las palabras salieron atropelladamente antes de que pudiera pensármelo dos veces—. ¿Y si siguiéramos haciendo esto?

Holden frunció el ceño.

—¿Haciendo qué exactamente?

—Esto. Tú y yo. Juntos. —Extendí las manos—. Ya has empezado tú hoy, ¿no? Si simplemente... siguiéramos con ello, durante un tiempo, Landon me dejaría en paz. Dejaría de soltar comentarios de mierda, dejaría de intentar hacerme sentir pequeño. Tendría que aceptar que he pasado página.

—Quieres que finja que salgo contigo.

—Sí. —Me ardía la cara, pero me obligué a sostenerle la mirada—. Sé que es mucho pedir. Sé que es raro. Pero lo que has hecho hoy ha funcionado y yo..., necesito que piense que estoy bien. Aunque no lo esté.

Holden se quedó callado un buen rato. Cogió su café, bebió un poco y volvió a dejarlo. Luego negó con la cabeza.

—Mira, ahora mismo llevo la tienda yo solo —dijo—. Mi ayudante se jubiló en diciembre y todavía no he encontrado a nadie que la sustituya. San Valentín es dentro de tres semanas. Es la época de más trabajo del año. Apenas tengo tiempo para dormir, como para ponerme a jugar a los novios con alguien a quien acabo de conocer. Lo siento.

Se me cayó el alma a los pies.

—Lo entiendo. Ha sido una estupidez por mi parte... —Me detuve. Lo miré. Vi la tensión en sus hombros, las ojeras que no había notado antes—. Espera. Has dicho que necesitas ayuda.

—He dicho que no tengo tiempo.

—Pero necesitas ayuda. —La idea se expandió, encajando como las piezas de un puzle—. ¿Y si yo te ayudara? En la tienda. A cambio de... esto.

Holden frunció el ceño.

—¿Quieres trabajar en la floristería?

—Quiero hacer un intercambio. —Me incliné hacia delante, entusiasmado con la idea—. Tú me ayudas a mí, yo te ayudo a ti. No sé nada de flores, pero puedo aprender lo básico. Puedo atender a los clientes mientras tú estás en la parte de atrás preparando los encargos. Responder al teléfono. Gestionar los correos electrónicos. Soy diseñador autónomo. Yo mismo me pongo los horarios. Puedo estar allí por las mañanas hasta la hora de comer.

Me miraba como si hubiera empezado a hablar en otro idioma.

—A cambio —continué—, tú finges ser mi novio durante unas semanas. Salimos en público, dejamos que la gente nos vea juntos y Landon tendrá que aceptar que he pasado página.

—Define «salir en público».

—Cenar una vez a la semana. En algún sitio donde nos vea la gente.

—Son muchas cenas.

—Son tres cenas. Cuatro si cuentas San Valentín.

Holden resopló.

—No vamos a salir en San Valentín, es mi día de más trabajo del año.

—También te ayudaré ese día, si para entonces no has encontrado ayudante.

Holden entornó los ojos.

—¿Comer cuenta como cita?

Intenté reprimir la risa ante este regateo que estábamos teniendo.

—La comida cuenta si nos ven. Ir de la mano, tal vez. Que parezca que estamos juntos de verdad.

—Ir de la mano —repitió, como si estuviera probando las palabras.

—¿Hay algún problema con eso?

—No. Solo... aclaro conceptos. —Se movió en el asiento y el rubor le subió por la nuca—. ¿Qué más?

—Al menos una noche del fin de semana. Como una cita real. Cena y algo después. Un paseo, unas copas, algo de PDA suave, lo que sea. Algo que parezca romántico.

—¿PDA?

Me puse rojo de golpe.

—Demostraciones públicas de afecto. Como... —Señalé con la cabeza hacia el parque.

Sus labios se curvaron en una media sonrisa.

—Has dicho ir de la mano. ¿Qué más? —Su voz era áspera, pero no apartaba la vista—. Si tenemos que vender esto, la gente esperará...

—Unos cuantos besos —dije, antes de que se me escapara el valor —. Nada exagerado. Solo lo suficiente para ser convincentes.

—Como en el parque.

El recuerdo me golpeó de lleno. Su boca sobre la mía, mi mano aferrada a su cuello, la forma en que el beso se había vuelto real... muy rápido.

—Quizá no exactamente como en el parque —logré decir—. Eso fue... intenso.

Nos quedamos mirándonos. El ruido de la cafetería pareció desvanecerse y, por un momento, solo estábamos nosotros, la mesa de por medio y las flores que yo seguía apretando como si fueran un salvavidas.

—Bien. —Holden se aclaró la garganta—. Cuatro días a la semana en la tienda, más los sábados si estoy hasta arriba. Tres cenas, una cita de fin de semana, ir de la mano en público, algún que otro... —Hizo un gesto vago.

—Beso.

—Eso. —Tenía las orejas definitivamente rosas ahora—. Tres semanas. Hasta San Valentín. Luego se acabó.

—Luego se acabó —acepté—. Tú consigues ayuda para la tienda durante la temporada alta y yo me quito a Landon de encima. Todos ganamos.

Silencio. Se quedó callado un buen rato, dándole vueltas a algo.

—Esto es una locura —dijo.

—Completamente.

—Yo no hago estas cosas. —Entonces soltó una carcajada, lo bastante fuerte como para llamar la atención de algunos clientes—. Aunque bueno, te he besado en mitad de Main Street.

—Eso sí que lo has hecho.

Exhaló. Se pasó una mano por el pelo oscuro, dejándolo ligeramente revuelto.

—No me puedo creer que esté aceptando esta mierda.

Me reí, sorprendido y un poco eufórico.

—Eso no es un no.

—No —dijo, y algo en su expresión cambió. Seguía precavido, pero con una calidez asomando por debajo—. No es un no.

Le tendí la mano antes de que pudiera pensármelo demasiado.

—¿Trato hecho?

Holden miró mi mano un momento y luego la estrechó. Tenía la palma caliente, con callos del trabajo. Sus dedos envolvieron los míos por completo y su agarre fue firme pero cuidadoso, como si fuera consciente de su propia fuerza.

Ninguno de los dos se soltó.

—Probablemente deberíamos... —empecé.

—Sí. —Pero seguía sin soltarme la mano. En su lugar, cambió el agarre y entrelazó sus dedos con los míos. El gesto fue tentativo, casi una pregunta.

—No hay mejor momento que el presente —dije—. Para practicar.

—Practicar. —Su boca hizo una mueca—. Claro.

Nuestras manos descansaban sobre la mesa, con los dedos entrelazados. A través de la ventana, veía a la gente pasar por Main Street. Cualquiera que mirara hacia dentro nos vería sentados juntos, de la mano, pareciendo una pareja para todo el mundo.

—¿Tienes hambre? —preguntó Holden—. Mags prepara un sándwich club estupendo.

—Estoy hambriento, la verdad. —Había estado demasiado nervioso por la entrega de los perros como para desayunar esta mañana—. Pero debería invitar yo. Tú ya has pagado el café.

—La próxima vez. —Se levantó, manteniendo el contacto de mi mano hasta el último segundo posible, dejando que nuestros dedos se deslizaran hasta separarse. La pérdida del contacto se sintió más aguda de lo que debería—. ¿Pavo o jamón?

—Pavo. Y gracias.

Asintió y se dirigió al mostrador. Lo vi irse, vi cómo a Mags se le subían las cejas al verlo, vi cómo su mirada pasaba de él a mí y

volvía a Holden con una curiosidad descarada. Para esta noche, medio Prospect Ridge sabría que Holden Hutchinson había estado de la mano con el chico nuevo en el Copper Kettle.

El ramo estaba sobre la mesa frente a mí. Ranúnculos y eucalipto, melocotón suave y crema. Rocé uno de los pétalos.

Eres más que suficiente. Recuérdalo.

Capítulo Tres

Holden

La campanilla sobre la puerta sonó a las nueve menos cuarto.

Levanté la vista del arreglo en el que estaba trabajando, una pieza de condolencias para el funeral de los Harrison: lirios blancos, helechos suaves, algunos tallos de alhelí blanco para dar textura. Los trabajos de condolencias eran mi zona de confort. Propósito claro, significado claro. La familia quería paz y dignidad, y yo sabía cómo ofrecérselo. Sin ambigüedades. Sin dudar si había elegido correctamente.

Jamie estaba en la puerta con un vaso de café en cada mano y una sonrisa tan amplia que me hizo sonrojar.

—He traído combustible —alzó uno de los vasos—. Hay crema y azúcar extra en la bolsa, pero Mags me dijo que te gusta solo, que eres un purista.

—Mags habla demasiado.

Cruzó la tienda y dejó el vaso en mi mesa de trabajo, su mirada recorriendo el espacio. Hoy llevaba un jersey color óxido que parecía

suave, con las mangas subidas por encima de las muñecas a pesar del frío de enero. Sus vaqueros tenían un agujero que comenzaba en la rodilla, y sus zapatillas eran unas Converse desgastadas que no tenían nada que hacer en un invierno de Colorado.

—Es más grande de lo que pensaba —dijo—. Desde fuera, quiero decir. ¿Hay toda una sala trasera?

—Almacén. Taller. Las neveras ocupan la mayor parte.

—¿Puedo ver?

Le conduje por la puerta. La sala trasera estaba diez grados más fría que la delantera, con las neveras emitiendo su constante zumbido bajo a lo largo de la pared del fondo, las puertas de cristal empañadas por la condensación. Cubos con tallos cubrían el mostrador de trabajo: rosas en varias fases de apertura, lirios con sus estambres aún intactos, eucalipto esperando a ser clasificado. El olor verde de los tallos cortados flotaba en el aire, intenso y limpio.

Mi olor favorito en el mundo. Lo respiré sin pensar.

—Aquí es donde hago los arreglos. —Señalé la mesa de trabajo, los carretes de cinta organizados por color, los alicates y la cinta floral al alcance—. Las neveras mantienen todo fresco. El almacén está por allí.

Jamie lo observó todo como si le hubiera mostrado algo importante. Sus ojos recorrieron los cubos de tallos, el caos organizado de mi espacio de trabajo, la zona desgastada del suelo donde pasaba horas de pie.

—Te queda bien —dijo.

—¿Qué significa eso?

—No sé. Todo en su sitio pero solo tú sabes dónde. —Cogió un carrete de cinta, le dio vueltas en las manos, lo volvió a dejar exactamente en el lugar equivocado—. Es agradable.

No supe qué hacer con eso. Cogí el café que me había traído. Solo, como había dicho. La taza estaba caliente contra mi palma.

—Toma. —Agarré el delantal de lona del gancho junto a la puerta y se lo ofrecí—. Querrás esto. El trabajo es sucio.

Jamie lo cogió, luchando con los lazos hasta que me coloqué detrás de él y los até yo mismo. El delantal le quedaba enorme,

diseñado para alguien de mi tamaño, colgándole casi hasta las rodillas. Parecía ridículo.

—Vamos —dije—. Hoy puedes seguirme y observar.

—Seguirte y observar. —Sus labios se curvaron hacia arriba—. Puedo hacer eso.

La mañana pasó más rápido de lo que esperaba.

Jamie hacía buenas preguntas sobre la longitud de los tallos y la colocación de las flores, y me encontré explicando en lugar de evadir. Por qué cortas los tallos en ángulo y cómo quitar las hojas por debajo de la línea del agua. La diferencia entre flores que se abren y flores que no, y por qué es importante para la planificación.

—Los lirios, los compras cerrados y dejas que se abran —me oí decir—. Las rosas también. ¿Pero los ranúnculos? —Cogí uno de los capullos cerrados del cubo, capas de pétalos enrollados sobre sí mismos como secretos—. Estos son complicados. Si los compras demasiado abiertos, duran dos días. Pero si no se abren en absoluto, has desperdiciado tu dinero.

Jamie se inclinó, estudiando la flor en mi mano. —¿Cómo sabes cuál es cuál?

—Experiencia. Tacto. —Giré el tallo entre mis dedos—. Los apretados ceden cuando presionas. Los muertos están duros.

No le conté lo que mi abuela solía decir sobre los ranúnculos. Que significaban encanto y atracción. Que regalarle a alguien ranúnculos era como decir *eres radiante* sin tener que decirlo en voz alta.

Escuchaba con todo el cuerpo, asintiendo, esos ojos grandes siguiendo mis manos mientras trabajaba. La atención de la mayoría de la gente se sentía como un peso. La suya se sentía como calor.

No me disgustaba.

Alrededor de las diez, se estiró hacia un cubo de rosas cerca de la nevera. Su codo golpeó mal el asa, y todo el cubo se volcó. Dos docenas de rosas rojas, agua por todas partes, pétalos esparcidos por el suelo de hormigón.

—Mierda. —Se dejó caer de rodillas, agarrando tallos con ambas manos. El agua empapó sus vaqueros en la rodilla, oscureciendo la tela vaquera. Los pétalos se adherían a sus mangas—. Lo siento, no pretendía...

—Déjalo. —Ya estaba cogiendo la fregona—. Los tallos están bien. Las rosas son más resistentes de lo que podrías pensar.

—Yo lo limpio, déjame...

—Jamie. —Esperé hasta que me miró, con la cara sonrojada, las manos llenas de flores goteando—. Es solo agua. No ácido.

Se rió, sorprendido. La tensión en sus hombros se alivió. —Agua. No ácido. Bueno saberlo.

Yo fregué mientras él recogía las rosas. Ahora las manipulaba con cuidado, una a una, comprobando cada tallo antes de volver a colocarlo en el cubo rellenado. Aprendía rápido. No es que fuera a decírselo.

Para el mediodía, también había archivado mal un montón de formularios de pedido tan a fondo que me llevó veinte minutos ordenarlos, y había bloqueado la antigua caja registradora dos veces antes de admitir su derrota.

—Esta cosa me odia. —Golpeó las teclas—. ¿Hay alguna manivela que deba girar? ¿Funciona con vapor?

—Es de 1987.

—Eso lo explica todo.

Me coloqué detrás del mostrador para arreglar lo que fuera que hubiera hecho, y el hombro de Jamie rozó contra mi pecho. Se quedó quieto. Yo también.

—Déjame enseñarte. —Estiré el brazo hacia la caja, y mi mano encontró la parte baja de su espalda sin permiso. Solo un ligero contacto, destinado a apartarle para poder acceder al teclado. Su calor traspasaba su jersey, el delantal de lona, directamente hasta mi palma.

Mi mano permaneció donde estaba. Más tiempo del necesario.

Jamie contuvo la respiración. Lo sentí más que lo oí, el ligero enganche en su pecho bajo mis dedos.

Retiré la mano demasiado rápido, tecleé el código de anulación, y el cajón de la caja registradora se abrió con un alegre tintineo.

—Ya está —dije. Mi voz sonó más áspera de lo que pretendía.

—Gracias. —La suya tampoco sonaba mucho mejor.

La campanilla sobre la puerta nos salvó a ambos.

La señora Morgansen de la panadería entró buscando algo para el cumpleaños de su hermana. Dejé que Jamie se ocupara de saludarla mientras yo me retiraba a la trastienda, pero podía oírle a través de la puerta. Al principio era una charla nerviosa, pero luego se volvió más cálida cuando encontró su ritmo.

—...ayudando a mi novio hasta que contrate a alguien —estaba diciendo, y la palabra cayó como un puñetazo. Novio. Cierto. Esa era la historia que estábamos vendiendo—. Solo estoy aquí para ayudar durante la temporada alta.

—Oh, qué maravilloso. —La voz de la señora Morgansen transmitía una calidez genuina—. Holden ha estado tan solo desde que Lynda se jubiló. Es bueno verle con alguien.

Debería salir. Interpretar mi papel. En lugar de eso, me quedé en la trastienda con las manos apoyadas en la mesa de trabajo, escuchando a Jamie improvisar detalles sobre nuestra relación para una mujer que se lo contaría a su marido, quien lo contaría a sus clientes, quienes lo contarían a todo el pueblo.

—No es muy hablador —estaba diciendo Jamie—. Pero cuando habla, suele merecer la pena escucharle.

Algo se retorció en mi pecho.

Cuando la señora Morgansen se marchó, Jamie apareció en la puerta. —Puede que le haya dicho que llevamos saliendo un mes, que nos conocimos justo después de que me mudara aquí. ¿Está bien? Me entró el pánico.

—Un mes.

—Me preguntó cuánto tiempo, y simplemente, un mes parecía creíble. Lo suficiente para ser real, pero no tanto como para que la gente se preguntara por qué no nos habían visto juntos antes.

Era inteligente. —Un mes funciona.

—Bien. —Seguía observándome, aquellos ojos color avellana demasiado perspicaces—. ¿Estás bien? Pareces tenso.

—Estoy bien.

Se rio entre dientes. —Bueno, eso no es muy convincente. —Pero lo dejó pasar, y el resto de la mañana se desvaneció entre pedidos, preguntas y Jamie moviéndose por la tienda como si estuviera aprendiendo sus ritmos. Era terrible en la mayoría de las cosas, pero

estaba dispuesto a aprender. Y presente de una manera que hacía que las horas parecieran más cortas.

Cerca del mediodía, miró su teléfono y hizo una mueca. —Tengo una llamada con un cliente en treinta minutos. Revisiones de logo para una cervecería que no sabe lo que quiere.

—Ve. No estás obligado a estar aquí por la tarde.

Al menos había aprendido a manejar el terminal de tarjetas. Pequeñas victorias.

—Cierto, gracias. Pero ha sido divertido. Perdón por cagarla tanto. Seré mejor mañana. —Jamie se desató el delantal y lo colgó de nuevo en el gancho. Parecía más pequeño sin él—. Oye, estaba pensando, Brandy dice que el Ridgeline Tavern está bien. Para nuestra cena. ¿El miércoles, quizá?

—El miércoles me va bien. —Me preguntaba qué más podría haberle contado Brandy.

—¿A las siete?

—Las siete está bien.

Me sonrió, cálido y radiante. —Es una cita. Una cita falsa. Ya sabes lo que quiero decir.

—Sé lo que quieres decir.

En la puerta, se detuvo con la mano en el marco. —Oye. Perdón por las rosas. Y los formularios de pedido. Y la caja registradora. —Hizo una mueca—. Probablemente soy más problema de lo que valgo. Harías más cosas sin mí dando tumbos por ahí.

—No has sido un problema.

Me miró, sorprendido. —¿No?

—No. —La palabra salió antes de que pudiera suavizarla. Me aclaré la garganta—. Ya le pillarás el truco a la caja. El resto es solo cuestión de aprender.

Algo cambió en su expresión, ese brillo que había notado el primer día volviendo a toda potencia. —Vale. Bueno. Bien. —Sonrió—. Nos vemos mañana. Intenta no echarme demasiado de menos.

Su risa le siguió hasta la gris tarde de enero. Me quedé detrás del mostrador durante un largo momento después de que la campanilla dejara de sonar, con la palma de mi mano todavía cálida donde había tocado su espalda.

La tienda volvía a estar tranquila. Como siempre. El mismo zumbido de la nevera, los mismos rollos de cinta, el mismo trabajo esperando a ser realizado.

Pero el silencio se sentía diferente ahora. Menos como paz y más como ausencia. Durante tres horas, alguien había estado haciéndome preguntas que no sabía que quería contestar. Llenando los espacios que creía preferir vacíos.

Volví al arreglo Harrison. Lirios blancos, alhelí blanco, helechos suaves. Propósito claro. Sin ambigüedades.

Jamie

El Ridgeline Tavern olía a humo de leña y cerveza vieja, y estaba bastante seguro de que todos en el local nos estaban observando.

Miércoles por la noche, la clientela de la cena había llenado la mayoría de las mesas: familias, parejas, algunos tipos en la barra apurando sus bebidas con la dedicación de los habituales. La máquina de discos tocaba algo country de antes de que yo naciera. Y Holden Hutchinson estaba sentado frente a mí en un reservado cerca del fondo, como si prefiriera estar en cualquier otro lugar.

Me había cambiado tres veces antes de salir de mi apartamento. El jersey azul marino parecía demasiado informal. La camisa abotonada daba la impresión de que me estaba esforzando demasiado. Acabé con algo intermedio, una henley verde oscuro que resaltaba mis ojos, según Landon cuando Landon todavía decía cosas así. Vaqueros más elegantes. Botas en lugar de mis desgastadas Converse.

Holden llevaba la misma camisa de franela que había usado en la tienda. Cuadros grises y azules, mangas enrolladas hasta los codos, desgastada de una manera que decía que se había olvidado de cambiarse. O que no creía que fuera necesario.

—Así que —dije—. Primera cita falsa. ¿Cómo lo estamos haciendo?

—Tú dímelo. Eres quien quería esto.

—Buen punto. —Cogí el menú y lo miré sin leerlo—. ¿Qué es bueno aquí?

—La hamburguesa está bien. Las chuletas de cerdo son geniales si las tienen.

Una camarera se acercó. Cuarenta y tantos años, con canas entretejidas en su coleta, una placa que decía DENISE. Tenía el aspecto de alguien que había trabajado aquí el tiempo suficiente como para conocer los asuntos de todos y la sonrisa de alguien que disfrutaba de ese conocimiento.

—¿Qué les pongo, chicos? —La forma en que dijo «chicos» quedó en algún punto entre afectuoso y divertido.

Hamburguesa para mí, lo mismo para Holden. Se demoró un instante más de lo necesario antes de alejarse, y la pillé echándonos un vistazo desde la puerta de la cocina.

—Se lo va a contar a todo el mundo —dije.

—Probablemente ya le ha enviado un mensaje a tres personas.

Me reí, sorprendido. La boca de Holden se torció, no del todo una sonrisa pero más cerca de lo habitual. La luz del fuego desde el otro lado de la sala captaba los ángulos de su rostro, suavizaba la línea afilada de su mandíbula. Le hacía parecer menos un hombre en guardia contra el mundo y más alguien que, ocasionalmente, podría bajar la guardia.

—Vale —me recliné en el reservado—. Deberíamos saber cosas el uno del otro. Las parejas saben cosas. Cuéntame algo que no podría adivinar.

Habíamos pasado tres mañanas trabajando juntos en la tienda, pero principalmente en habitaciones separadas, moviéndonos alrededor del otro. A veces me encontraba observando a Holden mientras preparaba sus arreglos, seleccionando cuidadosamente los tallos e insertándolos aquí y allá, como si estuviera completando una imagen que tenía en su cabeza. No quería interrumpirle cuando estaba en ese estado mental. Era como observar algo íntimo.

—¿Como qué?

—Cualquier cosa. Tu película favorita. La peor cita que hayas tenido. Algún talento secreto.

Holden permaneció callado un momento, sus dedos trazando la condensación en su vaso.

—Restauro muebles.

—¿Qué?

—En el apartamento. Cuando no puedo dormir —se encogió de hombros, un movimiento casi cohibido—. Hay una cómoda en la que llevo trabajando dos años. De época victoriana. Alguien la dejó en la acera.

Intenté imaginarlo. Holden en su apartamento a las dos de la madrugada, con las manos moviéndose sobre la madera vieja de la misma manera que se movían sobre los tallos de las flores. Cuidadoso. Preciso. Paciente.

Por supuesto que rescataba muebles. Por supuesto.

—No es lo que esperaba —dije.

—¿Qué esperabas?

—No sé. ¿Cavilaciones? ¿Mirar por las ventanas? ¿Quedarte solo en la oscuridad?

Su boca se crispó.

—También hago eso.

—Ahora solo estás interpretando el papel. Mi propio señor Darcy particular —di un sorbo a mi cerveza, una local que sabía a agujas de pino y malas decisiones vitales. La risa baja de Holden me indicó que había captado la referencia. Bien—. Vale, te toca. Pregúntame algo.

Me observó un momento.

—¿Por qué diseño gráfico?

—¿Eso es lo que quieres saber?

—No sé, siento que ya lo sé todo sobre ti —Holden entrecerró los ojos juguetonamente—. A menos que haya algo más que quieras que sepa.

La sinceridad de aquello me pilló desprevenido. Dejé mi cerveza, pensando en cómo responder.

—Solo... No soy tan patético como mi historia podría hacerte creer. Mis motivos para mudarme aquí son ridículos, pero no soy...

—No creo que seas patético, Jamie. Parece que sabes lo que es importante para ti y estás dispuesto a priorizar las cosas buenas en tu vida. Respeto eso.

Las palabras eran más perspicaces de lo que le había dado crédito. Le di un toquecito con el pie por debajo de la mesa, y él me lo devolvió.

Llegaron las hamburguesas. Comimos, y la conversación siguió fluyendo, más fácil ahora, menos consciente de ser observados. Supe que la abuela de Holden le había enseñado a cocinar, pero que vivía principalmente de sándwiches. Que había leído los mismos tres libros cada año desde la universidad y no podía explicar por qué. Que nunca había ido más al oeste de Utah y no tenía ningún deseo particular de cambiar eso.

Él supo que yo había cambiado de carrera tres veces antes de decidirme por diseño. Que llamaba a mi madre cada domingo sin falta. Que una vez había conducido catorce horas para ver una lluvia de meteoros y me había quedado dormido en mi coche antes de que comenzara.

—¿Condujiste catorce horas y te lo perdiste?

—Estaba cansado. Había sido una semana larga.

—Puede que sea lo más triste que he oído nunca.

—Se pone peor. Cuando me desperté, había una vaca mirándome a través del parabrisas.

Holden se rio. Una risa auténtica, baja y sorprendida, como si no hubiera esperado que se le escapara. Como si su cuerpo le hubiera traicionado hacia la alegría.

El sonido me hizo algo, abrió una caja que había estado intentando mantener cerrada. Quería catalogarlo, archivarlo, descubrir cómo hacer que sucediera otra vez.

Pequeña victoria. Digna de recordar.

Para cuando pagamos la cuenta, la Taberna se había vaciado. Denise nos deseó buenas noches con una calidez que parecía genuina, y luego estábamos fuera en la oscuridad de enero, nuestro aliento formando vaho en el aire frío.

—No ha estado mal —dijo Holden.

—Menudo elogio viniendo de ti —metí las manos en los bolsillos para protegerme del frío—. Te veré por la mañana. Tengo una videollamada a las nueve, pero puedo estar allí a las diez.

—Las diez me viene bien.

Nos quedamos en la acera, con el humo de leña flotando en el aire procedente de la chimenea de la Taberna. La distancia entre nosotros se sentía cargada, eléctrica. Pensé en el plan. En la actuación. En el beso de buenas noches que se suponía que iba a vender nuestra historia a cualquiera que estuviera mirando desde una ventana.

—Puede que haya gente mirando —dije.

—Puede ser.

—Así que probablemente deberíamos...

—Sí.

Ninguno de los dos se movió. La mandíbula de Holden estaba tensa, su aliento visible en el frío. La luz de la calle iluminaba sus pómulos, lo oscuro de su pelo, y pensé en cómo se veía en el parque aquel primer día. Su seguridad, la forma en que se había inclinado como si supiera exactamente lo que estaba haciendo.

Me puse de puntillas.

Holden me encontró a mitad de camino, con una mano levantándose para sostener la parte posterior de mi cabeza, sus dedos entrelazándose en mi pelo. El beso fue suave al principio, cuidadoso, casi inquisitivo.

Entonces agarré la parte delantera de su chaqueta y lo acerqué más, y dejó de ser cuidadoso.

Su boca estaba cálida en contraste con el frío. Su otra mano encontró mi cintura, estabilizándome, y me apoyé en él. La diferencia de altura debería haber sido incómoda. No lo fue. Se inclinó hacia mí como si fuera fácil, como si hubiera estado esperando.

Por un momento, olvidé que se suponía que esto era para aparentar. Olvidé que alguien podría estar mirando. Solo existía su boca y la mía, su mano en mi pelo, el sólido calor de su cuerpo contra la noche de enero.

La deliciosa sensación de besar a un hombre encantador.

Su mano seguía en mi pelo cuando rompí el beso.

—Te veo mañana —dije. Me salió con voz áspera.

—Mañana.

Pasé cada segundo del camino a casa reviviendo el beso.

Cómo se había sentido su mano en mi pelo, cómo me había acercado a él. La manera en que había comenzado como una actuación y terminado como algo más, algo que hacía que mi pulso se acelerara y mis pensamientos se dispersaran.

Si esto fuera real, estaría en serios problemas.

Menos mal que no lo era.

Capítulo Cuatro

Jamie

El parque estaba más vacío de lo habitual para un viernes por la tarde. Algunos niños en los columpios, una madre empujando un cochecito, y yo de pie cerca del banco donde Landon y yo siempre hacíamos el intercambio, mirando mi teléfono por lo que parecía la centésima vez.

Holden me había enviado un mensaje hacía veinte minutos. *Llego tarde. Estaré allí pronto.*

El Range Rover negro entró en el aparcamiento exactamente a las tres. Si algo caracterizaba a Landon, era su puntualidad.

Él salió primero, todo Canada Goose y pelo perfecto, cada hebra en su sitio como si acabara de salir de una peluquería. Luego abrió la parte trasera para dejar bajar a las perras. Me vieron antes de que sus patas tocaran el pavimento, Marceline ya tirando hacia mí, con Bubblegum siguiéndola de cerca. Mi pecho se abrió como siempre lo hacía cuando las veía después de una semana separados, liberando finalmente el dolor de haberlas echado de menos.

—Hola, pequeñas —me dejé caer de rodillas en el suelo helado, sin importarme mis vaqueros, y dejé que se abalanzaran sobre mí. Todo el cuerpo de Marceline se retorcía con la fuerza de su entusiasmo, su chaleco rojo acolchado arrugándose alrededor de su cuello. Landon había dicho que esos chalecos eran ridículos cuando los compré, pero de todos modos se los había puesto a las perras. Bubblegum presionó su nariz contra mi cuello e hizo ese pequeño sonido de resoplido que significaba que me había echado de menos, su cuerpo más pequeño cálido contra mi pecho—. Lo sé. Yo también os he echado de menos.

—Han tenido una buena semana —dijo Landon acercándose, con las correas colgando de su mano. Tenía buen aspecto, descansado, casi relajado. Bufanda de cachemira, guantes de piel, ese tipo de imagen cuidada que antes me hacía sentir como si hubiera ganado algo. Ahora solo parecía esfuerzo—. Bubblegum por fin ha descubierto cómo usar la puerta para perros.

—Ya era hora —le acaricié la cabeza y me levanté, sacudiéndome la suciedad de las rodillas, y luego tomé las correas.

—Bueno —Landon se cruzó de brazos, con esa media sonrisa familiar jugando en sus labios—. Tengo noticias. Me voy de viaje el próximo fin de semana durante unos días —su sonrisa se ensanchó, lo suficiente para mostrar los dientes—. Blake y yo nos vamos a Cabo. Salimos el doce de febrero y regresamos el diecisiete.

Blake. El nuevo novio. Había oído ese nombre exactamente dos veces, una de Brandy, que lo había escuchado de alguien en el resort, y otra de Landon durante un intercambio de perros cuando lo había soltado como una granada y había esperado la metralla.

El soleado México para San Valentín mientras yo me helaba el culo en Colorado. —Qué bien —mi voz sonó más plana de lo que pretendía. No celoso. No me sentía celoso. Sentía algo más que no podía nombrar exactamente. Alivio, quizás—. ¿Entonces tendré a las chicas hasta el diecisiete?

—Si le viene bien —estaba observando mi cara, esperando algo. Los celos, tal vez. La evidencia visible de que su nueva relación me dolía.

Pero en lo único que pensaba era en tener tiempo extra con mis pequeñas. —No hay problema —mantuve mi voz ligera—. Disfrute de su viaje.

Un movimiento en el borde del parque captó mi atención. Holden, caminando hacia nosotros con esa manera particular suya, sus largas piernas cubriendo terreno rápidamente, las manos metidas en los bolsillos de su chaqueta. Tenía el pelo ligeramente despeinado por el viento y las mejillas enrojecidas por el frío. Había enviado un mensaje diciendo que llegaría tarde, pero ahí estaba. Durante la temporada más ocupada de su año.

Marceline lo notó antes de que pudiera decir nada. Todo su cuerpo se puso rígido de emoción, y luego estaba tirando de la correa, dirigiéndose hacia Holden con la intensidad que normalmente reservaba para las ardillas.

—Hola —Holden se detuvo frente a mí, y antes de que pudiera responder, se inclinó y me besó. Rápido, casual, como si fuera algo que hiciéramos todos los días. Su mano me sostuvo la nuca por un momento, cálida contra el frío, sus dedos callosos ásperos contra mi piel.

—Hola a ti también —mi voz sonó más firme de lo que me sentía.

Se agachó para saludar a las perras, y Marceline perdió la cabeza, retorciéndose, lamiéndole las manos, apretándose contra sus piernas como si hubiera estado involucrada en nuestro plan desde el principio. Bubblegum no estaba mucho mejor, meneando todo su trasero mientras se abría paso hacia su atención, esperando su turno con esa paciente dignidad que siempre tenía.

—Sí, yo también os he echado de menos —murmuró Holden, rascando detrás de las orejas de Marceline—. A las dos.

Miré a Landon.

Su rostro se había vuelto cuidadosamente inexpresivo, pero yo conocía esa mirada. La tensión alrededor de su mandíbula, la forma en que sus hombros se habían cuadrado. Estaba viendo a su perra perder la cabeza por Holden Hutchinson.

—Realmente les gusta —dije. No pude evitarlo.

—Ya veo —la voz de Landon era plana.

Holden se enderezó y miró a Landon con una expresión que no pude descifrar del todo, no hostil, pero tampoco cálida. Simplemente firme. El contraste entre ellos era casi absurdo: Landon pulido y caro, cada detalle calculado; Holden con su camisa de franela de trabajo y vaqueros, como si acabara de apartarse de su banco de trabajo.

—Hutchinson —dijo Landon. Un saludo que no era del todo amistoso.

—Hawkins.

El silencio se extendió por un tiempo demasiado largo.

Landon me hizo un gesto con la cabeza. —Le llamaré cuando volvamos.

—Buen viaje.

Caminó hacia su coche sin mirar atrás. El motor rugió, más fuerte de lo necesario, y luego salió del aparcamiento, con la grava crujiendo bajo sus neumáticos. El Range Rover giró hacia la calle principal y desapareció.

—Se ha ido —dije—. Gracias otra vez por venir. Siento haberte hecho recorrer todo este camino para solo un minuto o dos.

Holden asintió. —Es parte del acuerdo, ¿no?

El acuerdo. Sí.

—Así que... —Miró a las perras, que seguían pegadas a sus piernas como si pudiera desaparecer si lo soltaban—. ¿Se va a algún sitio?

—Sí —asentí, intentando mantener las correas desenredadas—. Se va a Cabo con su nuevo novio para San Valentín.

Holden silbó por lo bajo. —¿Así que las tienes hasta entonces?

—Hasta el diecisiete de febrero. Tengo una semana extra con mis niñas. —Le miré esperanzado—. ¿Está bien si las llevo a la tienda? Te prometo que no molestarán.

La boca de Holden se curvó en una auténtica sonrisa, algo tan poco frecuente que lo sentí como una pequeña victoria. —Sí, no hay problema. Probablemente sean mejor compañía que la mayoría de mis clientes.

Me reí. —Eres terrible.

—Es la verdad.

Empezamos a caminar por el sendero, con las perras guiándonos hacia el camino al borde del parque. El sendero se adentraba en las colinas, mayormente vacías en esta época del año. Nuestros pasos crujían sobre el suelo helado, y el aliento formaba volutas blancas en el aire frío. La luz de enero ya se tornaba dorada, filtrándose entre los álamos desnudos y reflejándose en los parches de nieve vieja.

—Creo que esperaba que estuviera celoso —dije—. Por el novio, por el viaje.

—¿Y lo estabas?

Lo pensé. La respuesta sincera. —No. Principalmente pensaba en cuánto tiempo extra tendría con las niñas.

Holden permaneció callado. El sendero giraba en una curva, y el pueblo quedaba atrás, dejando solo montañas y cielo y el sonido de nuestras botas sobre la tierra compacta. El frío mordía mis mejillas, mis orejas, encontraba cada hueco entre mis capas de ropa. Me había puesto la chaqueta equivocada otra vez.

—¿Cuándo dejaste de...? —preguntó.

—¿De qué?

—De preocuparte por lo que él pensara.

No tenía respuesta para eso. O quizá sí, pero era demasiado reciente para decirla en voz alta. Algo sobre la tienda. Sobre Prospect Ridge. Sobre un florista gruñón que aparecía en los intercambios de perros aunque estuviera ocupadísimo.

—Estoy trabajando en ello —dije.

El brazo de Holden rodeó mis hombros.

No dijo nada. Solo me atrajo hacia su costado, con su brazo pesado y sólido sobre mi espalda.

Lo primero que noté fue el peso. No opresivo, simplemente presente. Luego el calor, que se filtraba a través de mi chaqueta, cortando el frío de enero. Su mano se curvó alrededor de mi brazo, sus dedos abarcándolo más de lo que parecía posible, sujetándome contra él como si temiera que pudiera alejarme.

Yo encajaba ahí.

Esa fue la parte que me pilló desprevenido. La forma en que mi cuerpo se acomodó en la curva de su costado sin tener que ajustarse, sin tener que hacerme más pequeño o más alto o

diferente. Mi cabeza se colocó bajo su barbilla, y la diferencia de altura que debería haber sido incómoda, simplemente no lo era. Me apoyé en él, alto y fuerte y cálido, cerrando los ojos mientras captaba el aroma de su loción para después de afeitarse.

Su brazo me abarcaba los hombros por completo. Sin reclamar. Sin actuar. Solo sosteniéndome como si quisiera sostenerme.

Landon también solía rodearme con el brazo. En público, en fiestas, cuando quería que la gente nos viera juntos. Pero siempre se sentía como una reclamación. Como si me estuviera exhibiendo, o marcando territorio, o interpretando el papel de novio para un público.

Esto no se sentía así.

Se sentía como ser abrazado por alguien que me quería cerca, y esta era su forma de decirlo. Sin público. Sin actuación. Solo su brazo a mi alrededor y las montañas tornándose rosadas en la distancia y las perras trotando delante como si nada inusual estuviera pasando.

Encajaba bajo su barbilla como si hubiera sido creado para estar ahí. Y por primera vez en más tiempo del que podía recordar, ser pequeño junto a alguien no me hacía sentir pequeño. Me hacía sentir seguro. Protegido. Como si el tamaño de Holden no fuera algo que me disminuyera. Era algo que creaba espacio para mí.

La comprensión no llegó de golpe. Se construyó, lenta e innegable, con cada paso que dábamos juntos. La forma en que mi cuerpo seguía inclinándose hacia su calor. La forma en que mi respiración se había sincronizado con la suya sin darme cuenta. La forma en que seguía queriendo girar mi rostro hacia su pecho y simplemente quedarme allí.

Oh, pensé. Y luego, con creciente certeza: *Oh, joder.*

Esto no era solo atracción. Esto no era solo el acuerdo de falso noviazgo desdibujándose en los bordes. Esto era algo que había estado creciendo desde el primer día, desde que entró en el parque y me besó delante de Landon sin pensarlo dos veces. Este era el tipo de sentimiento que podría destrozarme si lo permitía, el tipo que me hacía querer quedarme, querer construir algo, querer creer que este hombre tranquilo, gruñón y gentil podría realmente corresponderme.

Terminamos el recorrido así, con su brazo sobre mis hombros, mi cuerpo pegado a su costado, Marceline y Bubblegum trotando delante a través de parches de nieve vieja. El frío ya no parecía tan malo. El sendero se abrió hacia un mirador y nos detuvimos sin comentarlo para contemplar el valle abajo. Prospect Ridge se veía pequeño desde aquí, un grupo de edificios enclavados en las estribaciones, con humo saliendo de las chimeneas.

Mantuve la boca cerrada, porque algunas cosas eran más fáciles si no las nombraba. Pero lo sabía. Caminando por ese sendero con el brazo de Holden rodeándome, los perros guiándonos y las montañas tiñéndose de rosa con la luz menguante, sabía que esto era diferente. Él era diferente.

Y quería que esto fuera real.

Para cuando regresamos al parque, el sol casi se había puesto. Tenía la cara entumecida, no me sentía los dedos de los pies y era más feliz de lo que había sido en semanas.

Holden finalmente retiró su brazo. El frío se precipitó en el espacio donde él había estado, y tuve que contenerme para no inclinarme de nuevo hacia su calor.

—Debería volver a la tienda —dijo.

—Sí. —Enrosqué la correa de Bubblegum con más fuerza alrededor de mi mano—. ¿Trabajas mañana?

—Sí. Pedidos del sábado.

—Estaremos allí a las nueve.

—¿Seguro?

Asentí. —Absolutamente.

Me miró durante un largo momento. La luz menguante captaba los ángulos de su rostro, la oscuridad de sus ojos. Quería agarrar su cara y atraerlo hacia mí. Quería esa casi sonrisa contra mi boca.

—Hasta mañana —dijo.

—Hasta mañana.

Llevé a los perros a casa, les di de comer, me senté en el sofá con ambos amontonados en mi regazo y pensé en el peso del brazo de Holden sobre mis hombros. La manera en que encajaba bajo su barbilla. El modo en que ninguno de los dos se apartó incluso cuando nadie estaba mirando, sin público al que engañar.

Rasqué detrás de las orejas de Marceline y me permití desearlo, aunque después doliera como el infierno.

Holden

El viejo cine de la calle Maple llevaba proyectando películas desde 1952. Butacas originales de terciopelo rojo, elementos art decó y una máquina de palomitas vintage que había sobrevivido a tres propietarios. El lugar olía a mantequilla, polvo e historia, y lo había amado desde que tenía ocho años y me mudé a este pueblo después de que mi abuela viniera a buscarme.

No me fijé mucho en ello esta noche. Estaba demasiado consciente del hombre sentado a mi lado.

Jamie había aparecido en la tienda esa mañana con café y una sonrisa que me oprimió el pecho. Habíamos trabajado atendiendo a un flujo constante de clientes, nada abrumador, pero suficiente para mantenernos en movimiento, con los pedidos de San Valentín acumulándose para la semana siguiente. Alrededor del mediodía, mencionó la sesión de las siete en el cine y sugirió que la convirtiéramos en nuestra cita obligatoria del fin de semana.

—Parte del trato —había dicho—. Una cita de fin de semana, ¿recuerdas? Mejor hacer algo divertido.

La película era algún thriller que había dejado de seguir veinte minutos después de empezar. El cine estaba medio vacío, nuestra fila completamente vacía excepto por nosotros. Nadie para quien actuar. Ninguna razón para sentarnos tan cerca.

La mano de Jamie encontró la mía en la oscuridad.

Sus dedos se entrelazaron con los míos como si fuera natural. Me detuve, con el pulso acelerado, mi conciencia reduciéndose a ese punto de contacto. Su cálida palma contra la mía. Su pulgar descansando sobre el dorso de mi mano.

Nos habíamos cogido de la mano antes. En el Copper Kettle, ese primer día. En la acera fuera de la Taberna. Toques breves, performativos, generalmente con público.

Esto era diferente. El cine estaba oscuro. Nadie estaba mirando.

Esto era para nosotros.

Mi pulgar trazó un círculo en su palma. No decidí hacerlo; mi mano simplemente se movió, lenta y deliberada.

Jamie se estremeció.

Siempre tenía frío. Lo había notado en la tienda, cómo siempre parecía estar helado. Levanté mi brazo y lo atraje hacia mi costado.

Jamie emitió un pequeño sonido, de sorpresa o alivio, y se acomodó bajo mi brazo como si lo hubiera hecho cien veces antes. Su cabeza se apoyó en mi hombro. Su mano permaneció en la mía, presionada entre nuestros cuerpos, y su mano libre se posó sobre mi pecho, justo encima de mi corazón.

La película continuaba. Yo no la miraba.

En su lugar, observaba cómo la luz parpadeante iluminaba su perfil. La curva de su mejilla, la suave línea de su boca, el pelo que se rizaba detrás de su oreja donde había crecido demasiado. Sus ojos estaban en la pantalla, pero sus dedos trazaban patrones distraídos en mi camisa.

¿Por qué esto se sentía tan cómodo y tan aterrador al mismo tiempo?

Algo en él me hacía pensar en girasoles. La forma en que se volvían hacia la luz sin pensarlo, la manera en que eran brillantes, cálidos e imposibles de ignorar. Adoración, solía decir mi abuela. Lealtad. Nunca había puesto girasoles en un arreglo de condolencias porque no pertenecían allí. Pertenecían a lugares donde la gente estaba celebrando algo. Donde la gente estaba viva.

Corté el pensamiento antes de que pudiera formarse por completo. Ese tipo de ideas solo me traería problemas.

Esto ya no se siente como una actuación.

El pensamiento surgió antes de que pudiera detenerlo. Porque no lo era. Se sentía como algo que yo quería, lo cual era aterrador. No me permitía desear cosas. Sabía que era mejor no hacerlo.

Pero Jamie encajaba contra mí como si estuviera hecho para ello. Su calor se filtraba a través de mi camisa. Su respiración se volvió uniforme, suave y constante.

Cuando aparecieron los créditos, giró la cabeza para mirarme, y esos ojos brillantes estaban bien despiertos.

—Buena película —dijo.

—¿Lo fue?

—¿A qué estabas prestando atención?

No respondí. No hacía falta. La forma en que lo miraba probablemente decía suficiente.

Jamie se rio, esa sonrisa luminosa iluminando la oscuridad, y mi pecho se abrió un poco más.

Nos quedamos así, él acurrucado a mi costado, yo mirándole desde arriba, mientras los créditos pasaban. El cine se iba vaciando, las luces encendiéndose lentamente.

—Deberíamos irnos —dije.

—Probablemente.

Ninguno de los dos se movió.

Su mano seguía sobre mi pecho. Podía sentir los latidos de mi corazón bajo su palma, más rápidos de lo que quería admitir.

—Holden —su voz era suave.

Me quedé inmóvil, esperando su pregunta. ¿Sería la misma que la mía?

¿Qué estamos haciendo?

¿Esto sigue siendo solo una actuación?

¿Quieres más?

Incluso si solo era una actuación, no tenía la fuerza suficiente para rechazar lo que se me estaba ofreciendo.

Finalmente, me dio una palmadita en el pecho. —Vamos, Grandullón.

Salimos al frío, y el aire nocturno nos golpeó como una pared, cortante como enero, ese tipo de frío que hace que te duelan los pulmones. Jamie se acomodó contra mi costado como una pieza de puzle encontrando su lugar.

Comenzamos a caminar hacia la calle principal, el silencio entre nosotros cargado de tensión, algo que se estaba formando pero que

ninguno de los dos había nombrado aún. No éramos críos y sabíamos lo que estaba pasando, aunque no lo hubiéramos dicho en voz alta.

Nuestros pasos resonaban en la acera. Las farolas proyectaban charcos de luz amarilla sobre el pavimento.

Jamie dejó de caminar.

Se quedó de pie en el espacio entre dos farolas, su aliento formando nubes blancas, las manos en los bolsillos. Incluso con la escasa luz, podía ver el brillo en sus ojos.

Se puso de puntillas y me besó.

Sin aviso. Sin público. Sin excusas.

Su boca estaba cálida contra el frío, suave y segura, y por un momento me quedé paralizado, de pie en una acera de la calle principal con los labios de Jamie Redford sobre los míos.

Entonces mis manos se movieron.

Una le acunó la mandíbula, inclinando su cabeza hacia atrás. La otra encontró su cintura, atrayéndolo más cerca. Me incliné, completamente hacia abajo, y le devolví el beso.

Él me buscó, tirando de mi cara hacia abajo. Hizo un sonido ahogado contra mis labios que fue directo a la base de mi columna.

—Jamie —murmuré cuando me separé. Mi voz sonó áspera.

—¿Sí?

Debió de leer la pregunta en mis ojos, porque respondió: —Porque quería hacerlo —su mano acarició el lateral de mi cara, su pulgar trazando la línea de mi mandíbula. Sus ojos brillaban en la penumbra —. ¿Está bien? ¿Que quisiera hacerlo?

No respondí con palabras. Lo besé otra vez.

Más profundo esta vez. Lo llevé fuera de la acera hacia un pequeño callejón junto a la calle principal y lo presioné contra el lateral de la ferretería. Su espalda chocó contra el muro de ladrillo, y lo arrinconé allí, con una mano apoyada junto a su cabeza, la otra aún agarrando su cintura. Él hizo otro sonido, algo entre un jadeo y un gemido, y sus manos se deslizaron por mi pecho, sobre mis hombros, hasta mi pelo.

—Holden —mi nombre en su boca, sin aliento—. Ven a casa conmigo.

Me aparté lo suficiente para verle la cara. El rubor en sus mejillas, la forma en que su pecho subía y bajaba. El deseo en sus ojos, abierto y sin disimulo.

—¿Sí?

—Sí —tiró de mi cuello otra vez, atrayéndome para un beso más, rápido e intenso—. Por favor.

Por favor.

Caminamos. Ni rápido, ni lento. Su mano encontró la mía, nuestros dedos entrelazándose. Las calles estaban vacías, el pueblo silencioso a nuestro alrededor, y era consciente de cada punto de contacto. Su palma contra la mía. Su hombro rozando mi brazo. El ocasional choque de su cadera cuando la acera se estrechaba.

Ninguno habló. No había nada que decir que no hiciera esto más complicado de lo que ya era.

Su casa de alquiler estaba a tres manzanas de la calle principal. Los perros estaban pegados a la ventana cuando nos acercamos, con las orejas levantadas, sus colas ya moviéndose.

—Querrán saludar —dijo Jamie, buscando sus llaves—. Se lo advierto.

—Puedo manejarlo.

Abrió la puerta, y los perros se lanzaron hacia nosotros, todos meneos y gañidos emocionados. Me agaché para saludarlos, dejando que Marceline me lamiera la barbilla mientras Bubblegum apoyaba su peso contra mi rodilla. Jamie se quedó en el umbral observando, con una expresión suave en su rostro que no pude descifrar del todo.

—¿Qué? —pregunté.

—Nada —negó con la cabeza, pero sonreía—. Solo... tú. Les gustas.

Me levanté. Crucé el pequeño vestíbulo. Miré hacia abajo, a este hombre que había entrado en mi tienda y había puesto mi tranquila vida patas arriba.

—He estado pensando en esto todo el día —dije, tocando su mejilla. Voz baja. Sincera—. En ti.

Los ojos de Jamie se oscurecieron. Su sonrisa se transformó en algo más, algo que hizo que mi pulso se acelerara.

—Bien —dijo—. Esperaba que no fuera solo cosa mía.
Me agarró del cuello —le gustaba hacer eso— y me besó otra vez.

Capítulo Cinco

Jamie

Marceline y Bubblegum estaban perdiendo la cabeza a nuestros pies mientras nos besábamos, moviéndose y ladrando para llamar la atención. Holden simplemente las esquivó, haciéndome retroceder hacia el pasillo sin romper el beso. Sus manos se movieron desde mi cintura hasta mi cadera y luego a la parte baja de mi espalda, y no podía pensar en nada más que en la sólida muralla de su cuerpo presionándome contra la pared.

—Las perras —logré decir contra su boca.

Se apartó lo justo para mirarme. Tenía la respiración entrecortada, las pupilas dilatadas y los ojos oscuros, casi negros, en la tenue entrada.

—¿Qué?

—Necesitan... —Marceline me estaba arañando la pierna, con todo su cuerpo vibrando por la necesidad de atención—. Dame dos minutos. Déjame que las acomode.

Holden dio un paso atrás. Se pasó una mano por el pelo, observándome con un hambre que me debilitó las rodillas.

—El dormitorio está al final del pasillo —dije, señalando—. Ve. Ponte cómodo. Ahora mismo voy.

Asintió una vez y se dirigió hacia el pasillo mientras yo me volvía hacia las chicas.

—Hola, bebés. Lo sé. Os veo —les rasqué detrás de las orejas, con el pulso aún martilleando—. Sois unas niñas muy buenas, sí que lo sois. Pero papá necesita un tiempo a solas ahora, ¿vale?

Llené sus cuencos de agua, les di a cada una una golosina y me aseguré de que estuvieran acomodadas en sus camas en el salón. Marceline dio tres vueltas antes de dejarse caer con un suspiro dramático. Bubblegum ya estaba acurrucada, observándome con esos pacientes ojos marrones.

—No me juzgues —le dije, y caminé por el pasillo hasta mi dormitorio.

Holden estaba de pie junto a la ventana, recortado contra la luz de la farola que entraba por las finas cortinas. Se había quitado la chaqueta y las botas, pero nada más, como si no estuviera seguro de hasta dónde podía llegar. Cuando entré por la puerta, se giró y la expresión de su rostro me cortó la respiración.

Deseo. Puro y sin disfrazar. Y debajo, algo que parecía casi miedo.

Crucé la habitación y fui directamente a sus brazos.

Me atrapó como si perteneciera allí, con una mano grande abarcando mi espalda baja, la otra sujetando la parte posterior de mi cabeza. Levanté la mirada y él se inclinó y cuando nuestras bocas se encontraron esta vez fue más lento. Más profundo. Como si tuviéramos toda la noche.

Y teníamos toda la noche.

—Eh —dije contra sus labios. Parecía nervioso—. ¿Estás bien?

Su mandíbula se tensó con algo que parecía vergüenza.

—Hace tiempo que no hago esto.

—¿Cuánto tiempo?

Holden tragó saliva y negó con la cabeza.

—No soy... no se me da bien esto. Dejar entrar a la gente.

Oh. Oh, mi corazón. Mi gentil gigante.

—Está bien —acuné su rostro entre mis manos, le hice mirarme. Realmente mirarme—. Podemos ir despacio. Podemos parar cuando quieras. Solo quiero hacerte sentir bien.

Algo se quebró en su expresión. La cautela que siempre llevaba, la cuidadosa distancia... se deslizó, solo por un momento, y debajo vi un anhelo tan crudo que me hizo doler el pecho.

—Jamie —mi nombre en su boca como una oración—. Quiero...

—Dímelo.

—A ti. Te quiero a ti.

—Me tienes —le atraje hacia abajo y le besé hasta que ambos nos quedamos sin aliento.

Holden fue cuidadoso al principio. Eso fue lo que noté mientras nos desnudábamos mutuamente, la forma en que sus manos se movían sobre mi cuerpo con una especie de reverencia que me apretó la garganta. Me quitó la camiseta como si estuviera desenvolviendo algo precioso, y luego se detuvo solo para mirarme en la tenue luz de la ventana. Sus dedos callosos trazaron mi clavícula, mi pecho, mi torso.

—Eres hermoso —dijo mientras estábamos de pie, sin camiseta.

—Soy del montón.

—Eres hermoso —sin lugar a discusión. Solo un hecho.

Alcancé su camisa de franela, liberé los botones uno por uno. Me dejó hacerlo, quedándose quieto mientras empujaba la tela de sus hombros y la dejaba caer. Debajo, era todo lo que había imaginado y más. Pecho ancho cubierto de vello oscuro, estómago plano y firme, hombros anchos que conducían a brazos largos que quería tener envueltos a mi alrededor todo el día. Todos los días.

—¿Estás bien, grandullón?

Holden soltó un suspiro tembloroso.

—Estoy aterrorizado.

No era lo que esperaba.

—¿De qué?

—De desear esto demasiado —sus manos encontraron mi cintura, sus pulgares deslizándose para rozar mis pezones—. De estropearlo.

—No lo harás —levanté la cabeza y besé la comisura de su boca, su mandíbula, el hueco de su garganta—. Te tengo.

Todo su cuerpo se estremeció bajo mi tacto.

Fue entonces cuando entendí a qué me enfrentaba. No eran solo nervios por una primera vez con alguien nuevo. Eran años de aislamiento, de mantener a todos a distancia, de no dejar que nadie se acercara lo suficiente para tocarlo. La forma en que temblaba cuando pasaba mis manos por su pecho... eso no era inexperiencia. Era hambre.

Hambriento de contacto. La palabra surgió y se quedó.

Este hombre, este enorme, áspero y reservado hombre, estaba hambriento de contacto. De ternura. De alguien que pusiera sus manos sobre él y lo hiciera de verdad.

Iba a darle todo.

—A la cama —dije—. Ahora.

Me dejó empujarlo hacia atrás hasta que sus rodillas golpearon el colchón y se sentó con fuerza. Me subí a su regazo, a horcajadas sobre sus muslos, y sus manos subieron para agarrarme las caderas como si pudiera desaparecer si me soltaba.

—Déjame cuidarte —dije—. ¿Puedes hacer eso? ¿Solo dejarme?

Asintió, con los ojos oscuros y desesperados.

Empecé despacio. Besé su boca, su mandíbula, el lado de su cuello. Encontré el punto debajo de su oreja que le hacía temblar y me quedé allí, lamiendo y chupando hasta que gimió. Sus manos se apretaron en mis caderas, acercándome más, y podía sentir lo duro que estaba a través de sus vaqueros, presionando contra mí.

—Joder —respiró—. Jamie...

—Lo sé —besé mi camino por su pecho, mi lengua trazando la línea de músculo, la dispersión de vello oscuro. Me observó todo el tiempo, como si no pudiera creer que esto estuviera sucediendo, como si tuviera miedo de parpadear y encontrar que era un sueño.

Me deslicé de su regazo y me arrodillé entre sus piernas.

Contuvo la respiración. Sus manos se levantaron como si quisiera detenerme, luego cayeron de nuevo sobre el colchón, con los dedos curvándose en las sábanas.

—No tienes que...

—Quiero hacerlo —levanté la mirada hacia él, mantuve su mirada —. De verdad, de verdad quiero hacerlo.

Su polla se tensaba contra sus vaqueros, el contorno grueso y evidente. Presioné mi palma contra ella y él emitió un sonido como si le hubiera golpeado, sus caderas sacudiéndose hacia el contacto.

—Tranquilo —abrí su cinturón, desabroché el botón y bajé la cremallera con cuidado—. Levántate.

Levantó las caderas y le bajé los vaqueros, luego los calzoncillos, y...

Oh.

Era grande. Proporcional al resto de su cuerpo, lo que significaba que era realmente enorme. Largo y grueso, enrojecido por la sangre, ya goteando en la punta. Se me hizo la boca agua.

—Eres enorme —dije, porque había perdido todo filtro entre cerebro y boca.

Sus orejas se pusieron rojas. —No tienes que...

—Cállate —rodeé la base con mi mano, le sentí pulsar en mi agarre. Tan jodidamente caliente—. He dicho que quería hacerlo. Lo dije en serio.

Me incliné y lamí una franja por la parte inferior, de la base a la punta, y la cabeza de Holden cayó hacia atrás con un gemido que salió de algún lugar profundo de su pecho. Sabía limpio, como jabón y piel y algo almizclado debajo que me hizo querer más.

Rodeé la cabeza con mis labios y succioné.

—Joder... —Sus caderas se sacudieron, y su mano voló a la parte posterior de mi cabeza, luego se apartó como si se hubiera quemado —. Lo siento, no quería...

Me separé el tiempo suficiente para agarrar su muñeca y volver a colocar su mano. —Puedes tocarme. Quiero que lo hagas.

Sus dedos se entrelazaron en mi pelo, tímidos al principio, luego apretando cuando lo tomé más profundamente. No podía abarcarlo todo —era demasiado grande para eso—, pero tomé todo lo que pude, hundiendo las mejillas, trabajando con mi lengua por la parte inferior mientras mi mano acariciaba lo que mi boca no podía alcanzar.

—Jamie... —Su voz se quebró—. Eso es... joder, eso es tan bueno...

Murmuré a su alrededor, y todo su cuerpo se sacudió. Sus dedos se tensaron en mi pelo, sin tirar, solo aferrándose. Le miré a través de mis pestañas, observé su rostro mientras el placer le deshacía. Tenía la mandíbula apretada, el pecho agitado, los ojos cerrados como si no pudiera soportar mirarme.

Me separé con un sonido húmedo. —Mírame.

Abrió los ojos. Oscuros. Desesperados.

—Obsérvame —lamí la punta, saboreando la sal de su líquido preseminal, luego lo volví a meter en mi boca. Más profundo esta vez, hasta que golpeó la parte posterior de mi garganta y tuve que cerrar los ojos, parpadeando rápidamente.

—Dios santo... —Sus caderas vacilaron, y podía sentir cómo intentaba no empujar, intentando contenerse—. Jamie, no puedo... voy a...

Me separé, le rodeé con ambas manos y acaricié rápido. —Entonces córrete. Quiero que lo hagas.

—Así no —Sus manos encontraron mis hombros, me subieron—. Quiero... dentro de ti. Por favor.

Esa palabra otra vez. Por favor. De este hombre que nunca pedía nada.

—Vale —le besé, dejando que se saboreara en mi lengua—. Vale. Te tengo.

Me quité los vaqueros y los calzoncillos mientras él terminaba de quitarse los pantalones. Luego me senté a horcajadas sobre su regazo, ambos desnudos ahora, sin nada entre nosotros. Su polla presionaba contra mi culo y moví las caderas para frotarme contra él, y el sonido que hizo fue casi doloroso.

—Mesita de noche —dije—. Cajón de arriba.

Extendió la mano, abrió el cajón a tientas y volvió con lubricante y condones. Le temblaban las manos.

Tomé el lubricante de él. —Déjame a mí.

Me unté los dedos primero —parecía que apenas se estaba conteniendo, y quería que esto fuera bueno para él. Quería darle algo que valiera la pena recordar. Alargué la mano por detrás, me metí un dedo y luego dos. Holden observaba con ojos oscuros

mientras me abría, con su polla temblando contra su estómago cada vez que yo jadeaba.

—Eso es lo más sexy que he visto nunca —dijo, con voz baja y áspera.

—¿Quieres probar? —busqué su mano, derramé lubricante sobre sus gruesos dedos—. Despacio. Eres grande.

Fue cuidadoso. Dios, era tan cuidadoso. Primero un dedo, lo bastante grueso como para que sintiera el estiramiento inmediatamente. Observó mi rostro todo el tiempo, leyendo cada reacción, ajustando su ángulo cuando yo jadeaba.

—¿Bien? —preguntó.

—Muy bien. Más —gemí, echando la cabeza hacia atrás.

Dos dedos. Agarré su hombro y respiré mientras lo asimilaba, mi cuerpo ajustándose a la intrusión. Sus dedos eran más largos que los míos, más gruesos, y cuando los curvó justo así...

—Ahí... —me mecí sobre su mano—. Justo ahí, oh joder...

Lo hizo de nuevo. Y otra vez. Introdujo un tercer dedo y siguió golpeando ese punto hasta que estaba temblando, mi polla goteando contra su estómago, mis muslos temblando por el esfuerzo de mantenerme erguido.

—Holden, cariño —jadeé—. Estoy listo. Necesito...

Agarré el condón, lo abrí, lo desenrollé sobre él. Añadí más lubricante, luego me coloqué sobre él, con su polla apoyada en mi entrada, y lentamente, muy lentamente, me hundí.

El estiramiento fue intenso. Incluso con la preparación, casi era demasiado. Tuve que detenerme a mitad de camino, respirando con dificultad, mi cuerpo adaptándose a él.

—Dios, Jamie... —Su voz estaba tensa, sus manos aferrando mis caderas como si estuviera usando toda su fuerza de voluntad para no embestir—. ¿Estás bien?

—Sí. Solo... dame un segundo.

—Todo el tiempo que necesites.

Respiré. Me relajé. Dejé que la gravedad hiciera su trabajo, hundiéndome otro centímetro, luego otro, hasta que finalmente estuve completamente sentado y él estaba totalmente dentro de mí. Tan lleno, *tan jodidamente lleno*.

—Joder —respiré—. Se siente...

—Increíble —me atrajo hacia abajo para un beso, tierno y desesperado—. *Tú* te sientes increíble.

Empecé a moverme.

Despacio al principio. Meciendo mis caderas en pequeños círculos, acostumbrándome a la plenitud, a la forma en que me llenaba tan completamente que no había espacio para nada más. Sus manos abarcaban mi cintura, sin guiar, solo sosteniendo. Como si necesitara el contacto para convencerse de que esto era real.

—Eh —apoyé mis manos en su pecho, me levanté, me hundí de nuevo—. Te tengo. Solo siéntelo. Solo déjate sentirlo.

Algo se rompió en él entonces, cayendo la última de sus resistencias, derrumbándose los muros que había construido. Sus manos se deslizaron por mi espalda, me acercaron, y cuando me besó no había nada contenido. Solo necesidad pura y hambre desesperada.

Cabalgué sobre él con fuerza, más fuerte. Más rápido. Encontré el ángulo que hacía que chispas subieran por mi columna y lo perseguí. Él igualó mi ritmo, elevando sus caderas para encontrarse con las mías, penetrando más profundo con cada embestida.

—Jamie... —Mi nombre en su boca como si fuera la única palabra que conociera—. No puedo... estoy cerca...

—Yo también —alcancé entre nosotros, envolví mi mano alrededor de mi propio miembro—. Córrete conmigo. Quiero sentirte.

Me agarró por las caderas y embistió con fuerza, una vez, dos veces, y entonces se corrió con un gemido que vibró por todo mi cuerpo. Lo sentí pulsando dentro de mí, sentí su calor y eso fue suficiente para llevarme al límite. Me corrí con un fuerte gemido, derramándome caliente sobre mi puño y su abdomen.

Durante un largo momento, ninguno de los dos se movió.

Entonces Holden me atrajo contra su pecho y me abrazó como si nunca quisiera soltarme.

—Oye —dije contra su piel, besando su mejilla—. ¿Estás bien?

No respondió por un momento. Cuando lo hizo, su voz sonaba áspera—. Olvidé cómo se sentía esto.

—¿Qué?

—Estar cerca de alguien —sus brazos me estrecharon más fuerte —. Ser deseado.

Mi corazón se abrió un poco más. Presioné un beso en su pecho, justo sobre su corazón.

—Acostúmbrate —dije—. Porque no he terminado de desearte.

Hizo un sonido que podría haber sido una risa, o tal vez algo completamente distinto. Su mano subió para acariciar mi pelo, suave y reverente.

Nos quedamos así hasta que nuestra respiración se calmó, hasta que el sudor se enfrió en nuestra piel, hasta que finalmente tuvo que apartarse para ocuparse del condón y el desastre que habíamos hecho. Pero incluso entonces, incluso cuando regresó del baño con una toallita tibia y nos limpió a ambos, incluso cuando por fin nos acomodamos bajo las sábanas, no me soltó.

Me atrajo contra su pecho, con mi cabeza bajo su barbilla, su brazo rodeándome como un escudo.

—Quédate —dije—. Esta noche. Quédate conmigo.

—Sí —su voz sonaba ronca, ya medio dormido—. Me quedaré.

Me dormí con los latidos de su corazón bajo mi oreja y su calor rodeándome, y por primera vez en meses, no me sentí solo.

Holden

Algo húmedo tocó mi mano.

Abrí los ojos para encontrar a Marceline a quince centímetros de mi cara, moviendo la cola, con su nariz empujando mis dedos que colgaban del borde de la cama. Bubblegum estaba sentada detrás de ella, paciente, esperando su turno.

El apartamento de Jamie. La cama de Jamie. Los perros de Jamie, mirándome.

Giré la cabeza. El otro lado de la cama estaba vacío, pero las sábanas aún estaban calientes. Desde algún lugar más allá de la puerta cerrada llegaba el sonido de un molinillo de café, puertas de armarios abriéndose y cerrándose.

Mi brazo estaba rígido por dormir demasiado tiempo en una misma posición. Mi cuerpo dolía de una forma que no tenía nada que ver con la incomodidad y todo que ver con el hombre que ahora hacía ruido en la cocina.

Anoche.

El recuerdo me golpeó en fragmentos. Sus manos en mi piel. Su boca en mi miembro, Dios, su boca. Los sonidos que había hecho cuando lo preparé, cuando entré en él. Cómo se veía cabalgándome, sonrojado y desesperado y hermoso, con la cabeza echada hacia atrás, su cuerpo tomando todo lo que le daba.

Su voz después, suave y feroz: Acostúmbrate.

Marceline lamió mi mano otra vez, más insistentemente.

—Vale —dije. Mi voz sonó áspera—. Ya me levanto.

Balanceé las piernas por el borde de la cama, y ambos perros inmediatamente se apretaron contra mis espinillas, moviéndose con la fuerza de su emoción. Bubblegum apoyó su barbilla en mi rodilla. Marceline intentó subirse a mi regazo.

—No estoy diseñado para esto —le dije, pero ya estaba rascándole detrás de las orejas—. No eres un perro faldero.

Ella no estaba de acuerdo.

Encontré mis calzoncillos en el suelo, me los puse y me dirigí primero al baño para hacer mis necesidades. Pensé en buscar también mis vaqueros, una vez terminé, pero los perros ya me estaban guiando hacia la puerta, y el olor a café era ahora más fuerte.

Jamie estaba en la encimera de espaldas a mí, vistiendo solo sus calzoncillos y...

Mi camisa de franela. La que me había puesto ayer. Le quedaba enorme, con las mangas dobladas tres veces en los puños, el bajo llegándole a medio muslo.

Algo primitivo se tensó en mi pecho. *Mío*. Este hombre con mi ropa, en mis brazos anoche, cabalgando mi miembro, viéndose

como si perteneciera allí.

Como si siempre hubiera pertenecido allí.

—Buenos días —dijo sin levantar la vista—. El café está casi listo.

Crucé la cocina. Puse mis manos en sus caderas, me incliné para presionar un beso en la parte posterior de su cuello.

Se reclinó hacia el beso. Inclinó la cabeza para darme mejor acceso. Hizo un pequeño sonido satisfecho que sentí más que oí.

—¿Te despertaron los perros?

—Más o menos. Marceline tiene opiniones sobre dormir hasta tarde.

—Oh sí, siempre las tiene —se giró entre mis brazos, mirándome hacia arriba. Su pelo estaba despeinado, sus ojos suaves por el sueño, y había una marca en su cuello que no recordaba haber dejado—. Hola.

—Hola.

—Gracias por no irte en medio de la noche.

Fruncí el ceño—. ¿Pensaste que lo haría?

Jamie se encogió de hombros—. Esperaba que no lo hicieras, pero no lo hablamos antes de que me quedara dormido.

—Ni se me pasó por la cabeza.

Su sonrisa se ensanchó. Se levantó sobre la punta de sus pies y me besó, suave y breve, luego puso una taza en mis manos.

—Buena respuesta —se volvió hacia la encimera—. Puedo hacer huevos. O hay cosas de pastelería que me trajo Brandy el viernes, bollería.

—Yo puedo cocinar.

—Eres un invitado.

—Déjame ayudar.

Su cocina era pequeña, con techos inclinados, ángulos extraños, apenas lo suficientemente grande para una persona. Tuve que agacharme bajo los armarios, navegar alrededor de la isla que ocupaba la mayor parte del espacio. Cada vez que nos movíamos uno alrededor del otro, nos tocábamos. Su hombro contra mi brazo. Mi mano en la parte baja de su espalda cuando me estiraba para alcanzar algo. Su cadera chocando con la mía cuando terminábamos en la misma encimera.

Casqué huevos en un cuenco mientras él alimentaba a los perros.

—Háblame de tu abuela.

Mis manos se quedaron quietas.

Jamie me estaba observando, con su taza de café acunada en ambas manos. La luz de la mañana captaba su pelo, volviéndolo dorado.

—Dijiste que ella te enseñó el oficio —continuó él—. ¿Cómo era?

Volví a los huevos, sonriendo ante los felices recuerdos.

—Testaruda. Con opiniones firmes. Creía que sabía más que todos, y normalmente tenía razón.

—Suena como alguien que conozco.

Mi boca se crispó.

—Dirigió la tienda durante cuarenta años. La abrió en los sesenta, cuando las mujeres no montaban negocios por su cuenta en pueblos como este. Especialmente las viudas.

—¿Era viuda?

—Desde el principio, básicamente. Mi abuelo murió en Vietnam antes de que mi padre naciera. Crió a un hijo sola, construyó un negocio de la nada, lo mantuvo a flote durante todas las recesiones y los años malos. —Vertí los huevos en la sartén, observando cómo se extendían y cuajaban por los bordes—. La gente le decía que vendiera, que se mudara a un sitio más fácil. Nunca lo hizo.

—¿Por qué no?

—Solía decir que hay personas hechas para marcharse y otras hechas para quedarse. Ninguna es mejor que la otra. Son simplemente diferentes. —Se me tensó la garganta—. Ella sabía lo que era. Sabía dónde pertenecía.

—Y después también te crió a ti.

Asentí. No elaboré más. Algunas historias eran demasiado largas para una conversación matutina, demasiado enredadas con cosas de las que no hablaba: la adicción de mi madre, el sistema que me había estado trasladando durante años antes de que la abuela se enterara y viniera a buscarme. El largo viaje desde California a Colorado, toda mi vida en dos bolsas de basura en su asiento trasero.

—Suena increíble —dijo Jamie en voz baja.

—Lo era. —Removí los huevos con una espátula—. La tienda era su bebé. Después de que muriera, yo no pude... —Negué con la cabeza—. No pude dejarla ir.

Jamie permaneció en silencio. Cuando levanté la mirada, su expresión se había suavizado.

—Te quedaste —dijo—. Después de que ella muriera.

—La tienda era el único lugar que se había sentido como mío. Como un hogar.

Más sincero de lo que pretendía. Volví a los huevos con la garganta apretada.

—Landon solía hablar de irse de Denver como si siempre hubiera un lugar más grande y mejor. —La voz de Jamie era suave—. Como si quedarse demasiado tiempo en cualquier sitio fuera un fracaso. Si no estabas ascendiendo, moviéndote, subiendo de nivel, te estabas quedando atrás.

—¿Es por eso que lo dejasteis?

—Un día simplemente dijo que se mudaba a casa, y que estaba construyendo un futuro del que yo no formaba parte. La ruptura no fue la sorpresa. Para entonces ya estaba cansado de ser "demasiado" para él. Quería a alguien que necesitara menos, y yo no iba a ser menos para él. No para nadie.

Dejé la espátula.

—No eres demasiado.

La sonrisa de Jamie fue torcida.

—Sí que lo soy.

Crucé la cocina, me detuve frente a él. Lo levanté y lo senté en la encimera, colocándome entre sus piernas. Él emitió un pequeño sonido de sorpresa, apoyando las manos en mis hombros para mantener el equilibrio. Nuestras caras estaban cerca ahora, y podía ver todos los matices de verde y marrón en sus hermosos ojos.

—No eres demasiado —repetí—. No para mí.

Me miró fijamente durante un largo momento. Luego sus dedos se enredaron en mi pelo y me atrajo hacia abajo para un beso que comenzó suave y se convirtió en algo completamente distinto.

Los huevos se quemaron. A ninguno de los dos nos importó.

Nuestra perezosa mañana de domingo se extendió hasta la tarde.

Comimos pasteles recalentados porque los huevos estaban irrecuperables. Paseamos a los perros por la manzana, con el hombro de Jamie chocando contra el mío, nuestro aliento formando vaho en el frío. Volvimos y nos desplomamos en su sofá —acolchado, no diseñado para alguien de mi tamaño— y Marceline reclamó mi regazo mientras Bubblegum se acuñaba entre nosotros.

—Podríamos ver algo —dijo Jamie, desplazándose por las opciones en la televisión—. No he visto nada nuevo en meses.

—Lo que tú quieras.

Puso una película. Algo con un atraco y dinámicas familiares complicadas. No habría podido contarte la trama.

Estaba demasiado consciente de él acurrucado bajo mi brazo, sus dedos trazando patrones distraídos en mi muslo. El peso del perro en mi regazo. El cómodo silencio que se había instalado en la habitación.

Esto ya no parece parte del acuerdo.

El pensamiento llegó completamente formado.

Esta mañana —el café, la cocina, la conversación sobre mi abuela— nada de eso había sido para aparentar. Sin público, sin Landon para quien actuar, sin trato que cumplir. Solo nosotros, en su casa, pasando un domingo como si fuera algo que hiciéramos habitualmente.

Como si fuera algo que pudiéramos seguir haciendo, como si hubiéramos acordado silenciosamente ser simplemente nosotros mismos aquí, abiertos y libres, manteniendo los problemas del mundo exterior lejos.

Mi mano encontró su pelo. Se deslizó entre las ondas, trazó la curva de su oreja. Jamie emitió un pequeño sonido y se acercó más, con los ojos cerrándose lentamente.

—¿Holden?

—¿Mm?

—¿Qué estamos haciendo?

La misma pregunta que yo seguía haciéndome. La misma pregunta para la que aún no tenía palabras.

—No lo sé —dije honestamente—. ¿Quieres que me vaya?

Jamie volvió la cabeza para mirarme. Sus ojos escrutaron mi rostro buscando algo que esperaba que encontrara.

—No —dijo—. Claro que no, tonto.

Besé su frente. Su sien. La suave piel bajo su oreja. Se estremeció contra mí, acercándose más, y cuando me aparté me miraba con algo que me oprimió el pecho.

—Holden. —Su voz se había vuelto grave, áspera en los bordes—. Llévame de vuelta a la cama.

No respondí con palabras. Simplemente deslicé un brazo bajo sus rodillas, el otro alrededor de su espalda, y me levanté.

Jamie emitió un sonido, sorprendido, sin aliento, y sus brazos rodearon mi cuello. Llevarlo por el pasillo se sentía fácil, natural, como algo que podría hacer todos los días por el resto de mi vida.

—Presumido —murmuró contra mi garganta, pero estaba sonriendo.

Marceline levantó la cabeza cuando pasamos, observando con leve interés. Bubblegum ni se movió.

La puerta del dormitorio seguía abierta desde esta mañana. Lo llevé dentro, cerré de una patada tras nosotros y lo deposité en las sábanas deshechas. Él me arrastró tras él y la luz de la tarde ya se había vuelto dorada.

Para cuando volvimos a emerger, se había desvanecido a gris y yo todavía no me había marchado.

Empezaba a pensar que no quería hacerlo.

Capítulo Seis

Jamie

El timbre sobre la puerta se había convertido en mi sonido favorito.

Las perras y yo entramos a las diez y cuarto del lunes con dos cafés de Copper Kettle, y Holden levantó la mirada desde el mostrador con esa expresión que había comenzado a coleccionar. No era exactamente una sonrisa, pero casi. Más suave que la cara que ponía para los clientes. La que decía que había estado esperando.

—Hola —dijo.

—Mags quería contarme sobre el compromiso de su sobrina. Con todo detalle. —Solté las correas y le entregué el portavasos—. Había fotos. Muchísimas fotos. Ahora sé más sobre opciones de centros florales de lo que jamás pensé posible, lo que resulta irónico dado dónde estoy.

Marceline y Bubblegum se acercaron a Holden para su saludo matutino, y una vez que recibieron sus caricias, ambas se dirigieron a las camas para perros junto a la ventana. Bubblegum se acurrucó mientras Marceline se desparramó con la barriga hacia arriba.

Habían dejado incluso de fingir que exploraban cuando llegábamos. La tienda era suya ahora, y lo sabían.

La semana se asentó en un ritmo sin que ninguno de los dos decidiera que así debía ser.

Las mañanas las pasaba en Hutchinson Florals, atendiendo a los clientes que entraban, revisando los pedidos online y haciendo algunas entregas locales en la furgoneta refrigerada de la tienda. Había empezado a usar capas que podía quitarme a medida que la tienda se calentaba: un jersey color óxido sobre una camiseta térmica, mis desgastadas Converse que Holden miraba como si quisiera tirarlas al fuego y comprarme botas de invierno de verdad. Para el miércoles había dejado de molestarme con el jersey por completo, trabajando simplemente con la camiseta térmica con las mangas remangadas, el tatuaje de oreja de perro en mi muñeca visible cada vez que alcanzaba cintas o cinta adhesiva.

Las tardes en el espacio de coworking, poniéndome al día con los proyectos de clientes mientras Brandy ordenaba listados y fingía no observarme por encima de sus gafas de lectura. El contraste entre los dos espacios era notable. La tienda olía a flores y aire frío refrigerado. El espacio de coworking olía a la loción de manos con aroma a limón de Brandy y café rancio, con las luces fluorescentes zumbando en el techo. Había empezado a notar que estaba más relajado en la tienda.

Las noches se mezclaban. Cena en el apartamento de Holden sobre la tienda o en el mío al otro lado del pueblo, los perros adaptándose a la migración con la confianza natural de animales que habían aprendido que sus personas resolverían las cosas. Una bolsa de comida para perros había aparecido en la cocina de Holden el martes. Ninguno de los dos lo mencionó.

Los pedidos de San Valentín seguían acumulándose. La pizarra blanca detrás del mostrador se llenaba con la letra de Holden, fechas y nombres y pedidos especiales que había aprendido a descifrar. Cuando una mujer entró el jueves buscando algo para el cumpleaños de su madre, me encargué de toda la interacción mientras Holden terminaba un arreglo en la trastienda. Le sugerí las rosas melocotón en lugar de las rosas. Envolví el ramo sin romper el

papel. Lo cobré en la antigua caja registradora que finalmente había dejado de darme problemas.

Holden asintió cuando le mostré el recibo. No dijo nada, pero me tocó la parte baja de la espalda al pasar, un calor que atravesó mi camiseta térmica.

Ahora nos movíamos uno alrededor del otro sin pensarlo. Él alcanzaba las tijeras y yo ya se las estaba pasando por el mostrador. Yo me giraba desde el refrigerador y lo encontraba allí con el cubo que necesitaba. Nuestros hombros se rozaban en el estrecho espacio detrás de la caja. Pequeñas colisiones que ninguno de los dos trataba de evitar.

Mags en el Copper Kettle había empezado a llamarme "el chico de Holden". La señora Morgansen de la panadería pasó el miércoles con bollos sobrantes y nos dijo que formábamos una pareja encantadora. El tipo de la ferretería, Dennis, como finalmente había aprendido, saludaba a través de la ventana como si nos conociéramos desde hace años.

Nadie preguntaba si estábamos juntos. Simplemente lo daban por hecho, lo que significaba que el arreglo estaba funcionando.

El jueves por la tarde, recogí temprano mis cosas del espacio de coworking. La cervecería finalmente había aprobado la versión once de su logo, y me había ganado una noche libre. Brandy seguía en su escritorio, con sus gafas de lectura verde brillante sobre la nariz y una pila de carpetas de listados extendidas a su alrededor como un nido.

—¿Te vas ya, cielo?

—Holden cierra la tienda en una hora. Pensé en acercarme caminando.

Dejó el bolígrafo. Se quitó las gafas. El gesto me pareció tan deliberado que me hizo pausar.

—Siéntate un momento.

Me hundí en mi silla, algo apretándose en mi pecho.

—Brandy, si esto es sobre el alquiler… —

—No es sobre el alquiler —juntó las manos sobre el escritorio, las uñas recién pintadas de rosa—. Llevo veinte años en el sector inmobiliario, Jamie. Aprendes a leer a las personas. Cuando están

entusiasmadas con una casa, cuando solo están siguiendo el juego. —Hizo una pausa—. Cuando están preparando una visita frente a cuando realmente están en su hogar.

Se me secó la boca.

—La semana pasada, cuando me hablaste de Holden... preparada. —Levantó una mano antes de que pudiera responder—. No te molestes en negarlo. Fuiste demasiado cuidadoso, demasiado ensayado. Vendiéndome algo en lugar de simplemente contármelo.

—No sé a qué te… —

—Pero esta semana. —Su voz se suavizó—. Ayer viniste aquí tarareando. Estás revisando tu teléfono y sonriendo a lo que sea que estás viendo.

El calor me subió por el cuello. Pensé en negarlo, pero los ojos de Brandy eran amables, y estaba cansado de llevar la cuenta de lo que se suponía que debía fingir.

—¿Sigue siendo falso? —preguntó—. ¿Lo tuyo con Holden?

Abrí la boca para responder.

No salió nada.

La pregunta debería haber sido simple. Sí o no, verdadero o falso, un trato o algo más. Pero el trato tenía condiciones: tres semanas, hasta San Valentín, cogidos de la mano y cenas públicas y besos ocasionales de cara a la galería. Nos habíamos dado la mano en el Copper Kettle mientras todo el pueblo miraba a través de las ventanas.

Nada de eso explicaba la forma en que me había besado esta mañana antes de que me fuera, lento y profundo, sin nadie mirando, sin nadie para quien actuar.

Entre ese primer beso en el parque y hoy, mi universo había girado sobre su eje, girando salvajemente, y ya no estaba seguro de qué era real y qué era falso.

Acostúmbrate, le había dicho. *No he terminado de tocarte.*

Lo había dicho en serio. Seguía diciéndolo en serio.

—Eso es lo que pensaba. —La sonrisa de Brandy se volvió cálida —. Por lo que vale, creo que él es bueno para ti. Mejor que ese chico Hawkins.

—Landon no era... —Me detuve. Negué con la cabeza—. En realidad, ¿sabes qué? Tienes razón.

—Normalmente la tengo. —Recogió sus carpetas y revisó su teléfono—. Tengo una visita a las seis. Ve a ver a tu hombre. ¿Y Jamie? —Hizo una pausa en la puerta, con las gafas de lectura colgando de su cadena de cuentas—. Sea lo que sea con lo que esto empezó, ya no es eso. Confía en ti mismo lo suficiente para verlo.

Se marchó antes de que pudiera encontrar la manera de responder.

Las palabras aterrizaron en algún lugar de mi pecho y se quedaron allí, asentándose en un espacio hueco que no sabía que estaba vacío. *Confía en ti mismo lo suficiente para verlo.* Mis manos temblaban ligeramente cuando alargué el brazo para coger las correas.

Ella no estaba completamente equivocada.

Lo que estábamos haciendo ya no era falso, no más.

Pero eso no significaba que fuera *real*.

La oficina quedó en silencio. Solo yo, los perros y el zumbido del sistema de calefacción. Fuera, la luz de febrero ya se tornaba gris, los días aún demasiado cortos, el invierno resistiéndose a marcharse.

Pensé en mi apartamento. El contrato de alquiler mensual que había firmado porque comprometerme me parecía demasiado. El arreglo floral en mi encimera, el arreglo de Holden, el que me había pedido para mí mismo antes de que todo esto empezara. Los pétalos ahora estaban marrones, los tallos se estaban ablandando en el agua. Debería haberlo tirado hace días.

Eres más que suficiente. Recuérdalo.

Había escrito esas palabras para un desconocido. Alguien que quería creer que merecía flores aunque nadie más las comprara.

Ya no era un desconocido.

Marceline empujó mi mano, lista para irse. Bubblegum ya estaba en la puerta, paciente, esperando.

—Vale —dije—. Vamos a ver a Holden.

Pasé el camino hacia la tienda en una especie de aturdimiento, con las palabras de Brandy resonando en mi cabeza.

Confía lo suficiente en ti mismo para verlo.

Ese era el meollo del problema. Después de que Landon me quemara, no tenía fe en mi capacidad para confiar en mi instinto cuando se trataba del amor. A Holden le gustaba acostarse conmigo, eso lo sabía. Nuestra química era extraordinaria, y él había estado solo durante tanto tiempo que por supuesto iba a querer aprovechar esta relación falsa, disfrutando al máximo durante nuestro tiempo "juntos".

Pero eso no significaba que quisiera una relación conmigo.

Se dice «los hechos, no las palabras» y «una acción vale más que mil palabras». Pero eso no siempre era cierto. A veces una persona necesitaba las palabras. Todos los besos, caricias y arrumacos matutinos no significaban que lo que teníamos fuera a durar un día más allá del 14 de febrero.

Necesitaba oír las palabras de su boca. *Esto es real. Esta relación es real.*

Las luces en el apartamento de Holden estaban encendidas, un amarillo cálido contra el gris. Su silueta pasó por la ventana, alta y angulosa, y me hizo sonreír.

Le envié un mensaje de texto para decirle que casi estaba allí, y él me estaba esperando en la puerta trasera de su tienda. Entramos y no esperé a que hablara: simplemente me puse de puntillas y lo besé.

Él hizo un sonido contra mi boca, de sorpresa o alivio o ambos, y sus manos encontraron mi cintura, atrayéndome hacia él.

Los perros pasaron entre nuestras piernas, subiendo las escaleras, como si ya estuvieran en casa.

Brandy tenía razón. Independientemente de cómo hubiera empezado esto, ya no era eso.

Empezaba a pensar que nunca lo había sido.

Holden

Jamie estaba ordenando las cintas otra vez.

Se había encargado de la tarea sin que se lo pidiera, en algún momento del martes, y ahora los carretes estaban dispuestos de una manera que tenía sentido. Gradientes de color en lugar del caos con el que había vivido durante años. Mi abuela solía organizar este mismo armario, sus manos moviéndose entre los carretes con el mismo tipo de atención concentrada. Ella también tenía su propio sistema. Había heredado su caos cuando heredé todo lo demás, nunca me molesté en imponer mi propio orden.

Jamie tarareaba mientras trabajaba, algo sin melodía y a medias consciente, sus dedos moviéndose a través de las diferentes texturas con una concentración que no se correspondía con la simplicidad de la tarea. Se había subido las mangas hasta los codos, y podía ver el tatuaje de la oreja de perro en su muñeca cada vez que alcanzaba otro carrete.

La luz del atardecer entraba por las ventanas delanteras e iluminaba su pelo, convirtiendo el rubio en oro. El jersey color óxido que se había puesto esta mañana estaba colgado en el respaldo de la silla junto a la caja registradora. Trabajaba solo con su camiseta térmica ahora, cómodo en un espacio que antes era solo mío.

Debería estar trabajando. San Valentín era dentro de una semana y un día, y la boda de los Redding al día siguiente. La mayoría de las piezas tendrían que hacerse justo antes del gran día, pero había algunas estructuras que podía preparar, pedidos para esta semana que necesitaban terminarse, tres más para mañana. Pero me había detenido en la puerta de la trastienda, con unos alicates en la mano, observando a Jamie desenvolverse en mi tienda como si siempre hubiera estado allí.

Si esto continuara, me sorprendí pensando. *¿Qué pondría en sus arreglos? ¿Qué tomarían mis manos sin pensarlo?*

Ranúnculos. La respuesta llegó sin esfuerzo. Melocotón y coral, quizás crema. Encanto. Atracción. *Eres radiante.* Las flores hacia las que gravitaba cuando él estaba en mi mente. Rosas de jardín también, más suaves que el rojo. Intención sin agresividad. Y eucalipto por algo que no quería nombrar.

Corté el pensamiento antes de que pudiera ir más lejos. Pensamiento peligroso.

Los perros dormían en su rincón. Marceline boca arriba, con las patas temblando, soñando con algo, tal vez ardillas. Bubblegum acurrucada contra ella, una oreja aún dirigida hacia la puerta. Habían dejado de reaccionar al timbre después de los primeros días. La tienda era suya ahora, igual que la cama, igual que las golosinas que guardaba en el cajón y fingía que no les estaba dando a escondidas.

Así es como podría ser.

El pensamiento vino sin previo aviso. No era la primera vez esta semana, pero ahora más agudo. Más insistente. Y debajo de él, el miedo familiar que me había inculcado a lo largo de años de soledad: *No desees esto. Desear lleva a tener, y tener lleva a perder.*

Jamie sostenía dos carretes de cinta roja, comparando tonos, con el ceño fruncido como si la decisión importara. Rojo vino o carmesí. Había empezado a preocuparse por cosas así, qué rojo funcionaba con qué rosa, qué textura se sentía adecuada para condolencias versus celebración. No le había enseñado nada de eso. Simplemente lo había notado.

Como había notado dónde guardaba la cinta adhesiva extra. Cómo había descifrado mi taquigrafía en la pizarra donde llevaba el registro de los pedidos. Cómo simplemente sabía acercarse por detrás y abrazarme cuando me estaba quedando sin energía. Simplemente porque sí.

Sonó la campanilla, y el rostro de Jamie cambió al modo de servicio al cliente. Una mujer que reconocí del albergue, Jolie Danson, coordinadora de eventos en Hawkin's Ridge Ski Lodge, entró por la puerta con una tablet bajo el brazo y la energía ajetreada de alguien que está malabarando doce cosas a la vez.

—Hola —le dedicó a Jamie una sonrisa rápida—. ¿Está Holden por aquí? Quería hacer una última consulta sobre las flores de la boda de los Redding para el día quince.

Retrocedí hacia la sombra del umbral. Jamie podría manejar esto. Había estado mejorando toda la semana, sabiendo qué preguntas podía responder él mismo y cuáles me necesitaban.

—Está en la trastienda, trabajando en los arreglos —dijo Jamie—. Pero puedo buscar el pedido si quieres repasar los detalles. He estado ayudando con los preparativos de la boda.

Los hombros de Jolie se relajaron un poco. —Eso sería estupendo. La madre de la novia me ha llamado tres veces esta semana por el tono de las rosas en los centros de mesa.

Jamie abrió el pedido en el portátil, girando la pantalla para que ella pudiera ver. —Centros de mesa, ramo de novia, seis ramos para las damas de honor, prendidos para los padrinos y los arreglos del arco —repasó los detalles con una soltura que me hizo sentir orgulloso—. Todo está encargado y estará listo para montarse el mismo día. Holden planea tener la furgoneta cargada a las diez para un montaje a mediodía.

—¿Y las rosas?

—He visto las fotos de referencia. Va a ser perfecto —la voz de Jamie sonaba cálida, cómplice—. El trabajo de Holden es increíble. Le va a encantar.

No pude evitar sonreír ante ese elogio casual. La forma en que lo dijo como si lo sintiera de verdad.

Jolie hizo una anotación en su tableta, visiblemente aliviada. —Eres un salvador. Esta boda ha sido una pesadilla logística, y las flores son lo único por lo que no he tenido que preocuparme —se colocó la tableta bajo el brazo—. Os veré el domingo por la mañana.

La campanilla sonó tras ella y la tienda quedó en silencio. Jamie apareció en la entrada de la trastienda con una pequeña sonrisa jugueteando en sus labios.

—Lo he resuelto.

—Sí —las palabras me salieron más suaves de lo que pretendía—. Te sabías todo el pedido.

—He estado prestando atención —se encogió de hombros, pero había algo de satisfacción en su expresión—. Pensé que, ya que iba a estar aquí, debería ser realmente útil.

Había notado la diferencia en mí mismo esta semana: cómo cambiaba mi voz cuando hablaba con él en comparación con cuando hablaba con los clientes. Me molestaba lo obvio que debía ser.

—Oye, antes de que se me olvide —Jamie se acercó—. Una de mis vecinas pasó mientras estabas en la trastienda. ¿La señora Huang? Dijo que su sobrino Jake podría venir la semana que viene por lo del trabajo.

Mis manos se detuvieron sobre el arreglo. —¿En serio?

—Sí. Dieciocho años, acaba de terminar el instituto. Busca horas para el fin de semana. Deberías hablar con él —Jamie se apoyó en el banco de trabajo, observándome trabajar—. No puedes seguir haciendo esto solo. No es sostenible.

Tenía razón. Lynda se había ocupado de los sábados durante treinta años, primero para mi abuela, luego para mí. Desde diciembre, había estado trabajando seis días a la semana, de apertura a cierre, sin respaldo. El agotamiento se había convertido en un ruido de fondo, ese tipo de cansancio que había dejado de notar porque no había alternativa.

—Quizá —dije, preguntándome si podría ceder el control de la tienda, aunque fuera por un día, a un chaval tan novato.

—No «quizá». Definitivamente —me cogió del brazo y apretó—. Necesitas ayuda, Holden. Ayuda de verdad, no solo a mí peleándome con la caja registradora y tirando los cubos de rosas.

—Has mejorado.

—Soy pasable —sonrió, con esa sonrisa torcida que me retorcía algo en el pecho—. Pero necesitas a alguien que de verdad pueda cubrir turnos, que te permita tomarte un día libre de vez en cuando —se colocó detrás de mí mientras hablaba, rasgándome la espalda con las uñas de arriba abajo.

Cerré los ojos al sentirlo.

Un día libre. No podía recordar el último. Incluso los domingos, cuando la tienda estaba cerrada, normalmente los pasaba poniéndome al día con los pedidos, haciendo inventario o arreglando cosas que se habían estropeado durante la semana. El apartamento encima de la tienda significaba que nunca estaba realmente lejos de ella. Nunca realmente en otro lugar.

Pero esta semana, había estado en otro sitio. El apartamento de Jamie, su sofá, su cama. Paseando a los perros por senderos que no había frecuentado en años. Comiendo platos que otra persona

cocinaba, o que cocinábamos juntos, chocando hombros en su diminuta cocina mientras los huevos se quemaban.

Si contrataba a Jake, tendría cobertura. Una ayuda que no dependiera de un acuerdo con fecha de caducidad.

Y Jamie...

No terminé el pensamiento. No quería analizarlo demasiado. El acuerdo terminaba el día de San Valentín, y lo que viniera después sería algo propio, separado de acuerdos, términos y la cuidadosa estructura que habíamos construido alrededor de esto.

—Hablaré con él —dije— si viene.

—Bien. —Jamie se apartó del banco de trabajo y me rozó la mandíbula con un beso rápido e informal, como si fuera algo que hiciera todos los días—. ¿Vienes luego? —preguntó mientras les ponía la correa a los perros.

La pregunta había dejado de parecer una pregunta hacía días. Más bien una confirmación de algo ya decidido.

—Si quieres.

Su sonrisa se ensanchó. —Quiero.

Cogió su chaqueta del gancho y se marchó, con la campanilla sonando tras él. La tienda quedó en silencio.

Me quedé allí un momento, mirando el espacio que había dejado, ahora tranquilo y vacío.

Mi abuela solía decir que algunas personas están hechas para marcharse y otras para quedarse. Había construido toda mi vida alrededor de esa idea, quedándome aquí, en esta tienda, en este pueblo, mientras todos los demás seguían adelante hacia cosas más grandes. Era suficiente. La tranquilidad era lo que yo quería. Necesitar cualquier otra cosa solo llevaría a perderla.

Pero Jamie seguía apareciendo. Cada mañana había estado aquí, como prometió. Cada tarde con los perros, cada noche enredados en la cama en la que hubiéramos terminado. Él seguía apareciendo, y yo seguía dejándole, y en algún momento la quietud había dejado de sentirse como paz y empezó a sentirse como espera.

Terminé el pedido de Culver. Limpié el banco de trabajo. Revisé la cámara frigorífica, cerré la caja, apagué las luces. La rutina era la misma de siempre, pero el apartamento se sentía diferente cuando

subí las escaleras. Más completo, de alguna manera, aunque estuviera solo.

Pronto estaría en casa de Jamie. Los perros reclamarían el sofá, y comeríamos cualquier comida para llevar que él hubiera recogido de camino a casa, y más tarde descubriríamos cómo sería ese "más tarde".

Por ahora, terminé de cerrar la tienda, comprobando la cámara frigorífica una última vez, asegurándome de que todas mis herramientas estuvieran donde las necesitaría por la mañana. La rutina era la misma de siempre, pero el apartamento de arriba no me atraía esta noche. Solo era un lugar donde coger la chaqueta y las llaves antes de dirigirme al otro lado de la ciudad.

Así es como podría ser. El pensamiento volvió, persistente. Y debajo de él, más pequeño y más difícil de ignorar: *¿Y si me permito desearlo?*

Capítulo siete

Holden

La taberna Ridgeline estaba más ruidosa de lo habitual para ser un sábado por la noche.

Alguien se había instalado en la esquina con una guitarra acústica y una voz que llegaba lejos. Era joven, quizás de unos veinticinco años, con el pelo oscuro cortado corto y anillos plateados apilados en los dedos que captaban la luz cuando rasgueaba las cuerdas. Canciones folclóricas, principalmente, de esas que hacen que la gente mueva los pies sin darse cuenta. En la barra se agolpaba la gente en tres filas por la avalancha de esquiadores, y todos los reservados estaban llenos. Jamie había conseguido una mesa cerca del fondo, lejos del peor ruido, pero lo suficientemente cerca como para que la música nos envolviera como algo cálido.

La idea de decoración de la taberna consistía en letreros de neón de cerveza y astas de alce montadas. Ni una flor a la vista, a menos que contaras el arreglo de seda descolorido en el atril de la anfitriona que probablemente llevaba allí desde que abrió el local.

Mi abuela habría tenido opiniones al respecto.

Jamie observaba a la intérprete con esa expresión que ponía a veces, abierta, encantada, como si hubiera descubierto algo que mereciera la pena descubrir. Sus dedos tamborileaban contra su muslo al ritmo de la música. Cuando la canción terminó, aplaudió con tanta fuerza que algunas personas en las mesas cercanas le miraron.

—Es buena —dijo—. Realmente buena.

—Es local. Toca aquí la mayoría de los fines de semana fuera de temporada.

—¿La has visto antes?

—Una o dos veces. —No mencioné que normalmente me marchaba antes de que empezara la música. Que venía a por una hamburguesa y una cerveza cuando los amigos me arrastraban para el cumpleaños de alguien. La ilusión de ser sociable antes de poder escapar y que nadie pudiera acorralarme en una conversación.

Esta noche no estaba escapando de nada.

Denise vino con nuestras bebidas. —Vosotros dos sois adorables —dijo con una mirada nostálgica que suavizaba su expresión habitualmente afilada—. Que lo sepáis.

—Lo sabemos —dijo Jamie, sonriéndole—. Pero gracias por la confirmación.

Ella se rio y siguió su camino. Jamie me buscó la mirada por encima de la mesa, su sonrisa transformándose en algo más suave.

—Estás sonrojado.

—No es verdad.

—Tienes las orejas completamente rojas. Puedo verlas desde aquí.

Bebí un trago en lugar de responder. La cerveza estaba fría, familiar. El pie de Jamie encontró el mío bajo la mesa, no jugando al *footsie*, solo descansando ahí. Contacto por el simple hecho de tenerlo.

—Vaya, vaya. —Una voz seca cortó la música—. Holden Hutchinson en la Taberna un sábado por la noche. Con compañía. Y casi estás sonriendo. Tengo que marcar esto en el calendario.

Reid estaba de pie en el borde de nuestro reservado, con una cerveza en la mano. Había perdido peso desde el divorcio, con la

cara más delgada, los pómulos más marcados que antes. La barriga de la que solía bromear había desaparecido casi por completo, su figura más angulosa de una manera que parecía más agotada que en forma. Llevaba la camisa fuera del pantalón por un lado y arrugada en los puños, lo que no era propio de él. Reid siempre había sido el más arreglado. Las gafas con montura de alambre eran las mismas que tenía desde que le conocí, ligeramente torcidas en una de las patillas porque se sentó encima de ellas hace seis meses y nunca las había arreglado.

Parecía un hombre que había dejado de prestar atención a sí mismo. Reconocí los signos.

—Reid. —Me recosté—. No sabía que venías aquí.

—Contengo multitudes. —Se volvió hacia Jamie, extendiendo su mano libre—. Reid Grant. Hago los impuestos de Holden y ocasionalmente le saco a rastras de su apartamento para tomar una cerveza y jugar al póker.

—Jamie Redford. —Jamie le estrechó la mano, mirándome con abierta curiosidad—. Encantado de conocerle.

Reid sacó una silla vacía sin preguntar y se sentó, colocando su cerveza en la mesa. —Usted es el diseñador gráfico —dijo. El de los corgis.

Solté una carcajada. —Las noticias vuelan.

—Las noticias viajan instantáneamente. Esto es Prospect Ridge. —Reid dio un sorbo a su cerveza, estudiándonos por encima del borde con esa mirada de contable que nunca dejaba escapar un número fuera de lugar. Sus ojos se movieron de Jamie a mí y al pequeño espacio entre nosotros que en realidad no era un espacio en absoluto—. ¿Les interesaría apuntarse a la liga de trivial? Empieza el próximo mes, en marzo.

Algo brilló en el rostro de Jamie. Interés, esperanza, algo que me oprimió el pecho.

—No sabía que había una liga de trivial.

—En la pizarra junto a la barra. Equipos de cuatro, dura toda la primavera. —Reid me miró con una ceja levantada—. Holden es terrible en el trivial, que conste. No tiene ni idea de cultura popular. Pero quizás usted pueda compensarle.

—Soy adecuado para el trivial.

—Pensaste que Baby Yoda era un grupo musical.

—Eso fue solo una vez.

Jamie se rio, ese sonido pleno que hacía que la gente girara la cabeza. —Joder, sí, me apuntaría. Liga de trivial. —Su sonrisa titubeó, se apagó—. Quiero decir, si necesitan a alguien en su equipo. Cuando sea. Si nosotros... —Me miró y se detuvo.

La frase inacabada quedó suspendida, como el tintineo de una campanilla en una tienda vacía. *Si seguimos con esto. Si todavía hay un nosotros.*

—Ya veremos cómo van las cosas —dije.

Las palabras salieron mal. Sin compromiso cuando quería decir *sí, apúntanos, pon mi nombre junto al suyo*. Pero algo se cerró tras los ojos de Jamie, una puerta que no sabía cómo volver a abrir.

—Claro. —Cogió su bebida—. Ya veremos.

La mirada de Reid se movía entre nosotros, catalogando algo que yo no quería que viera. Me conocía desde hacía demasiado tiempo, había sobrevivido a demasiados de mis silencios. Podía ver cómo guardaba este momento para examinarlo más tarde.

—Tengo que decir —dijo Reid, con un tono engañosamente casual —, que estás diferente esta noche, Hutchinson. Casi agradable. Es inquietante.

—Siempre soy agradable.

—Una vez le dijiste a Claire que su gusto con las flores era, y cito, «agresivamente mediocre».

—Eso fue una crítica constructiva.

Jamie observaba este intercambio con algo parecido al asombro. Reid captó la mirada y se recostó, con un fantasma de su antigua sonrisa cruzando su rostro.

—¿Ve a lo que me refiero? Agradable. Para ser él, de todos modos. —Se levantó, apurando lo último de su cerveza—. Les dejaré con su velada. Holden, pasaré por la tienda esta semana. Cosas de impuestos. Sé que vuelves a estar atrasado con los recibos. —Asintió hacia Jamie—. Un placer conocer finalmente al hombre detrás de los rumores.

Desapareció de nuevo hacia la barra. La guitarrista comenzó algo lento, y a nuestro alrededor la Taberna seguía en movimiento, risas, vasos tintineando, el zumbido constante de un pueblo disfrutando de su noche de sábado.

Jamie estaba callado. Su pie se había quedado inmóvil contra el mío.

—Parece simpático —dijo finalmente—. Reid.

—Es un entrometido.

Jamie trazó con un dedo a través de la condensación de su vaso. —Marzo está muy lejos, de todos modos.

Escuché lo que no estaba diciendo. Marzo significaba planificar con antelación. Marzo significaba creer que seguiríamos haciendo esto dentro de seis semanas. Y San Valentín era la fecha límite que habíamos acordado, la meta final de nuestro acuerdo, después de la cual no tendría ninguna razón para seguir apareciendo en mi tienda, mi apartamento, mi vida.

Se me oprimió el pecho. Me estaba dando una salida. Facilitándome estar de acuerdo en que marzo estaba demasiado lejos, que no necesitábamos pensar tan a largo plazo, que lo que fuera que esto fuese tenía una fecha de caducidad estampada en tinta roja.

Y la tomé. Porque era un cobarde.

—Deberías apuntarte si quieres. Para entonces tendrás tus sábados de vuelta —dije—. Se acabó eso de verte arrastrado a trabajar en la tienda.

—Y tú recuperarás tu tranquilidad. —Su voz sonaba ligera. Casi convincente—. Eso será agradable para ti.

No. La palabra se me atascó en la garganta como una espina. *No será agradable. Será vacío. Será ese silencio que antes creía desear y ahora sé que solo era espera.*

Pero no lo dije. Solo asentí, terminé mi cerveza y me dije a mí mismo que el dolor en mi pecho no era nada.

La guitarrista cantaba algo sobre caminos no tomados. Le hice una señal a Denise para pedir la cuenta.

—¿Deberíamos irnos? —preguntó Jamie—. Se está haciendo tarde.

—Podríamos ir a mi casa, está más cerca. —Dudé. Las palabras pesaban más de lo que deberían—. A menos que necesites volver.

—Tu casa está bien. —Ya estaba alcanzando su chaqueta.

Fuera, había empezado a nevar.

No intensamente, solo una capa ligera, de esa que hace que las farolas brillen suavemente y convierte la Calle Mayor en algo digno de una postal. Jamie miró alrededor para ver cómo caía, los copos atrapados en sus pestañas, sus mejillas ya sonrojadas por el frío.

Caminamos las dos manzanas hasta la tienda sin hablar. La nieve amortiguaba nuestras pisadas, lo amortiguaba todo, y el silencio se sentía diferente al de dentro. Menos incómodo, más cargado. Solo dos personas moviéndose a través de una noche tranquila, con los hombros casi rozándose, sin llegar a tocarse.

El apartamento estaba frío cuando subimos. Alargué la mano hacia la luz, pero Jamie me agarró de la muñeca. Me atrajo hacia él en la oscuridad, y entonces su boca estaba sobre la mía y dejé de pensar en las luces.

El beso fue diferente a los anteriores. Más duro. Sus dientes atraparon mi labio inferior, su mano se aferró a mi camisa, su cuerpo presionando contra el mío como si estuviera intentando dejar una marca. Como si estuviera tratando de que lo recordara cuando se hubiera ido.

—Jamie...

—No. —Su voz se quebró, áspera y desesperada—. Solo... nada de hablar. No esta noche.

No discutí.

Avanzamos a tropezones por el oscuro apartamento, desprendiéndonos de la ropa a medida que íbamos. Su chaqueta cayó al suelo junto a la puerta. Mi camisa de franela en el pasillo. Su jersey en algún lugar entre el baño y el dormitorio. Para cuando llegamos al colchón, lo tenía inmovilizado debajo de mí, con las muñecas sujetas sobre su cabeza y el pecho agitado.

La luz de la calle a través de mis finas cortinas lo teñía todo de una tonalidad grisácea. La nieve de fuera hacía que la luz fuera más suave, difusa. Su cara. Su cuerpo. La forma en que me miraba como si yo fuera lo único en el mundo.

Esto podría terminar pronto.

El pensamiento emergió y no pude apartarlo. El día de San Valentín se acercaba. San Valentín. Y después, nuestro acuerdo habría terminado. Él saldría de mi tienda y de mi vida, y yo volvería a la tranquilidad que había construido a mi alrededor como una armadura.

Pero ahora él estaba aquí. Ahora era mío. E iba a hacer que contara.

Lo besé de nuevo, más lento esta vez, más profundo. Solté sus muñecas para que mis manos pudieran recorrer su cuerpo. Los planos de su pecho, la curva de su cintura, el corte marcado de sus caderas que encajaban perfectamente bajo mis palmas. Se estremeció bajo mi tacto, arqueándose hacia mis manos como si estuviera tan hambriento de ello como yo.

Besé su garganta. Su clavícula. El hueco en la base de su cuello, donde su pulso latía con fuerza. Más abajo, arrastrando mi boca por su pecho, encontrando su pezón y pasando mi lengua sobre él hasta que jadeó. Sus manos encontraron mi pelo, agarrándolo con fuerza, y el escozor me fue directo a la polla.

—Holden. —Mi nombre salió destrozado—. Por favor.

Seguí bajando. Recorrí con la boca su estómago, el camino de vello bajo su ombligo, los huesos afilados de sus caderas. Cuando enganché los dedos en la cinturilla de sus calzoncillos, levantó las caderas sin que se lo pidiera, desesperado, necesitado.

Estaba duro, su polla tensándose contra la tela, una mancha húmeda ya oscureciendo el algodón. Primero presioné mi boca contra él a través de los calzoncillos, respirando caliente contra él, y lo sentí contraerse. El sonido roto que hizo merecía ser memorizado.

Luego le quité la ropa interior y me lo metí en la boca.

—Joder... —Todo su cuerpo se sacudió, sus caderas alzándose. Lo sujeté con una mano plana sobre su estómago, tomándolo más profundo. Estaba grueso en mi lengua, caliente y salado con líquido preseminal. Hundí las mejillas y chupé, encontrando un ritmo que hizo que sus muslos temblaran.

Su mano encontró mi pelo de nuevo, agarrándolo con fuerza. Le dejé guiarme mientras mi otra mano encontraba el lubricante en la

mesita de noche.

Lo abrí mientras lo chupaba. Un dedo resbaladizo presionando en su interior, sintiéndolo contraerse a mi alrededor, y luego relajarse lentamente. Curvé mi dedo, buscando, y cuando encontré ese punto dentro de él, todo su cuerpo se arqueó sobre la cama.

—Ahí... Dios, justo ahí...

Añadí un segundo dedo. Lo abrí mientras sus caderas se movían entrecortadamente, atrapado entre empujar hacia arriba dentro de mi boca y presionar hacia atrás sobre mi mano. Nuestro ritmo ya era familiar después de solo unos días, pero esta noche se sentía diferente. Más desesperado. Como si ambos estuviéramos tratando de memorizar al otro antes de que se acabara el tiempo.

—Holden... —Su voz alcanzó un tono alto, quebrándose—. Voy a... No puedo...

No me retiré. Lo tomé más profundo, trabajé mis dedos con más fuerza, presioné contra ese punto dentro de él hasta que todo su cuerpo se tensó. Se corrió con un grito que trató de amortiguar con su puño, derramándose caliente sobre mi lengua. Me tragué todo lo que me dio, lo trabajé hasta que estuvo temblando y hipersensible, empujando débilmente mi hombro.

Cuando finalmente me separé, su pecho subía y bajaba. Sus ojos estaban vidriosos, desenfocados, ese hermoso verde-marrón vuelto oscuro.

—Joder —respiró—. Holden, eso fue...

Besé el interior de su muslo. —No he terminado contigo.

Su respiración se entrecortó. —¿No?

Añadí un tercer dedo, lo estiré lentamente mientras aún estaba suelto y dócil tras su orgasmo. Hizo sonidos suaves y entrecortados, aún sin estar duro de nuevo, pero su polla dio un espasmo interesado mientras lo abría.

—Estás tan apretado —murmuré contra su cadera—. Tan jodidamente perfecto. Me recibes tan bien.

—Holden... —Estaba jadeando ahora, con los dedos retorcidos en las sábanas—. Necesito... te necesito dentro de mí. Por favor.

Esa palabra otra vez. *Por favor.* Me deshacía cada vez.

Saqué los dedos lentamente, le vi estremecerse por la pérdida. Me puse el condón y me lubriqué, con la polla tan dura que dolía. Me coloqué en su entrada y presioné hacia dentro, centímetro a centímetro, sin dejar de observarle el rostro.

Su boca se abrió. Sus ojos se cerraron temblorosos. Su cuerpo se abrió para mí como si hubiera sido creado para esto, caliente, apretado y perfecto.

—Dios... —Su voz se quebró—. Espera... se siente...

Llegué hasta el fondo y me quedé inmóvil, todo mi cuerpo temblando por el esfuerzo de no moverme. Estaba tan apretado a mi alrededor que apenas podía pensar, apenas respirar. Apoyé la frente en su hombro y simplemente respiré, esperando a que se adaptara.

—Dime cuándo —logré decir, con la voz áspera.

Sus piernas rodearon mi cintura, cruzando los tobillos en la parte baja de mi espalda. Sus manos encontraron mis hombros, tirando de mí hacia abajo.

—Ahora —dijo—. Muévete. Por favor.

Me moví.

Lento al principio, con embestidas largas que nos hacían estremecer a ambos. Saliendo casi por completo, para luego volver a entrar, llenándolo completamente. Sus manos se deslizaron por mi espalda y sus uñas se clavaron en mi piel, acercándome más, instándome a profundizar.

—Más fuerte —jadeó—. Te necesito, cariño. Quiero sentirte mañana.

Algo se quebró en mi pecho.

Le di lo que quería. Lo follé más fuerte, más profundo, el armazón de la cama crujiendo al golpear contra la pared con cada embestida. Sus uñas arañaron mi espalda, dejando marcas que sentiría durante días, y las quería. Quería la evidencia. Quería algo que probara que esto había sido real cuando él se hubiera ido.

Recuerda esto. El pensamiento pulsaba a través de mí con cada embestida. *Recuerda cómo suena. Recuerda cómo su cuerpo se abre para ti. Recuerda cómo dice tu nombre como si fuera la única palabra que conoce.*

—Holden —su voz estaba quebrada, desesperada—. Justo ahí... joder, no pares...

Cambié el ángulo, levantando sus piernas sobre mis hombros y encontré ese punto dentro de él. Todo su cuerpo se iluminó. Su polla se había endurecido de nuevo entre nosotros, dura y goteando contra su estómago. La envolví con mi mano, acariciándola al ritmo de mis embestidas.

—Córrete para mí —le dije al oído, en voz baja y áspera—. Quiero sentir cómo te corres en mi polla.

Se deshizo por completo.

Todo su cuerpo se tensó, apretándose tanto a mi alrededor que vi estrellas. Su polla pulsó en mi mano, derramándose caliente entre nosotros, y la visión de él, el sonido de él gritando mi nombre, me empujó al límite.

Me hundí profundamente y me corrí con un gemido que parecía arrancado de lo más profundo de mi ser. El placer borró todo lo demás, el miedo, la duda, el reloj que no paraba de avanzar. Solo él. Solo yo. Solo esto.

Después, yacimos enredados en mi estrecha cama.

Su cabeza sobre mi pecho. Mi brazo alrededor de su cintura. La nieve seguía cayendo fuera, visible a través del hueco en las cortinas, y la habitación se sentía en silencio. Suspendida. Como si el mundo hubiera hecho una pausa para dejarnos tener este momento.

Quería quedarme aquí para siempre. Quería congelar esta noche y vivir en ella, donde nada había terminado todavía y todo aún era posible.

—Tengo que irme pronto —su voz era suave contra mi piel—. Las chicas.

Podría pedirle que se quedara. Decirle que las perras estarían bien hasta la mañana, que lo acompañaría a casa al amanecer, que lo quería aquí en mi cama todo el tiempo que pudiera tenerlo.

Las palabras se atascaron en mi garganta. En el mismo lugar de siempre.

—Vale —dije en cambio.

No se movió. Yo tampoco. Nos quedamos allí en silencio, con la nieve cayendo fuera, y me aferré a él todo lo que pude.

Finalmente se movió. Presionó un beso en mi pecho, justo sobre mi corazón. Se desenredó y se sentó en el borde de la cama.

Lo observé recoger su ropa. La línea de su espalda en la tenue luz. La forma en que se movía por mi espacio como si perteneciera allí, alcanzando sus vaqueros sin tener que mirar, sabiendo exactamente dónde habían caído. Mi mano deseaba extenderse y traerlo de vuelta.

En la puerta del dormitorio, se detuvo. Me miró con una expresión indescifrable. Vulnerable. expectante.

—Buenas noches, Holden.

Quédate, pensé. *Quédate conmigo.*

—Buenas noches.

Se fue. La puerta se cerró con un clic, y el apartamento quedó en silencio excepto por el suave sonido de la nieve contra las ventanas.

Me quedé en mi cama que aún olía a él y me pregunté cómo se suponía que iba a dejarlo ir.

Jamie

El mensaje llegó a las nueve y cuarto, mientras todavía estaba en la cama mirando al techo.

Brandy: *¿Brunch dominical en el Kettle? Hace días que no te veo, desaparecido [emoji de cara feliz]*

Miré fijamente la pantalla. Brandy y yo nos habíamos estado cruzando estos últimos días en la oficina, como barcos que se cruzan, y sí, supongo que echaba de menos verla. Marceline estaba pegada a mi costado, su calor lo único que me había ayudado a dormir. Bubblegum se había apropiado de los pies de la cama, con la barbilla apoyada en mi tobillo.

El camino de vuelta desde casa de Holden había sido frío y extraño. La nieve seguía cayendo, la calle principal en silencio, mis

pasos el único sonido. Había repasado toda la noche en mi cabeza durante el trayecto. Sus manos sobre mí, su boca, la forma en que había dicho mi nombre cuando se corrió. La desesperación en su voz, como si estuviera intentando aferrarse a algo que se le escapaba entre los dedos.

Y luego: *Vale.*

Cuando le dije que tenía que irme. Cuando le di la oportunidad de pedirme que me quedara.

Solo *vale.* Nada más.

Podría quedarme en la cama. Taparme la cabeza con las sábanas, dejar que las perras durmieran, pasar el domingo sintiendo lástima de mí mismo. Sería lo más fácil.

A la mierda lo fácil. No iba a lamentarme por algún tío. No otra vez.

Jamie: *Dame 30 minutos. Llevo a las chicas.*

Me levanté con esfuerzo, me duché rápido, me puse unos vaqueros y una camiseta desgastada de los Denver Nuggets, me eché encima un forro polar. Las perras me observaban con creciente excitación mientras cogía sus correas, y perdieron completamente la cabeza cuando saqué sus chaquetas de invierno, unos chalecos acolchados rojos a juego que Landon había calificado de ridículos.

—Vamos al pueblo, señoritas —les dije, metiendo a Bubblegum en su abrigo—. Vamos a desayunar como adultos exitosos, maduros y con la vida resuelta.

Marceline meneó la cola con tanta fuerza que todo su cuerpo temblaba, mostrando claramente más fe en mí que yo mismo.

Fuera, la nieve de anoche se había pegado. Solo un par de centímetros, pero suficientes para cubrir las aceras. La mañana era brillante y fría, el tipo de día invernal intenso que hace que te duelan los pulmones mientras nos dirigíamos al Copper Kettle.

El paseo fue lo suficientemente largo como para que el frío me despejara la cabeza, para que el movimiento aliviara parte del peso que oprimía mi pecho. La calle principal estaba tranquila para ser domingo: algunas familias se dirigían a la panadería, alguien paseaba a un husky que Marceline desesperadamente quería conocer.

Brandy ya estaba en un reservado junto a la ventana, con su cárdigan rojo destacando en la mañana gris y las gafas de lectura colocadas en la nariz. Levantó la mirada cuando crucé la puerta con los perros y me hizo señas para que me acercara con una emoción apenas contenida.

—¿Adivina quién acaba de cerrar la venta de la casa de los Morrison? —No esperó una respuesta—. Tres dormitorios, vistas a la montaña, un doce por ciento por encima del precio de salida. Compradores de Austin, dinero tecnológico, se mudan por la «calidad de vida». —Hizo comillas al aire—. Aguantarán dos inviernos como mucho, pero su cheque ya se ha cobrado, así que el desayuno corre de mi cuenta.

—Enhorabuena. —Me deslicé en el asiento frente a ella, guiando a los perros bajo la mesa—. Eso es enorme.

—Es la venta más grande que he tenido en todo el año. Voy a darme el capricho de pedir huevos benedictine y no quiero oír ni una palabra sobre el colesterol. —Le hizo señas a Mags detrás del mostrador—. Café para él. Con mucha nata y azúcar.

Ya estaba alargando la mano hacia su taza, lista para entrar en detalles sobre la venta, cuando se detuvo. Me miró bien por primera vez y frunció el ceño.

—Oh. —Dejó la taza—. ¿Qué ocurre?

—Nada. Estoy bien.

—Mentiroso. —Se quitó las gafas de lectura, lo que significaba que iba en serio—. ¿Dónde está Holden?

El nombre me afectó más de lo que debería. Me concentré en acomodar a los perros, asegurándome de que sus correas no estuvieran enredadas, ajustando el chaleco de Bubblegum donde se había arrugado.

—Jamie.

—En su casa, supongo. —Me recosté, intentando parecer despreocupado—. No estamos unidos por la cadera.

Brandy me estudió por encima del borde de su taza. Mags apareció con el café, lo dejó sin comentarios y se retiró.

—Así que... —comenzó Brandy. Me dio un toque con su pie—. ¿Cómo van las cosas con los tortolitos favoritos de Prospect Ridge?

Envolví mis manos alrededor de la taza. El calor no podía tocar el frío que se había instalado en mi pecho en algún momento alrededor de las dos de la madrugada.

—Bien —dije asintiendo—. Nos encontramos con su amigo Reid en el Tavern anoche. Mencionó la liga de trivia. Empieza en marzo.

La expresión de Brandy cambió. Comprensión, o algo parecido. Extendió la mano y cubrió la mía con la suya. —Recuerdo haberte preguntado hace unos días si seguía siendo falso. Y no pudiste responderme. —Inclinó la cabeza—. ¿Ha cambiado eso?

Se me hizo un nudo en la garganta. —Dijo que pronto tendría mis sábados de vuelta. Después del Día de San Valentín, que es cuando se supone que terminará. Actuó como si lo estuviera esperando con ganas.

—¿Dijo que lo estaba esperando con ganas? ¿Esas palabras exactas?

—Dijo... —Me detuve. Intenté recordar exactamente lo que había dicho Holden—. Dijo que ya no me vería obligado a trabajar en la tienda. Y yo dije que él recuperaría su tranquilidad.

—Así que ambos dijisteis cosas que sonaban como si quisierais que terminara.

Cuando lo ponía así... —Estaba siguiéndole el juego.

—Y quizás él estaba siguiéndote el juego a ti.

La miré fijamente. Debajo de la mesa, Bubblegum se apretó contra mi pierna.

—Esto es lo que he aprendido vendiendo casas durante veinte años —dijo Brandy—. La gente es terrible diciendo lo que quiere. Dejan caer pistas. Tantean el terreno. Esperan a que la otra persona dé el primer paso. —Me señaló con un dedo—. Y luego se quedan sorprendidos cuando ambos se quedan sentados esperando y no pasa nada.

—No puedo ser yo quien pida más. Otra vez no. —Las palabras salieron más ásperas de lo que pretendía—. Eso es lo que hice con Landon. Presioné, deseé, pedí, y lo único que conseguí fueron dos años sintiéndome como si fuera demasiado.

—Holden no es Landon.

—Lo sé.

—¿De verdad? —Brandy se inclinó hacia delante—. Porque parece que lo estás tratando de la misma manera. Esperando que te rechace antes de que siquiera haya tenido la oportunidad de responder.

Mags pasó con los menús. Pedí sin mirar, huevos, tostadas, lo que fuera. La comida llegó y comí mecánicamente, apenas saboreándola, mientras Brandy llenaba el silencio con charlas sobre listados de propiedades y cotilleos del resort.

Me estaba dando espacio para procesarlo. Agradecía sus sensatos consejos aunque me molestara necesitarlos.

Cuando terminamos, volvió a extender la mano por encima de la mesa y me apretó la mano.

—Ese hombre está loco por ti —dijo—. Lo he visto. Todo el pueblo lo ha visto. Pero también es la persona más cerrada en Prospect Ridge, y ha sido así desde antes de que tú llegaras.

—Entonces, ¿qué se supone que debo hacer?

—Si quieres que algo cambie, puede que tengas que ser tú quien lo diga primero. —Miró su teléfono y recogió su bolso—. Tengo que irme, cariño. Pero prométeme que dirás algo. Ese hombre no sabe cómo pedir. Necesita una señal muy clara, de tres metros de alto, antes de creer en sí mismo. Quizás podrías demostrarle que es seguro hacerlo.

Me levanté y nos abrazamos, y la despedí con la mano mientras bajaba por la calle.

Mags pasó y rellenó mi taza de café, y me recosté, desplazándome por mi teléfono, mirando fotos antiguas de mi época en Denver, y algunas más recientes de Holden. Una de la semana pasada, él en el banco de trabajo, completamente ajeno a que le estaba fotografiando, su rostro relajado por la concentración mientras sus manos se movían entre los tallos. Casi estaba sonriendo en esa.

¿Y si fuera yo el valiente y lo dijera primero y él no quisiera lo mismo? ¿Y si me exponía y él solo decía *vale* otra vez, de la misma forma que lo había dicho anoche cuando me fui?

Marceline asomó la cabeza por debajo de la mesa, olfateando. Partí un trozo de mi tostada abandonada para ella, luego otro para Bubblegum.

Una semana. Menos que eso, en realidad. Un puñado de días trabajando a su lado, fingiendo que todo era normal mientras el reloj seguía corriendo.

Reuní a los perros, me despedí de Mags con la mano y salí de nuevo a la fría y brillante mañana. La nieve ya comenzaba a derretirse, el sol cálido a pesar del frío.

Brandy tenía razón en una cosa: Holden no era Landon. Nunca me había hecho sentir como si fuera demasiado. Nunca se había vuelto frío cuando yo quería algo.

Simplemente no sabía cómo pedir lo que quería. Y quizás yo había estado tan ocupado protegiéndome que no le había dado espacio para intentarlo.

Marceline tiró de su correa, lista para moverse. Bubblegum esperaba a su lado con esa expresión paciente que siempre tenía.

Oh, Bubblegum.

Entonces me reí, el sonido asustó a un pájaro de una rama cercana. Ese era Holden, ¿no? Paciente y serio, siempre alerta pero no lo suficientemente valiente para entrar primero en el espacio. Bubblegum necesitaba a su Marceline para explorar primero y asegurarse de que el lugar era seguro.

Podía seguir esperando a que Holden dijera algo primero. O podía decidir que esta vez, con este hombre, el riesgo valía la pena.

No estaba seguro de qué me asustaba más.

Capítulo Ocho

Jamie

La primera mitad de la semana de San Valentín pasó en un borrón de rosas y teléfonos sonando.

El lunes y el martes, mantuvimos nuestro acuerdo: mañanas en la tienda, tardes en el espacio de coworking. Holden y yo nos movíamos alrededor el uno del otro con la facilidad que habíamos desarrollado durante las últimas semanas, pasándonos las tareas con calidez, pero sin mucha conversación. Los pedidos de San Valentín seguían acumulándose, la pizarra detrás del mostrador llenándose de nombres y fechas hasta que no quedaba ni un centímetro de espacio. Entonces él sacó una segunda pizarra con el rótulo "Boda Redding" en la parte superior.

No hablamos del sábado pasado. No hablamos de muchas cosas, en realidad. Solo trabajábamos, nos tocábamos cuando nos cruzábamos, pasábamos nuestras noches enredados en la cama que quedara más cerca.

Para el miércoles por la mañana, no pude obligarme a marcharme.

—Puedo quedarme más tiempo —dije cuando el mediodía llegó y pasó mientras yo seguía reponiendo la sección de tarjetas de felicitación cerca de la entrada de la tienda—. Si me necesitas.

Holden levantó la mirada del arreglo que estaba haciendo: peonías y rosas de jardín, de un rosa suave que se desvanecía a crema en los bordes. Un pedido de aniversario, estaba bastante seguro. *Flores de matrimonio feliz*. —No tienes que hacerlo. Eso no era parte del acuerdo.

La palabra cayó mal. *Acuerdo.* Como si eso fuera todo lo que esto era. Como si el último mes no hubiera sido más que una transacción con términos y fecha de caducidad.

—Lo sé. —Mantuve mi voz ligera. Seguí clasificando tarjetas—. Pero estás desbordado, y yo estoy al día con mis clientes. A menos que prefieras que me vaya.

Permaneció en silencio el tiempo suficiente como para que levantara la mirada. Su expresión cambió, apareció y desapareció antes de que pudiera descifrarla.

—Quédate —dijo—. Si quieres.

Yo quería.

Así que me quedé todo el día el miércoles y el jueves, y ahora era viernes por la mañana—víspera de San Valentín, quedaba un día—y estaba atando rosas rojas de tallo largo en docenas mientras los perros dormitaban en su rincón. Rojas para los tradicionalistas, amarillas para los que querían algo diferente, crema y rosadas para las parejas que llevaban juntas el tiempo suficiente como para saber que el romance no tenía que gritar.

La tienda olía a rosas y claveles, cubos de ellos empapándose en agua mientras se abrían. No era la dulzura empalagosa de un perfume barato, sino el aroma auténtico, con sus tallos verdes, sus pétalos aterciopelados y ese brillo particular que solo tienen las flores frescas. Había aprendido a distinguir la diferencia durante las últimas semanas. Aprendido muchas cosas que no esperaba.

La mesa de trabajo en la trastienda estaba enterrada bajo restos de cintas y celofán, fragmentos de vegetación esparcidos por la madera desgastada como confeti. Las neveras estaban tan repletas que tenías que jugar al Tetris para sacar cualquier cosa. Cada

superficie contenía algo en proceso: ramos a medio envolver, bobinas de cordel. Un caos hermoso.

Acababa de colgar el teléfono con Jolie, la coordinadora de eventos del Hawkin's Ridge Ski Lodge, donde se celebraría la boda del domingo, cuando oí a Holden llamarme. Entré en el umbral de la trastienda para que pudiera verme levantando un dedo indicándole que casi había terminado.

—Sí, ¿a qué hora quería que se hiciera la entrega? Las once, suena perfecto. Nos vemos entonces.

Colgué con ella y me dirigí hacia atrás. —Dime otra vez qué estabas pensando cuando aceptaste una boda el día después de San Valentín.

Holden dejó escapar un suspiro profundo, con los hombros caídos mientras ambos nos volvíamos hacia las neveras, ahora llenas hasta el borde con rosas de San Valentín, listas para ser atadas en paquetes de una docena, y las flores que había pedido para la boda de los Redding. Miles de dólares en tallos, cubos marcados con cinta de pintor para que no los sacáramos por error. —La señora Redding era cercana a mi abuela. No podía decir que no.

—Menudo blandengue.

Él resopló. —¿Qué dijo la organizadora de bodas?

—Solo revisó la lista de pedidos una última vez y pidió que estemos allí a las once. —Me acerqué a su mesa de trabajo—. ¿Es ese...?

Holden miró las flores en su mano y asintió. —El ramo de la novia. Solo estoy pensando en cómo quiero que quede. —Durante unos minutos probó a montar el ramo, esas grandes manos que ahora conocía tan bien, igual de gentiles y diestras mientras añadía tallos, lo estudiaba y luego lo desarmaba mientras escribía algunas notas en un gastado cuaderno. Peonías blancas, rosas de jardín del rosa más pálido, eucalipto colgante. —¿Qué te parece?

—Es precioso. —Entonces sonó la campanilla de la entrada—. Yo me encargo.

Jenna Mendoza del instituto estaba en el mostrador cuando llegué allí, su abrigo cubierto por la ligera nieve que había comenzado a caer hacía una hora. Quería el arreglo que había encargado para la

fiesta de cumpleaños de su madre y algo para su hija, que estaba pasando por un momento difícil.

—Holden hizo algo con girasoles —dije, sacando el segundo arreglo de la nevera. Caras amarillas brillantes rodeadas por ramitas de lavanda, envueltas en papel kraft con una cinta morada—. Pensó que podría animarla.

—Oh, es precioso. —Se llevó una mano al pecho—. Recordó que la mencioné. Ese hombre es un artista.

—Presta atención. —Más de lo que la gente se daba cuenta. Más de lo que él jamás admitiría.

—Hacéis tan buen equipo los dos. —Me entregó su tarjeta de crédito—. ¿Cuánto tiempo lleváis ya?

La pregunta no debería haber golpeado tan fuerte. La habíamos respondido una docena de veces durante las últimas semanas—la actuación, la historia que habíamos acordado contar. Pero algo en este día hizo que las palabras se atascaran en mi garganta.

—Unas pocas semanas —logré decir.

—Bueno, parecéis felices juntos —guardó su cartera y recogió los arreglos—. Es bonito. Holden merece a alguien que lo vea de verdad.

La campana sonó tras ella. Me quedé allí más tiempo del que debería, con sus palabras resonando en mi cabeza.

Mañana era San Valentín. El día más romántico del año y el final de nuestro acuerdo.

Había pasado la primera mitad de esta semana fingiendo que eso no era cierto. Sumergiéndome en el trabajo, quedándome hasta tarde, llenando cada momento con tareas para no tener que pensar en lo que vendría después. Pero la fecha límite había llegado y ya no podía ignorarla.

Holden apareció a mi lado.

—¿Estás bien?

—Bien —me obligué a sonreír—. Solo cansado.

Me estudió por un momento, con esa mirada tranquila y evaluadora que ponía a veces. Esa que me hacía sentir como si pudiera ver a través de mí y aun así le gustara lo que encontraba.

Luego asintió, dedicándome esa suave media sonrisa antes de volver al trabajo.

Lo amaba.

El pensamiento llegó sin drama, asentándose como si siempre hubiera estado allí. Como si siempre lo hubiera sabido pero hubiera tenido demasiado miedo para mirarlo directamente. No era esa cosa desesperada y asfixiante que había sentido con Landon. Algo más estable. Algo que se sentía como la primera respiración profunda después de estar demasiado tiempo bajo el agua.

Lo amaba. Esto terminaba mañana. No tenía ni idea de qué hacer con ninguna de esas dos cosas.

El teléfono no parecía dejar de sonar durante la mañana: pedidos de última hora, gente preguntando si era demasiado tarde para encargar flores para mañana. Pero incluso en medio del caos, había una satisfacción en ello, en cómo podía manejar la máquina de tarjetas de crédito sin bloquearla, responder preguntas sobre cómo hacer que las flores durasen más y envolver un ramo casi tan pulcramente como lo hacía Holden.

Había aprendido algo aquí. Me había vuelto útil para alguien. Eso se sentía bien, incluso cuando todo lo demás se sentía incierto.

Durante un momento de calma, fui a la parte trasera para ver cómo estaba Holden.

Estaba inclinado sobre un arreglo, sus manos moviéndose con esa precisión cuidadosa que había llegado a amar observar. La luz de media mañana iluminaba el borde de su mandíbula, resaltando la barba incipiente que no se había molestado en afeitar en dos días. Se había subido las mangas por encima de los codos, y podía ver los músculos de sus antebrazos moviéndose mientras trabajaba. Parecía agotado, con sombras bajo los ojos y una lentitud en sus movimientos que no estaba allí hace una semana. Pero sus manos nunca vacilaban.

—Hola —me apoyé en el marco de la puerta—. ¿Necesitas algo?

—Estoy bien —no levantó la mirada—. Deberías tomarte un descanso. Comer algo.

—Ya comí.

—Una barrita de cereales a las siete no cuenta.

—Tenía trozos de chocolate.

Su boca se crispó. Casi una sonrisa. Me conformaría con eso.

Crucé la habitación, me puse detrás de él, rodeé su cintura con mis brazos. Se quedó quieto por un momento —siempre lo hacía, ese primer segundo de contacto— y luego se relajó. Me dejó apoyar la mejilla contra su espalda, sentir su calor a través de la franela.

—Un día más —dije. Las palabras salieron más suaves de lo que pretendía.

Sus manos dejaron de moverse.

—Sí.

—Gran día mañana.

—El más grande del año.

Apreté mi agarre. Lo respiré —jabón, flores y algo debajo que era solo él. A estas alturas la semana que viene, podríamos haber terminado. Podría estrecharme la mano, agradecerme mi ayuda y acompañarme a la salida como si nada hubiera cambiado.

—Holden...

Sonó la campana. Otro cliente.

—Yo me encargo —lo solté y di un paso atrás—. Termina tu obra maestra. —Realmente era hermosa.

Me cogió la mano antes de que pudiera irme. La apretó una vez, breve y fuerte. No dijo nada.

Fui a atender al cliente y me dije a mí mismo que el nudo que sentía en el pecho no era nada.

Holden

El segundo viernes de cada mes, Reid y yo almorzábamos juntos.

Esto había sido así durante tres años, desde que se hizo cargo de las cuentas de mi abuela y descubrió el desastre que yo era llevando registros. Declaró que las revisiones trimestrales no eran suficientes,

que necesitaba un seguimiento mensual, como un paciente al que no se le puede confiar su propia medicación.

Me resistí. Él ignoró mi resistencia. Al final, dejé de luchar.

Las reuniones ocurrían en la Panadería Pine & Flour porque era territorio neutral. Ni la tienda, ni su oficina. Nos sentábamos en la mesa del rincón, él revisaba cualquier recibo que yo hubiera recordado guardar, y yo comía pasteles mientras él me sermoneaba sobre los pagos estimados de impuestos.

Hoy era el segundo viernes de febrero. El día antes de San Valentín. El fin de semana más ocupado de todo mi año.

Había intentado cancelar. Reid se había presentado en la tienda de todos modos para llevarme.

—Los impuestos trimestrales no se preocupan por tus sentimientos —había dicho, dirigiéndome hacia la puerta mientras Jamie observaba con las cejas levantadas—. Veinte minutos. Las rosas sobrevivirán.

—Las rosas están bien. Tengo una boda que preparar.

—Entonces será mejor que hables rápido.

Ahora estaba sentado frente a él en nuestra mesa habitual, con un panini enfriándose en mi plato mientras él hojeaba la carpeta de recibos que le había entregado. Su bolígrafo golpeaba la mesa en ese ritmo irregular que me había vuelto loco durante tres años: tap tap, pausa, tap tap tap, pausa. No parecía darse cuenta de que lo hacía.

—Estas están casi organizadas —dijo—. Estoy realmente preocupado. ¿Has tenido un derrame cerebral? ¿Debería llamar a alguien?

—Jamie me ha estado ayudando.

—Ah. —El bolígrafo se detuvo—. El novio.

No respondí. Reid anotó algo y luego me estudió por encima de las gafas de montura metálica. Las mismas gafas que tenía desde que lo conocí, ligeramente dobladas en una patilla porque se había sentado encima hacía seis meses.

—Tienes un aspecto horrible —dijo. Como si fuera un hecho, como si estuviera leyendo un balance contable.

—Gracias.

—¿Cuándo fue la última vez que dormiste más de cuatro horas?

—El martes.

—Eso es una locura. —Lo dijo sin alterarse, con el mismo tono que usaría para decirme que mis deducciones por kilometraje estaban mal—. Te vas a desmayar en medio del frenesí de San Valentín y tendré que buscar un nuevo cliente. Solo por el papeleo...

—Ah, no olvides la gran boda en el pabellón este fin de semana. Estaré trabajando el domingo en ese encargo. Dormiré después de eso.

—Dormirás cuando estés muerto, que a este ritmo será el lunes. —Cogió su café y dio un sorbo. El bolígrafo empezó a tamborilear de nuevo—. Entonces, ¿cómo está Jamie?

—Bien.

—Bien. —Asintió como si hubiera dicho algo significativo—. Descriptivo. Evocador. Realmente pinta una imagen.

—¿Qué quieres que diga?

—Algo que contenga un adjetivo real. Feliz. Miserable. Preocupado por su aparente falta de instinto de autopreservación, dado que está saliendo contigo. —El bolígrafo golpeaba más rápido—. ¿Las cosas van bien?

—Están bien.

—Eso ya lo has dicho.

—Porque es verdad.

Reid dejó el bolígrafo. Por fin. Se reclinó en su silla, cruzó los brazos y me lanzó esa mirada que significaba que iba a ser insoportable.

—Holden. Me gustaría pensar que somos buenos amigos, para ser dos tíos que no se les da bien la amistad, así que tómate esto con la intención con la que te lo digo. Sé cuándo me estás mintiendo, y ahora mismo me estás mintiendo. —Inclinó la cabeza—. ¿Qué está pasando?

Cogí el panini, arranqué un trozo y masqué sin saborearlo. Reid esperó. Se le daba bien esperar, mejor que a mí, lo que era irritante.

—El acuerdo termina mañana —dije—. Después de San Valentín. Ese era el trato.

Levantó las cejas.

—Acuerdo.

Mierda. No quería decir eso. Estaba realmente cansado.

—Es complicado.

—Claramente. —El bolígrafo había vuelto a su mano, golpeando ahora contra su palma—. ¿Me estás diciendo que la relación no es real?

—Empezó como... —Me detuve. Lo intenté de nuevo—. Teníamos un trato. Él necesitaba ayuda con su ex. Yo necesitaba ayuda en la tienda. Tres semanas, hasta San Valentín.

—Y ahora se acabó.

—Casi.

Reid permaneció callado durante un largo momento. El bolígrafo se quedó quieto.

—Vale —dijo—. ¿Y qué pasa mañana?

—No lo sé.

—¿Se lo has preguntado?

—No.

—¿Quieres que continúe? —Cuando no contesté, continuó—. Tomaré eso como un sí.

Pensé en los brazos de Jamie rodeándome en la trastienda, su voz diciendo *un día más* como si las palabras le dolieran al pronunciarlas. La forma en que ninguno de los dos había dicho nada después. La forma en que yo quería decirlo todo y no podía encontrar las palabras.

—No es tan simple —dije.

—Es exactamente así de simple, joder. Abres la boca. Salen palabras. Esperas a ver si sale corriendo gritando. —La voz de Reid era seca, pero algo cambió en su expresión—. Mira, soy consciente de que no estoy precisamente cualificado para dar consejos sobre relaciones ahora mismo. Recientemente divorciado. Actualmente, estoy intentando averiguar cómo se liga con hombres a los treinta y dos, lo cual es una humillación de un tipo muy especial. La semana pasada pasé veinte minutos en una aplicación de citas intentando averiguar qué significa realmente "buscar algo casual", y todavía no lo sé.

Parpadeé. Reid no hablaba sobre el divorcio. Tampoco hablaba sobre el tema de las citas.

—Pero esto es lo que sí sé —continuó—. Pasé ocho años casado con alguien a quien amaba, y, aun así, se vino abajo. No porque el amor no fuese real. Lo era. Simplemente queríamos cosas diferentes, y ninguno de los dos lo dijo hasta que fue demasiado tarde para arreglarlo. —Cogió su café y lo miró fijamente como si contuviera respuestas—. Claire supo que era lesbiana antes de que yo supiera lo que era yo. O quizás ella lo admitió primero. De cualquier manera, pasamos años sin hablar de lo que deberíamos haber estado hablando, y, para cuando lo hicimos, no quedaba nada que salvar.

—Lo siento —dije. Sonaba inadecuado.

—No lo sientas. Somos mejores amigos de lo que nunca fuimos como cónyuges. Ella está ahora en Denver, saliendo con una mujer que la hace reír. Yo estoy aquí, dando consejos no solicitados a floristas emocionalmente estreñidos. —Su boca se torció; no exactamente una sonrisa, pero casi—. Lo que quiero decir es que no hablar no te protege de que te hagan daño. Solo significa que te hacen daño sin que llegues a saber si las cosas podrían haber sido diferentes.

Las palabras cayeron como un puñetazo en el pecho. Sentí que mi mandíbula se tensaba, mis hombros se ponían rígidos. Algo en escucharlo en voz alta —tan simple, tan obvio— lo hacía imposible de ignorar.

No hablar no te protege de salir herido.

Todos estos años manteniendo a la gente a distancia. Todos estos años diciéndome a mí mismo que el silencio era lo que quería. ¿Y qué había conseguido? Un apartamento vacío. Una tienda que algunos días parecía un museo. Una vida que me quedaba como la ropa que se te ha quedado pequeña pero te niegas a cambiar.

Hasta que Jamie cruzó mi puerta con sus ridículos perros y su ridículo optimismo... y me *sonrió*.

No supe qué responder a eso. Reid pareció darse cuenta de que había dicho más de lo que pretendía; se aclaró la garganta, cogió el bolígrafo otra vez y comenzó a golpearlo.

—Habla con él —dijo, volviendo a su habitual tono seco—. Mañana es San Valentín. Te dedicas a vender flores. Si no puedes encontrar la manera de tener una conversación en el único día del año diseñado para estas mierdas, no puedo ayudarte.

Recogió la carpeta con los recibos y los guardó en su bolsa.

—Tus pagos estimados vencen en abril. Intenta no perder nada de aquí a entonces. —Se levantó y dejó un billete de veinte sobre la mesa—. Y por el amor de Dios, duerme algo esta noche. Da pena mirarte.

Se marchó. Me quedé en el reservado otro minuto, con el panini hecho pedazos en mi plato, pensando en lo que había dicho.

No hablar no te protege de salir herido.

Pedí un sándwich para Jamie y luego me dirigí de vuelta a la tienda. De camino, le di vueltas a sus palabras en mi cabeza, intentando descubrir qué quería decirle a él. Cómo decirlo. Si tendría el valor de intentarlo.

La campana sonó cuando empujé la puerta. Jamie levantó la mirada desde el mostrador, y su rostro hizo eso que siempre hacía cuando me veía: ese ligero ablandamiento, ese calor en sus ojos. Llevaba puesta mi camisa de franela otra vez, la de cuadros grises y azules, con las mangas enrolladas por encima de sus muñecas. No recordaba cuándo había empezado a tomar prestada mi ropa. No quería que dejara de hacerlo.

—¿Reid te ha dejado escapar? —preguntó.

—Tenía otros contribuyentes que aterrorizar —dije, entregándole la bolsa—. Para ti.

Jamie sonrió, suave y dulce. Ese dolor particular que se había vuelto familiar durante las últimas semanas. Ese que había dejado de fingir que no era amor.

Un día. Tenía un día para resolver esto.

Cerramos la tienda a las siete, una hora antes. Decisión mía. Dije que necesitábamos descansar antes del caos de San Valentín, y Jamie no discutió.

El camino de vuelta a su casa fue tranquilo. La nieve seguía cayendo, ligera y constante, cubriendo las aceras de blanco. Su

mano encontró la mía en algún momento alrededor de la segunda manzana, nuestros dedos entrelazándose.

—He estado pensando... y siento no haberlo dicho hace veinte minutos. Pero creo que deberías quedarte en tu casa esta noche —dijo cuando llegamos a su puerta—. Dormir de verdad. Sé que los perros a veces te despiertan.

Lo miré desde arriba. La luz de la farola captó la nieve en su pelo, las líneas de cansancio alrededor de sus ojos.

—¿Intentas deshacerte de mí?

Negó con la cabeza. —Intento asegurarme de que no te desplomes en medio de la avalancha de mañana. —Me apretó la mano—. Es un gran día. Necesitas descansar.

No se equivocaba. Entre el estrés y el ir y venir entre las dos casas, mi pequeña cama y sus perros, había estado funcionando con cuatro horas de sueño por noche durante la mayor parte de la semana, y mi cuerpo comenzaba a recordarme que ya no tenía veintidós años.

Pero ese no era el motivo por el que me enviaba a casa. Podía verlo en su rostro: algo que no estaba diciendo, algún pensamiento que se estaba guardando.

—De acuerdo —dije—. Si eso es lo que quieres.

No era lo que yo quería. Pero aún no sabía cómo decir eso, no tenía las palabras claras. Así que me incliné hacia abajo, completamente hacia abajo, la diferencia de altura todavía me sorprendía a veces, y lo besé.

Suavemente al principio. Luego más profundo, con mi mano acunando la parte posterior de su cuello, mi pulgar recorriendo su mandíbula.

—Te veré por la mañana —dije contra su boca.

—A las siete en punto. Con café en mano.

—Trato hecho.

Sonrió. —Que descanses —dijo.

No sin ti, quise decir, pero me tragué las palabras y me obligué a soltarlo, dar un paso atrás, girarme hacia Main Street.

El camino a casa fue frío. Metí las manos en los bolsillos y pensé en Reid y Claire, en años de no decir lo que necesitaba ser dicho. En

cómo se sentiría ver a Jamie alejarse sin saber nunca si se habría quedado.

El apartamento sobre la tienda estaba oscuro cuando subí las escaleras. Vacío de una manera que no había sentido durante semanas. Sin perros cruzando el suelo para saludarme. Sin el calor de otro cuerpo en la cama. Solo el silencio familiar que antes creía que quería.

Ahora parecía una advertencia.

Me duché, puse la alarma para las cinco, me quedé en la cama pensando en lo que podría decir. Nada sonaba correcto. Nada sonaba como yo.

Pero Reid tenía razón en una cosa: el silencio no iba a protegerme. Solo iba a garantizar que perdiera algo que no estaba preparado para perder.

El sueño llegó, pero cuando lo hizo, soñé con flores. Ranúnculos y rosas de jardín en los colores de Jamie. Un arreglo que había estado construyendo durante semanas sin saber lo que significaba.

Me desperté antes de que sonara la alarma, sabiendo exactamente lo que tenía que hacer.

Capítulo Nueve

Jamie

Las siete llegaron demasiado temprano y no lo suficientemente temprano.

Apenas había dormido. La casa se sentía extraña sin Holden, demasiado silenciosa, demasiado espacio en la cama. En solo un par de semanas, sus besos matutinos se habían convertido en parte de mi rutina. Marceline había intentado compensar estirándose por todo su lado habitual, pero no era lo mismo. Me había pasado horas mirando al techo, repasando todo lo que podría salir mal hoy y todo lo que podría salir bien.

Había elegido mi atuendo cuidadosamente esta mañana. Nada de las Converse gastadas y los vaqueros raídos que solía ponerme. La camiseta henley verde oscuro que resaltaba mis ojos. Mis mejores botas. Si este iba a ser nuestro último día juntos, quería que me recordara con buen aspecto.

Ahora las perras y yo estábamos fuera de Hutchinson Florals con dos cafés del Copper Kettle, nuestro aliento formando nubes en la

oscuridad previa al amanecer, con el pulso latiendo más rápido de lo que debería a esta hora.

Holden abrió la puerta antes de que pudiera llamar. Parecía listo para la batalla: camisa de franela limpia en tonos gris carbón y azul marino, mangas ya arremangadas hasta los codos, delantal de lona atado con ese nudo eficiente que probablemente llevaba haciendo desde la infancia. Su pelo estaba húmedo pero peinado, su mandíbula recién afeitada. Este era Holden en modo profesional, la versión de sí mismo que había perfeccionado durante años para el día más importante de su año.

Tomó el café que le ofrecí mientras las perras pasaban corriendo junto a él, y por un momento nos quedamos ahí en la entrada, con el aire frío arremolinándose entre nosotros.

—Hola —dije.

—Hola.

—Feliz San Valentín.

Su boca se crispó. —Pregúntamelo de nuevo dentro de doce horas.

Se apartó para dejarme entrar, y así comenzó el día.

La tienda ya bullía con los preparativos. La pizarra detrás del mostrador estaba cubierta de nombres y horas de recogida, la pulcra caligrafía de Holden llenando cada centímetro. Las neveras estaban tan llenas que apenas se veía el cristal, rosas en todos los tonos de rojo y rosa aplastadas contra arreglos de boda. Cubos de tallos bordeaban el mostrador de trabajo, esperando ser transformados. Todo el lugar olía a verde y vida, ese aroma penetrante de tallos cortados que había llegado a asociar con él.

Jake apareció a las siete y media, sacudiéndose el frío de la mañana mientras entraba por la puerta. Dieciocho años, desgarbado, con un gorro calado hasta las orejas y la expresión ansiosa de alguien decidido a demostrar su valía. Holden lo había contratado el jueves después de la incansable campaña de su tía, y hoy era su prueba como repartidor.

—Buenos días, señor Hutchinson —dijo Jake enderezando la espalda como si se estuviera presentando a filas—. Listo cuando usted lo esté.

—Toma —Holden le entregó una pila de direcciones impresas—. Las tres primeras son en el centro. La cuarta está cerca del resort. Coge la autopista 7, no la carretera secundaria. La quinta es la casa de los Morrison en Spruce.

Jake estudió la lista, asintiendo mientras repasaba la ruta. —Entendido. Autopista 7, no la carretera secundaria.

—El GPS te llevará si te despistas —añadí—. Solo tienes que mantener los arreglos fuera de la luz solar directa y no dejarlos en un coche frío demasiado tiempo.

—Sí, señor —Jake agarró una bandeja de transporte del montón junto a la puerta (cartón resistente con recortes del tamaño de los jarrones de cristal) y cargó el primer lote desde la nevera. Tres docenas de rosas rojas, el pedido clásico de San Valentín. Colocó cada jarrón en su sitio con más cuidado del que esperaba, comprobando que estuvieran seguros antes de levantar la bandeja —. Volveré en una hora. Tal vez noventa minutos si hay mucho tráfico cerca del resort.

Holden lo vio marcharse, con algo parecido a la aprobación brillando en su rostro. —Su tía dijo que es un trabajador incansable.

—Parece un buen chico.

—Ya veremos —pero su voz había perdido el filo que yo esperaba. Ya se estaba volviendo hacia la mesa de trabajo, con la mente puesta en la siguiente tarea.

El primer cliente llegó a las nueve, justo según lo previsto. Un hombre con traje arrugado, claramente de camino al trabajo, recogiendo una docena de rosas rojas que había encargado la semana pasada. Luego una mujer con tres niños a cuestas, recogiendo centros de mesa para una cena familiar. Después un adolescente, nervioso y sonrojado, comprando una sola rosa para una chica de su clase.

A las diez, ya habíamos establecido un ritmo. Holden en la parte trasera montando arreglos para la gran boda de mañana, sus manos moviéndose entre los tallos con esa concentración particular que nunca me cansaría de observar. Yo en la caja, atendiendo el constante flujo de clientes que recogían sus pedidos y algunos que entraban por impulso y que acababan de recordar qué día era.

Prospect Ridge no era Denver. No teníamos cientos de clientes. Pero la campanilla sonaba cada pocos minutos, el teléfono sonaba entremedias y la pizarra detrás de mí se vaciaba nombre a nombre a medida que los pedidos salían por la puerta. El caos tenía una forma, un patrón que empezaba a reconocer. Este era el elemento de Holden. Esto era para lo que se había preparado toda su vida.

Encontré alegría en los pequeños momentos entre oleadas de clientes. La satisfacción de envolver un ramo sin romper el papel. La forma en que se iluminaban las caras de los clientes cuando veían sus arreglos. La mujer mayor que lloró cuando recogió las rosas para la tumba de su difunto marido me dejó sostener su mano mientras se recomponía. Esto era lo que hacían las flores, me di cuenta. Permitían a la gente sentir profundamente. No solo a mí, sino a todos los que atravesaban esa puerta.

Alrededor de las diez, Holden salió de la trastienda con una gran bolsa de papel, la parte superior doblada pero no sellada. Rosa, rojo y blanco se asomaban por la abertura.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Pétalos de rosa, cerca de mil si te lo puedes creer. Los encargué la semana pasada —se dirigió al alto armario de roble junto a la puerta de entrada, el que contenía jarrones extra y carretes de cinta, y colocó la bolsa encima, empujándola lejos del borde—. Para las cestas de las niñas de las flores de mañana.

Silbé. —Son muchos pétalos.

—Tres niñas de las flores. La señora Redding dijo que son muy entusiastas —se sacudió las manos en el delantal—. Necesitaba sacarlos de en medio. Estaremos tropezando con todo para el mediodía.

Jake volvió a las once, con las mejillas rojas por el frío, sonriendo como si hubiera conquistado el Everest. —Ni un solo desvío —anunció mientras cogía otro lote sin que nadie se lo pidiera—. La señora Morrison me ha dado cinco dólares de propina.

—No dejes que se te suba a la cabeza —dijo Holden, pero había calidez bajo sus palabras.

En la tercera entrega, Jake empezó a hacer preguntas sobre los arreglos en sí. Qué flores combinaban bien juntas. Por qué ciertos

colores funcionaban para determinadas ocasiones. Holden respondía con frases cortantes, pero respondía, y eso ya era algo.

—Tiene curiosidad —dije, observando a Jake por la ventana mientras cargaba la furgoneta con la misma atención cuidadosa que había mostrado toda la mañana—. Eso es bueno.

—Tener curiosidad y ser competente no es lo mismo. —Pero la boca de Holden se curvó, ligeramente—. Aún no ha dejado caer nada. Eso es más de lo que yo conseguí en mi primera semana.

La mañana se difuminó en la tarde. El sábado de San Valentín significaba más tráfico de clientes del que habría traído un día festivo entre semana. Yo me encargaba de los clientes mientras Holden trabajaba en la trastienda, y caímos en ese ritmo que se nos había hecho natural durante las últimas semanas. Su mano en mi espalda baja cuando necesitaba pasar por detrás de mí. Mi hombro rozando su brazo cuando me metía en la trastienda a por más papel de envolver. Pequeños toques que decían todo lo que las palabras no podían.

Alrededor de las dos, el ritmo se ralentizó lo suficiente para que pudiera respirar.

Me apoyé en el mostrador, observando a Holden terminar un centro de mesa para la boda de mañana. Lirios y rosas, suaves y románticos, captando la luz de la tarde a través de las ventanas frontales. Tenía las mangas subidas por encima de los codos, los antebrazos flexionándose mientras ajustaba cada tallo.

Después de hoy, nuestro acuerdo habría terminado. Podría agradecerme la ayuda, darme un apretón de manos y eso sería todo. De vuelta a su tranquila tienda, su tranquila vida, su tranquilo apartamento encima del mío.

No quería tranquilidad. A la mierda la tranquilidad.

Quería esto. Lo quería a él.

Pero, ¿él me quería a mí?

Levantó la mirada y me pilló mirándole fijamente.

¿Qué?

—Nada. —Negué con la cabeza, pero estaba sonriendo—. Solo pensaba que hacemos un buen equipo.

Algo cambió en su rostro. La concentración que había mantenido todo el día se agrietó, y debajo vi algo sin protección. Crudo. Algo que se parecía mucho a lo que yo estaba sintiendo.

—Sí —dijo. Su voz sonó áspera—. Lo hacemos.

Se volvió hacia la mesa de trabajo. Sacó unos cuantos tallos: ranúnculos en tonos melocotón y coral, algo de eucalipto plateado, una única rosa de jardín del color de una puesta de sol veraniega. Sus manos se movían rápidas y seguras, construyendo algo pequeño y perfecto sin consultar ninguna hoja de pedido.

—¿Para qué es eso? —pregunté.

No respondió hasta que lo terminó. Lo envolvió en papel marrón, lo ató con cordel y lo colocó sobre el mostrador delante de mí.

—Porque sí —dijo, y las palabras se posaron en algún lugar de mi pecho y se quedaron allí, haciendo eco a la tarjeta de aquel primer arreglo—. Tú también mereces flores.

Lo recogí. Los ranúnculos aún estaban cerrados, empezando a desplegarse por los bordes. Mañana estarían abiertos, capas y capas de pétalos como algo salido de una pintura. La rosa de jardín era suave al tacto. El eucalipto olía a algo limpio y seguro.

—Holden...

Sonó la campanilla. Otro cliente. Él ya se estaba dando la vuelta, hacia su mesa de trabajo y el siguiente pedido, y el momento pasó.

Pero mantuve el pequeño arreglo cerca durante el resto de la tarde, escondido tras la caja registradora donde podía verlo. Cada vez que lo miraba, el peso de todo lo que no habíamos dicho me oprimía el pecho. Y cada vez que pillaba a Holden mirando en mi dirección, me permitía tener la esperanza de que él también lo estuviera sintiendo.

Holden

El último cliente se marchó a las seis y cuarenta y cinco.

Cerré la puerta tras ella: una joven comprando una única rosa roja para su novia, con las manos temblorosas y una sonrisa tan amplia que dolía mirarla. Su primer San Valentín juntas, me había dicho mientras yo envolvía el tallo. Estaba tan nerviosa que temblaba.

Entendía ese sentimiento.

Me giré para encontrar a Jamie de pie en medio de la tienda. La camiseta henley verde que había llevado todo el día tenía una mancha de polen en la manga. Tenía el pelo alborotado de pasarse las manos por él durante las horas de más trabajo. Parecía exhausto y exultante y hermoso bajo la luz menguante.

—Lo conseguimos —dijo.

—Lo conseguimos.

El lugar parecía una zona de desastre. Restos de cinta esparcidos por el suelo como confeti de algún desfile floral. Cubos vacíos apilados contra la pared, sus cercos de agua marcando el hormigón. Trozos de vegetación por todas partes: tallos y hojas y algún pétalo ocasional aplastado en el suelo por el tráfico de pies de todo un día. La nevera contenía los arreglos para la boda de mañana, centros de mesa y ramos esperando su momento. La pizarra estaba casi en blanco por primera vez en semanas.

Marceline y Bubblegum emergieron de su rincón, estirándose y bostezando como si hubieran hecho todo el trabajo duro. Caminaron entre los escombros, Marceline husmeando con gran interés un montón de tallos desechados, Bubblegum siguiéndola más cautelosamente.

—Debería limpiar —dije, pero no me moví. Lo inteligente sería descansar una hora, comer algo, y luego volver abajo para preparar lo de mañana. Anticiparme al caos antes de que pudiera acumularse de nuevo.

Pero Jamie estaba allí de pie bajo la dorada luz del atardecer, y no podía hacer que me importara ser inteligente.

—Puede esperar. —Cruzó la tienda hacia mí, con las piernas claramente doloridas por diez horas en pie, pero su sonrisa no había menguado—. Hemos sobrevivido al Día de San Valentín. Eso nos otorga al menos cinco minutos para estar quietos.

—Cinco minutos.

—Quizá diez.

—No te pases.

Se detuvo frente a mí. Inclinó la cabeza hacia atrás para ver mi cara, el ángulo marcado, ya familiar. Esa vulnerabilidad particular de la que había dejado de poder apartar la mirada. Alzó la mano y me frotó la mandíbula con el pulgar. Me quedé inmóvil bajo su tacto.

—Holden.

—Jamie.

Los dos hablamos al mismo tiempo. Los dos nos quedamos paralizados. El silencio se extendió entre nosotros, lleno de todo lo que ninguno había dicho durante semanas.

—Tú primero —dijo él.

Negué con la cabeza. —Tú.

—Iba a darte las gracias. Por dejarme formar parte de esto. —Hizo un gesto hacia la tienda destrozada, la evidencia de un día bien aprovechado—. Por todo.

—Tú lo has hecho posible. —Mi voz se había vuelto áspera—. No solo hoy. Todo.

—Te las habrías arreglado.

—No. —Me acerqué. Lo suficiente como para que tuviera que estirar el cuello, lo suficiente como para sentir el calor que irradiaba —. No habría podido. Y necesito decirte...

Me detuve. Me pasé una mano por el pelo.

—Reid me dijo que simplemente lo dijera —murmuré—. Pero no sé cómo...

Me acerqué más. Jamie retrocedió.

Su hombro golpeó el borde del armario de roble.

La bolsa de pétalos de rosa, cientos de pétalos, se cayó desde arriba.

El tiempo se ralentizó. La bolsa se tambaleó, la parte doblada se abrió y entonces los pétalos comenzaron a caer. Rojos, rosas y blancos, captando los últimos rayos de luz de la tarde a través de las ventanas, flotando hacia nosotros como nieve.

Como confeti. Como una celebración.

Mi abuela nunca creyó en los accidentes. "El universo tiene opiniones", solía decir, normalmente cuando algo iba mal. Casi podía oír su voz ahora, con ese humor seco por debajo: *Bien, Holden. ¿Qué vas a hacer con esto?*

Los pétalos se enredaron en el pelo de Jamie, oro y rosa juntos. Aterrizaron en sus hombros, en sus pestañas. Se posaron sobre la camiseta henley verde que había llevado todo el día, aferrándose a la tela como si pertenecieran allí.

Parpadeó, y un pétalo rosa se desprendió de su mejilla.

Por un momento ninguno de los dos se movió. Simplemente permanecimos allí, con los pétalos acumulados a nuestros pies en montones rojos y blancos. Jamie parecía haber sido decorado para una celebración que no sabía que iba a llegar.

Lo deseaba. No por tres semanas. No hasta San Valentín. Para siempre.

—Oh, no. —Su voz era pequeña—. La boda...

—No te preocupes por eso.

Se le escapó una risa, sorprendida, casi incrédula. Un pétalo cayó de su pelo a su hombro. Extendí la mano y lo quité, y mi mano se quedó allí, acunando el lado de su cuello. Su pulso saltó bajo mi palma.

—Te quiero.

Las palabras salieron ásperas. Crudas. Sin pulir, sin gracia, sin un cuidadoso arreglo de sílabas. Solo la verdad que había tenido demasiado miedo de decir, forzada a salir antes de que pudiera tragarla de nuevo.

—Eso es lo que no sabía cómo decir. —Acuné su cara entre mis manos, sosteniéndolo con cuidado para poder ver sus ojos. Los pétalos de rosa se aferraban a su jersey, a su pelo, atrapados en el cuello de su camisa—. Te quiero, Jamie. Yo solo...

Sus manos se levantaron y tiraron de mi cara hacia abajo.

El beso fue feroz. Todo lo que él había contenido se derramó para encontrarse con todo lo que yo había tenido miedo de dar. Tuve que doblarme casi por completo, pero él me estaba atrayendo hacia abajo y yo iba, inclinándome hacia él. Los pétalos se aplastaron bajo

mis botas mientras lo apretaba contra el armario. Sus dedos se retorcieron en mi camisa, atrayéndome más cerca.

—Yo también te quiero —dijo. Su voz se quebró al pronunciar las palabras—. Holden...

Un suave resoplido a mis pies nos hizo mirar hacia abajo a los dos.

Marceline estaba sentada a nuestros pies, moviendo la cola, con los ojos bien abiertos con esa mirada expectante que ponía cuando quería ser incluida en algo. Bubblegum también se había acercado, oliendo los pétalos con gran interés, su cuerpo más pequeño presionando contra el tobillo de Jamie.

La risa de Jamie se convirtió en un resoplido. —Tenemos público.

—Chicas curiosas.

—Holden. —Se mordió el labio, con diversión y deseo librando una batalla en su rostro—. Llévame arriba.

Lo besé una vez más, lento, tierno, el tipo de beso que dice todo lo que las palabras no pueden. Sus brazos se envolvieron alrededor de mi cuello, y cuando lo levanté él se dejó llevar de buena gana, con las piernas alrededor de mi cintura, los tobillos cruzándose en la parte baja de mi espalda. No pesaba nada. O lo suficientemente poco como para que llevarlo se sintiera fácil, natural, como algo que podría hacer todos los días por el resto de mi vida.

—Vamos, chicas —llamó Jamie por encima de mi hombro—. Daos prisa.

Marceline salió disparada hacia las escaleras, con Bubblegum pisándole los talones. Nos adelantaron corriendo, ya estaban a mitad de camino antes de que yo llegara al primer escalón. Jamie se rio contra mi garganta, su aliento cálido en mi piel.

—Presumida —murmuró.

—No pesas nada.

—Peso una cantidad normal. Tú eres anormalmente fuerte.

Lo llevé escaleras arriba, con las perras correteando por delante, los pétalos de rosa aún atrapados en nuestros cabellos. Empujé con el hombro la puerta de mi apartamento. El espacio estaba oscuro, familiar, pero ya no se sentía vacío. No se había sentido vacío durante semanas, si era sincero. No desde que Jamie empezó a

aparecer con café, preguntas y esa sonrisa que hacía que el silencio se sintiera menos como paz y más como espera.

La espera había terminado ahora.

La boca de Jamie encontró mi mandíbula. Mi garganta. El punto justo debajo de mi oreja que me hacía estremecer cada vez que lo encontraba.

—Dormitorio —dijo contra mi piel—. Ahora.

Crucé el apartamento en tres zancadas, cerré la puerta del dormitorio ante la curiosa nariz de Marceline, y presioné a Jamie contra la pared.

Su espalda golpeó el yeso con un suave golpe seco. La habitación estaba oscura excepto por la luz de la calle que se filtraba a través de las finas cortinas, y Jamie me miró, con la cabeza echada hacia atrás, el cuello expuesto, sonrojado y respirando con dificultad, los pétalos aún atrapados en su pelo. Puse una mano en la pared junto a su cabeza, encerrándolo, y vi cómo sus pupilas se dilataban.

Jamie me quería.

El pensamiento seguía dando vueltas, imposible y real. Había dicho las palabras. Las había sentido en su beso, sus manos, la forma en que me miraba ahora como si yo fuera algo que valía la pena conservar.

—Holden. —Sus manos trabajaron en mi camisa de franela, quitándola de mis hombros—. Deja de pensar y fóllame.

Solté una risa contra su cuello. —No estoy pensando.

—Siempre estás pensando. —Se arqueó separándose de la pared, frotando sus caderas contra las mías, y la fricción nos hizo jadear a ambos—. Apágalo.

Me separé lo suficiente para quitarme la camiseta, luego busqué la suya. Levantó los brazos y se la saqué por la cabeza, lanzándola a algún lugar detrás de mí. Su piel estaba cálida bajo mis manos, su cuerpo respondiendo a cada caricia tal como había aprendido durante las últimas semanas. Ahora lo conocía. Sabía dónde presionar, dónde detenerme, qué le hacía jadear y qué le hacía gemir.

Me incliné para besarle bajando por su garganta, su clavícula, su pecho. Él permaneció apretado contra la pared, inmovilizado allí por

mi boca y mis manos, con sus dedos enredados en mi pelo mientras yo descendía. Sus vaqueros cayeron al suelo. Luego los míos. Los aparté de una patada y continué, besando el centro de su estómago, la línea de vello bajo su ombligo, hasta que quedé de rodillas frente a él.

El ángulo ponía su polla justo a la altura de mis ojos. Dura, enrojecida, ya goteando en la punta.

—Holden. —Su voz sonó estrangulada—. ¿Qué estás...?

Envolví la base con mi mano y me lo metí en la boca.

Emitió un sonido como si le hubiera sacado el aire de un puñetazo. Su cabeza cayó hacia atrás contra la pared, sus manos apretándose en mi pelo, y trabajé lentamente, mi lengua recorriendo la parte inferior, mis labios apretados alrededor del tronco, saboreando la sal y su piel. Sus caderas intentaron empujar hacia delante y las inmovilicé contra el yeso con una mano, manteniéndolo quieto mientras lo tomaba más profundo.

—Joder —jadeó—. Joder, esto es... Me voy a correr si sigues...

Me separé. Lo miré desde mis rodillas, con su polla húmeda y palpitante, su pecho agitado.

—Date la vuelta.

Sus ojos se oscurecieron. Se giró.

Le separé las nalgas con ambas manos y lamí una línea por el centro.

—¡Santo...! —Todo el cuerpo de Jamie se sacudió, sus palmas golpeando contra la pared—. Holden, joder...

Lo hice otra vez. Más lento esta vez, con la lengua plana y húmeda, saboreándolo. Sus muslos ya estaban temblando. Apunté con mi lengua y presioné dentro, solo la punta, y él emitió un sonido que nunca antes le había escuchado, agudo, desesperado y roto.

—Por favor —jadeó—. Por favor, por favor, por favor...

Lo follé con mi lengua. Embestidas lentas y superficiales mientras mis manos lo mantenían abierto, mientras su frente caía contra la pared y todo su cuerpo temblaba. Ahora estaba empujándose contra mi cara, sin vergüenza, persiguiéndolo.

—Más —logró decir—. Necesito... dedos... algo...

Me aparté lo suficiente para coger el lubricante de la cómoda. Unté mis dedos, calentándolos antes de tocarlo. Ya estaba húmedo por mi boca, relajado y deseoso, y el primer dedo entró con facilidad.

—Más —dijo de nuevo, casi inmediatamente.

Añadí un segundo dedo y me incliné para lamer alrededor de ellos, lengua y dedos trabajando juntos. El sonido que hizo fue devastador. Su polla colgaba pesada entre sus piernas, y alcancé con mi mano libre para acariciarlo al mismo ritmo que mis dedos.

—Holden... —Su voz se quebró.

Dos dedos se convirtieron en tres, y cuando estaba jadeando, sus manos arañando el yeso buscando apoyo, retiré mis manos y me levanté.

El movimiento fue lento. Deliberado. Me incorporé en toda mi altura detrás de él, mi pecho contra su espalda, mi polla presionando contra su culo. Giró el cuello para mirarme por encima del hombro, y el ángulo era pronunciado, toda esa diferencia de altura entre nosotros, su cabeza apenas llegando a mi clavícula.

—Date la vuelta —dije otra vez.

Se giró. Me miró. Esperando.

Me puse un condón. Me lubrifiqué, acariciándome lentamente, observando cómo sus ojos seguían el movimiento de mi mano. Luego agarré la parte posterior de sus muslos y lo levanté.

Los ojos de Jamie se abrieron de par en par. Sus piernas se envolvieron alrededor de mi cintura por instinto, sus tobillos cruzándose en la parte baja de mi espalda. Lo tenía inmovilizado entre mi cuerpo y la pared, su peso insignificante, todo su cuerpo temblando.

—Oh, joder —respiró—. Holden...

—Te tengo. —Ajusté mi agarre, una mano bajo su culo, la otra apoyada en la pared junto a su cabeza—. ¿Bien?

Asintió, sin palabras por una vez. Sus dedos se clavaron en mis hombros con la suficiente fuerza como para dejar moratones.

Lo bajé sobre mi polla.

Lento. Controlado. Observando su cara todo el tiempo: cómo su boca se abría, cómo sus ojos se cerraban, cómo todo su cuerpo se

tensaba mientras lo llenaba centímetro a centímetro. La posición era profunda así, con la gravedad trabajando a mi favor, y cuando llegué hasta el fondo, emitió un sonido que me recorrió la columna.

—Joder —jadeó—. Te siento... No puedo... estás tan profundo...

—Dime cuándo.

—Ahora. —Su voz se quebró—. Muévete. Por favor.

Me moví.

La pared soportaba parte del peso, permitiéndome embestir dentro de él con una fuerza que le cortaba la respiración en cada golpe. Sus piernas se apretaron a mi alrededor, empujándome más profundo, y sus manos estaban por todas partes: mis hombros, mi cuello, finalmente enredándose en mi pelo y aferrándose. Podía sentirlo apretándose a mi alrededor cada vez que llegaba al fondo, su cuerpo intentando mantenerme dentro.

—Sí —jadeó—. Justo ahí, joder, Holden, no pares...

No paré.

Lo separé de la pared.

Sus brazos se apretaron alrededor de mi cuello, un jadeo escapando de él, pero yo lo tenía. Ambas manos bajo su culo ahora, nada sosteniéndonos excepto mi propia fuerza, su cuerpo suspendido en el aire con mi polla todavía enterrada dentro de él.

—Dios mío —respiró.

—No voy a dejarte caer.

Embestí hacia arriba y todo su cuerpo se estremeció. El ángulo era brutal así, cada embestida llegaba profundo, golpeando ese punto dentro de él que le hacía gritar. Sus muslos temblaban contra mis caderas, sus brazos cerrados alrededor de mi cuello, y estaba tan apretado a mi alrededor que apenas podía pensar.

—Tan bien —logré decir—. Me tomas tan jodidamente bien.

—Holden... —Mi nombre era un gemido—. No puedo... es demasiado...

—Sí que puedes —embestí con más fuerza, le sentí contraerse a mi alrededor—. Tómalo.

Su cabeza cayó sobre mi hombro, con la cara presionada contra mi cuello, jadeando caliente contra mi piel. Ajusté mi agarre, le atraje hacia mí mientras embestía hacia arriba, y él sollozó.

—Por favor —gimió—. Necesito correrme, no puedo... por favor...

—Tócate.

—Me voy a caer...

—No te caerás.

Me creyó. Un brazo permaneció aferrado alrededor de mi cuello mientras su otra mano se movía entre nosotros, envolviendo su polla. Sentí su brazo trabajando, sentí cómo su cuerpo se tensaba con cada caricia, y seguí follándole implacable.

—Estoy cerca —dijo—. Estoy muy cerca, Holden, necesito...

Le llevé a la cama.

Dos pasos y lo estaba tumbando de espaldas, siguiéndolo sin salir nunca de él. Sus piernas permanecieron enroscadas a mi alrededor, su mano aún trabajando su polla, y me apoyé sobre él con una mano agarrando las sábanas junto a su cabeza.

—Quiero ver tu cara —embestí profundo—. Cuando te corras.

Sus ojos se clavaron en los míos. Mejillas sonrojadas, labios entreabiertos, ese color avellana oscurecido y desesperado. Embestí de nuevo y todo su cuerpo se arqueó sobre el colchón, su mano libre arañándome la espalda.

—Holden —mi nombre en su boca, quebrado—. No puedo... voy a...

—Hazlo —embestí más fuerte, más rápido, persiguiendo mi propio orgasmo—.

Se quebró.

Todo su cuerpo se tensó, apretándose a mi alrededor tan fuerte que vi estrellas. Su polla pulsó en su mano, derramándose caliente entre nosotros, y el sonido que hizo fue casi un sollozo, mi nombre una y otra vez mientras lo ayudaba a atravesarlo, follándolo durante cada oleada.

No duré mucho más. Tres embestidas más y me perdí, hundiéndome profundamente. El placer borró todo excepto la sensación de su cuerpo bajo el mío y la forma en que seguía diciendo mi nombre como si fuera la única palabra que conocía.

Nos quedamos así durante un largo momento, recuperando el aliento, con los corazones acelerados. Sus piernas se desenroscaron lentamente de mi cintura. Mis brazos temblaban por sostenerme, por

sostenerle. La habitación estaba silenciosa excepto por el radiador haciendo clic y, desde algún lugar más allá de la puerta cerrada, el suave sonido de uñas de perro sobre la madera.

—Eh —dijo Jamie. Su voz estaba destrozada.

—Eh.

—Feliz San Valentín —trazó un dedo por mi pecho, su tacto perezoso y satisfecho—. Además, joder.

Solté una risa contra su hombro. —¿Bien?

—Me sostuviste como si no pesara nada —sus ojos brillaban, entre asombrados y satisfechos—. En medio de la habitación. Mientras me follabas. Y luego me llevaste a la cama sin...

Me atrajo para besarme, suave y lento, un beso que sabía a sudor y satisfacción. —Eres absurdamente fuerte. Y, por lo visto, estás decidido a arruinarme para cualquier otro.

—Ese es el plan.

Su risa fue cálida, satisfecha. Me giré hacia un lado, llevándole conmigo, y se acomodó contra mi pecho como si siempre hubiera pertenecido ahí.

—El mejor San Valentín de la historia —murmuró contra mi piel.

Presioné mi boca contra su sien y no discutí.

—¿Y ahora qué pasa? —preguntó.

—Ahora dormimos.

—No me refiero a eso —apoyó la barbilla en mi pecho y me miró —. Sus ojos eran suaves en la luz tenue, ese particular color avellana que se volvía verde cuando estaba feliz—. Se suponía que el acuerdo terminaba hoy.

—¿Qué acuerdo?

Parpadeó. —El... ya sabes. El trato. Lo de fingir que salíamos.

—No sé de qué hablas —mantuve mi cara seria—. El único arreglo que conozco es el que te hice esta tarde.

Su boca se crispó. —¿Ah, sí?

—Así es.

—Y yo pensando que teníamos un contrato entero. Términos y condiciones. Tres semanas, hasta San Valentín.

—No me suena —tracé con el pulgar su pómulo—. Quédate. No solo esta noche. Quédate de verdad.

Su sonrisa comenzó lenta y se extendió hasta que toda su cara cambió. —Estaba planeando hacerlo.

—Bien.

—Bien —se acomodó de nuevo contra mi pecho, presionando un beso sobre mi corazón—. Brandy va a ser insoportable, ¿sabes? Lleva semanas diciéndome que esto era más que un acuerdo —hizo una pausa—. O como sea que no lo llamemos.

—Tenía razón.

—Ella suele tenerla. Ese es el problema.

Lo atraje más cerca. El silencio nos envolvió, ya no vacío, ya no solitario. Solo tranquilo.

Habíamos abierto la puerta para que las chicas pudieran dormir en sus camas. La respiración de Jamie se ralentizó, acompasándose en el sueño. Permanecí despierto unos minutos más, escuchándole respirar, sintiendo su peso contra mi costado. El miedo que me había mantenido en silencio durante semanas ahora parecía distante. Pequeño. Manejable.

Me había dicho que me amaba. Me había dicho que quería quedarse.

Había pasado años convencido de que todos se iban. Que querer algo significaba perderlo. Que lo más seguro era no querer nada en absoluto.

Pero Jamie seguía apareciendo. Cada mañana con café, cada tarde en mi puerta. Seguía apareciendo, y finalmente había dejado de tener miedo a dejarle entrar.

Algunas personas están hechas para irse y otras están hechas para quedarse.

Mi abuela había sabido cuál era ella. Había pasado toda su vida en la misma tienda, el mismo pueblo, la misma vida. No porque estuviera atrapada, sino porque había encontrado dónde pertenecía.

Atraje a Jamie más cerca, le sentí suspirar contra mi pecho. En algún lugar calle abajo, el Copper Kettle estaba cerrando. En algún lugar del parque, las parejas caminaban de la mano, sosteniendo ramos de mi tienda, celebrando un día diseñado para el amor.

Y aquí, en mi apartamento sobre Hutchinson Florals, tenía todo lo que había tenido demasiado miedo de desear.

Estaba empezando a entender lo que mi abuela quería decir.

Capítulo Diez

Jamie

La tienda estaba tranquila en las primeras horas de la mañana, con el caos posterior a San Valentín ya despejado y las neveras zumbando a su ritmo constante. Holden estaba junto a la mesa del fondo con una camiseta henley gris, las mangas remangadas, revisando por última vez las cajas de flores para la boda. El ramo de la novia descansaba en su propio contenedor, con peonías blancas y rosas de jardín en el tono rosado más pálido, con eucalipto colgante que había alambrado para que cayera de forma precisa. Los arreglos de las damas de honor en sus cajas etiquetadas. Los centros de mesa que le había visto construir ayer, cada uno idéntico pero de alguna manera artesanal, todavía con el cuidado particular de su atención.

Las perras me vieron primero. Marceline abandonó su puesto junto a la puerta y se acercó trotando, con todo el cuerpo meneándose. Bubblegum la siguió a su ritmo habitual y pausado.

—Hola —Holden levantó la mirada, y su rostro hizo eso, se suavizó, esa calidez a la que todavía me estaba acostumbrando a poder ver—. Ya te has levantado.

—Olí el café.

—En la encimera —cruzó la habitación, y antes de que pudiera alcanzar una taza, sus manos estaban en mi cara, inclinándola hacia arriba, y me estaba besando. Lento y minucioso, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo.

Cuando se apartó, me había quedado sin aliento.

—Buenos días a ti también —logré decir.

—Anoche dormí mejor que en meses —sus pulgares acariciaron mis pómulos—. Quería que lo supieras.

——¿Ah, sí? —miré alrededor—. ¿Cuánto tiempo llevas levantado?

—El suficiente para dar los últimos toques a las cosas delicadas. Creo que ya estamos listos para irnos —me besó otra vez, rápido esta vez, y luego dio un paso atrás—. Las flores tienen que estar en el albergue a las once. Tenemos tiempo de pasear a las chicas y desayunar primero, si quieres.

—¿Copper Kettle?

—A menos que prefieras preparar algo aquí.

—Copper Kettle, entonces —cogí el café que me había preparado, con nata y azúcar ya añadidos, porque me amaba.

Paseamos a las perras por las tranquilas calles dominicales, Marceline tirando de su correa para investigar cada olor interesante, Bubblegum trotando a mi lado con su habitual dignidad. El aire de febrero era frío pero no cortante, el cielo de ese particular tono azul invernal que hacía que las montañas parecieran lo bastante cercanas como para tocarlas.

La mano de Holden encontró la mía en algún momento alrededor de la segunda manzana.

No hablamos mucho. No lo necesitábamos. Simplemente caminamos juntos por el pueblo que comenzaba a sentirse como mío, con las perras guiando el camino, nuestro aliento formando vaho en el frío.

El Copper Kettle estaba medio lleno cuando entramos por la puerta: clientes habituales de los domingos por la mañana, algunas

familias, alguien leyendo el periódico en el reservado de la esquina. Mags levantó la vista desde la caja registradora, nos vio y sonrió.

—Buenos días, chicos —dijo—. El especial del desayuno de hoy son tortitas de plátano.

Ocupamos el reservado de la esquina. Las perras se acomodaron bajo la mesa, con la barbilla de Marceline sobre mi pie, Bubblegum presionada contra el tobillo de Holden. Mags trajo café y menús.

—Vosotros dos parecéis relajados —dijo—. ¿Habéis dormido algo después de vuestro ajetreado día?

—Algo así —dijo Holden, y me dedicó una suave sonrisa.

—Mmm-hmm —miró entre los dos, con algo conocedor en su expresión, y se colocó la bandeja bajo el brazo—. Tomaos vuestro tiempo. Los domingos son tranquilos.

Pedimos—huevos con beicon para mí, tortitas de plátano para Holden—. La comida estaba buena, el café estaba mejor, y cada vez que levantaba la vista, Holden me observaba con una expresión que me oprimía el pecho.

—¿Qué? —pregunté.

—Nada —sacudió la cabeza—. Solo... esto. Es bueno.

—Sí —extendí la mano por encima de la mesa, cubrí la suya con la mía—. Lo es.

Después del desayuno, dejé a las perras en mi casa mientras Holden volvía para cargar la furgoneta de reparto. Marceline protestó por el abandono con una serie de miradas intencionadas, pero Bubblegum ya estaba reclamando su lugar en el sofá cuando cerré la puerta.

El trayecto montaña arriba nos llevó veinte minutos, con la carretera serpenteando entre bosques de pinos espolvoreados con la nieve de anoche. Había hecho este viaje una vez antes, recogiendo a las perras de Landon aquí, antes de que acordáramos un territorio neutral para los intercambios de las perras.

Hoy se sentía diferente. La mano de Holden descansaba en mi muslo, cálida y firme, y la furgoneta olía a rosas y eucalipto. No iba a ver a Landon. Estaba en Cabo, en alguna playa, y yo estaba aquí con el hombre que amaba, entregando flores para una boda en un albergue que casualmente pertenecía a la familia de mi ex.

Aun así. Cuando el albergue apareció a la vista, aquella enorme estructura de madera con su tejado de pronunciada pendiente y paredes de ventanas que reflejaban los picos nevados, de repente me resultó difícil respirar.

—¿Estás bien? —La mano de Holden apretó mi muslo.

—Sí —me obligué a respirar—. Es solo que es raro estar aquí. Landon no está, pero este sigue siendo el lugar de su familia. No dejo de esperar girar una esquina y encontrarme con su madre.

Holden permaneció callado un momento. —No tienes por qué entrar. Puedo encargarme de la entrega yo solo.

—No —negué con la cabeza—. Quiero ayudar. Quiero estar aquí contigo —me giré para mirarlo, la forma en que la luz de la mañana perfilaba su rostro—. Además, no voy a dejar que Landon Hawkins arruine una cosa más para mí. Ni siquiera por asociación.

La boca de Holden se curvó. —Ese es mi rayo de sol.

—Cállate.

Aparcó la furgoneta cerca de la entrada de servicio, y salimos al aire fresco de la montaña. El albergue se alzaba sobre nosotros, todo madera oscura y piedra de río, ventanas que reflejaban nubes y cielo. A través del cristal, podía ver el gran salón, la enorme chimenea de piedra en su centro, con llamas ya ardiendo, y muebles de cuero dispuestos en grupos a su alrededor. A la derecha, el restaurante donde se celebraría la recepción. A la izquierda, el pasillo que llevaba a las habitaciones del hotel.

La magnitud aún me impactaba. No porque fuera impresionante, aunque lo era. Sino porque Landon había crecido aquí, había dado por sentado el tipo de riqueza que podía construir algo así, y yo había pasado dos años sintiéndome pequeña junto a todo esto.

Holden rodeó la furgoneta y se colocó a mi lado, mirando hacia el edificio. Con sus botas de trabajo y camisa de franela, con serrín aún adherido a sus puños, parecía exactamente él mismo. Imperturbable ante la grandeza. Sin impresionarse por el nombre en el edificio.

—¿Lista? —preguntó.

—Sí. —Cogí la primera caja de la parte trasera—. Hagamos que esta boda sea preciosa.

Vimos a Jolie, la coordinadora del evento, que nos guió por los pasillos de servicio hasta el gran salón, donde se celebraría la ceremonia.

El espacio se estaba transformando mientras observábamos. Los trabajadores colocaban sillas en filas frente a la chimenea, cuyas llamas proyectaban una luz cálida contra la piedra. Cintas blancas colgaban de las vigas del techo. Un arco esperaba, madera desnuda que pronto estaría cubierta con el follaje y las rosas de Holden.

—El ramo de la novia y las flores de las damas de honor van en la pequeña sala al final del pasillo —dijo Jolie, ya en movimiento—. Hay una nevera allí. Los centros de mesa van al restaurante para el banquete, los camareros están montando las mesas ahora. Los boutonnieres se quedan conmigo.

Descargamos todo en tres viajes. El restaurante era un caos: mesas que estaban siendo colocadas, sillas desapiladas, alguien discutiendo sobre la ubicación correcta del libro de firmas. A través del arco que daba al gran salón, atisbé más preparativos: gente corriendo de habitación en habitación, las sillas recolocadas, el arco esperando las flores.

—Los arreglos para el arco están en la última caja —le dijo Holden a Jolie—. Follaje y rosas blancas, como ella quería. Habrá que colocarlos aproximadamente una hora antes de la ceremonia.

—Me aseguraré de ello. —Le apretó el brazo—. Tu abuela estaría orgullosa, ¿sabes? Margaret siempre dijo que tenías el don.

La mandíbula de Holden se tensó. Sus hombros se echaron hacia atrás, y por un momento vi cómo el dolor cruzaba su rostro —apareció y desapareció, oculto antes de que alguien más pudiera notarlo. Asintió una vez, un gesto que transmitía más peso que las palabras.

—Dale la enhorabuena a Emma de mi parte —dijo.

Atravesamos el gran salón de vuelta hacia la salida. La luz de la mañana se filtraba por los ventanales de suelo a techo, atrapando motas de polvo, haciendo brillar las cintas blancas. Alguien había colocado programas en una mesa cerca de la entrada —*Emma y David, 15 de febrero de 2026*. A través del cristal, podía ver los

telesillas transportando a sus primeros pasajeros montaña arriba, diminutas figuras deslizándose por las laderas a lo lejos.

Me detuve sin pretenderlo.

Holden se paró a mi lado. Su mano se posó en mi espalda baja, cálida a través de mi chaqueta.

—¿Estás bien?

—Sí. —Miré el arco, las sillas vacías, la chimenea donde dos personas se pararían en unas horas y se dirían sí el uno al otro, prometiéndose para siempre. Las llamas bailaban en el hogar, y algo revoloteó en mi pecho; no era ansiedad, no era tristeza. Era algo que casi parecía esperanza—. Solo estaba pensando.

¿En qué?

Pensé en cómo había imaginado mi propia boda, una vez. Cuando estaba con Landon, cuando creía que duraríamos. Me había imaginado algo pequeño, íntimo. No en un lugar como este, nada tan grandioso. Solo un sitio que se sintiera como nosotros.

Dejé de imaginarlo cuando nos separamos. Me había convencido a mí misma de que no lo quería, no lo necesitaba, que estaba mejor sola.

Pero de pie aquí, en este espacio que estaba a punto de presenciar el comienzo de otra pareja, con la mano de Holden firme en mi espalda y su calor a mi lado, me permití imaginarlo de nuevo. Solo por un segundo. Lo suficiente para darme cuenta de que la imagen había cambiado. La persona había cambiado.

—Nada específico —dije, apartando el pensamiento antes de que pudiera echar raíces. Demasiado pronto para eso. Demasiado nuevo —. Solo que... esto es bonito. Las flores quedan bien.

—Están aceptables.

Resoplé. —Están preciosas y lo sabes.

Su boca se curvó. —Quizás.

Permanecimos allí otro momento, con el gran salón tranquilo a nuestro alrededor, el caos de la preparación amortiguado tras puertas cerradas. La chimenea crepitaba, arrojando calor al vasto espacio. El pulgar de Holden trazaba pequeños círculos en mi espalda a través de mi chaqueta.

—Deberíamos irnos —dijo—. Dejar que terminen de prepararlo todo.

—Sí. —Pero me giré hacia él en vez de hacia la puerta, me levanté sobre las puntas de mis pies y lo besé. Suave y rápido, simplemente porque podía. Solo porque él estaba aquí y yo estaba aquí, y estábamos de pie en una habitación llena de flores de boda que él había hecho con sus propias manos.

—¿Y eso a qué ha venido? —preguntó cuando me separé.

—Porque sí.

Sus ojos se suavizaron. —¿Sí?

—Sí.

Salimos al sol de febrero, su mano en la mía, las montañas recortadas contra el cielo azul. La furgoneta estaba cálida cuando subimos, y Holden no arrancó el motor de inmediato, simplemente se quedó sentado un momento, mirándome.

—¿Qué? —pregunté.

—Nada. —Negó con la cabeza, pero sonreía. Esa sonrisa rara, sin reservas, que yo había pasado semanas intentando ganarme—. Solo... gracias. Por venir conmigo.

—Quería hacerlo.

—Lo sé. —Se inclinó sobre la consola y me besó, más tiempo esta vez, con su mano acunando mi nuca—. Por eso te doy las gracias.

Pasamos el resto del domingo sin hacer nada.

No exactamente nada —yo lo llamé «relajación agresiva», lo que hizo que a Holden se le saliera el café por la nariz—, pero casi.

Recogimos a las perras de mi casa y las paseamos por el parque, con el aire de febrero lo suficientemente frío como para ver nuestro aliento, pero no tanto como para atravesar el calor que sentía cada vez que el hombro de Holden rozaba el mío. Pedimos pizza del sitio de la calle principal que estaba ahí desde que Holden era niño. Empezamos a ver un programa de repostería en Netflix, apretujados en mi pequeño sofá.

Holden no dejaba de buscarme. Su mano en mi muslo durante el espectáculo. Su brazo alrededor de mis hombros mientras comíamos. Sus dedos entrelazándose con los míos mientras dormitábamos.

Como si no pudiera creer del todo que yo estaba allí. Como si necesitara comprobarlo constantemente.

Se lo permití. Respondí a sus gestos cada vez. Le mostré con mis manos lo que ya le había dicho con palabras.

Acostúmbrate.

Holden

El martes por la tarde, Jamie se marchó para el intercambio de las perras.

Me ofrecí a acompañarle. Dijo que no —no de forma brusca, pero firme—. Necesito hacer esto solo —me dijo, besándome junto a la puerta—. Es la primera vez que le veré desde que todo cambió.

Lo entendí. Así que me quedé en la tienda, busqué algo que hacer con las manos e intenté no mirar el reloj.

Las flores para la boda habían sido un éxito ayer. La señora Redding había llamado esta mañana para decir que Emma había llorado al ver el ramo de novia, que el arco había sido todo lo que esperaba. Acepté el cumplido como siempre lo hacía, con un breve agradecimiento y un rápido cambio al siguiente trabajo. Pero esta vez algo de aquello se quedó conmigo. La calidad de la satisfacción. Como si quizás el trabajo importara más allá de hacerlo bien.

Mi abuela habría entendido ese sentimiento. Había pasado toda su vida creando cosas hermosas para los momentos importantes de otras personas. Bodas y funerales, nacimientos y graduaciones. Me enseñó que las flores eran solo el medio. El verdadero regalo era la atención. Percibir lo que la gente necesitaba incluso cuando no podían expresarlo.

Jamie llevaba cuarenta y cinco minutos fuera cuando sonó la campanilla.

Estaba en la puerta, sin perros, sin correas. Tenía las mejillas sonrojadas por el frío, pero sonreía.

—Hola.

—Hola —dejé el carrete de cinta que tenía sin cortar—. ¿Cómo ha ido?

Cruzó la tienda sin responder, no se detuvo hasta que estuvo pegado a mi pecho, con sus brazos alrededor de mi cintura y su rostro enterrado en mi camisa de franela. Lo rodeé con mis brazos y me aferré a él.

—Bien —dijo contra mi camisa—. Ha ido bien.

—¿Sí?

—Sí —Jamie se apartó lo suficiente para mirarme. La luz de la tarde iluminó su rostro, esos ojos tornándose verdes como hacían cuando estaba feliz—. También se disculpó. Por hacerme sentir mal conmigo mismo. Dijo que se aprovechó de que yo era demasiado bueno para llamarle la atención por sus gilipolleces.

Algo se alivió en mi pecho. No era perdón en nombre de Jamie —eso no me correspondía a mí—, sino alivio. Que hubiera conseguido algo que necesitaba. Que la puerta se hubiera cerrado correctamente.

——No eres demasiado —dije. Las palabras salieron con fiereza—. Nunca lo fuiste.

—Lo sé —su sonrisa era suave—. Estoy empezando a creerlo.

Me incliné y le besé. Lento, minucioso, el tipo de beso que decía todo lo que no tenía palabras para expresar. Sus manos se aferraron a mi camisa, acercándome más, y cuando nos separamos ambos respirábamos con dificultad.

—Llévame arriba —dijo.

Di la vuelta al cartel de CERRADO en la puerta y le seguí escaleras arriba.

Más tarde, yacíamos entrelazados en mi estrecha cama.

La cabeza de Jamie descansaba sobre mi pecho, sus dedos trazando dibujos distraídos sobre mi piel. La luz de la tarde se había vuelto dorada a través de las finas cortinas, y desde algún lugar del exterior llegaba el sonido distante de alguien paleando nieve. El radiador hacía clic y zumbaba.

—Reid envió un mensaje sobre la liga de trivial otra vez —dije—. Las inscripciones cierran el viernes.

—¿Empieza el mes que viene?

—Sí.

Jamie permaneció callado un momento, su mano todavía moviéndose sobre mi pecho.

—Deberíamos hacerlo —dijo—. Tú, yo y Reid. Solo necesitamos un cuarto —sus ojos se iluminaron—. Quizás a Brandy le gustaría unirse a nosotros.

Se rio, y sentí cómo la vibración recorría todo mi cuerpo. Mis brazos se estrecharon a su alrededor.

—Soy terrible en el Trivial —admití—. Reid no mentía sobre eso.

—Yo soy bastante bueno, así que nos equilibraremos.

¿Ah, sí?

—Lo sé —apoyó la barbilla en mi pecho y me miró con esos ojos que veían demasiado y lo aceptaban todo igualmente—. Hacemos un buen equipo, ¿recuerdas?

Pensé en las últimas tres semanas. El caos y la tranquilidad. Las mañanas en que aparecía con café, las tardes que pasábamos entrelazados, la forma en que había aprendido el ritmo de mi tienda y de mi vida como si siempre hubiera formado parte de ellas. Cómo había dejado de estremecerme cuando me buscaba. Cómo había empezado a buscarle yo también.

Pensé en el deseo. En cómo antes se sentía como una advertencia —el primer paso hacia la pérdida, la garantía del dolor—. Había pasado años manteniendo a la gente a distancia porque desear significaba perder, y ya había perdido bastante.

Pero este deseo se sentía diferente. No era desear a pesar del miedo, sino desear a través de él. Permitirme tener algo aunque supiera que podían quitármelo. Elegir el riesgo porque la alternativa, el apartamento vacío, el silencio que antes parecía paz, había dejado de ser suficiente.

—Sí —dije—. Es verdad.

Me besó el pecho, justo sobre el corazón, y luego se acomodó contra mí. Mis brazos le estrecharon instintivamente. Aferrándome,

de la manera que durante años me había convencido de que no necesitaba.

Había construido una vida en torno a la soledad. Me había dicho a mí mismo que el silencio era lo que quería.

Resulta que solo estaba esperando a la persona adecuada para llenarlo.

Jamie se movió contra mí, una mano extendida sobre mi corazón como si estuviera controlando mis latidos. Cubrí su mano con la mía.

Fuera, la oscuridad de febrero se había instalado sobre Prospect Ridge. Mañana habría pedidos que atender, clientes que ayudar, una vida que seguir construyendo. Pero ahora mismo, solo estaba esto: su calor contra mi costado, su mano sobre mi corazón y el silencio que por fin se sentía como un hogar.

Epílogo

Jamie

Junio

El espacio de coworking tenía esa peculiar tranquilidad de los viernes, esa que se instala alrededor de las cuatro cuando todo el mundo empieza a mirar más el reloj que sus pantallas.

Brandy estaba en su escritorio, con sus gafas de lectura color esmeralda sobre la nariz, ordenando una pila de carpetas con la energía concentrada de alguien que mentalmente ya había comenzado su fin de semana. Marceline y Bubblegum habían reclamado su lugar bajo mi escritorio horas antes, Bubblegum, hecha un ovillo, mientras Marceline se estiraba panza arriba, con las patas temblando en algún sueño.

Yo fingía trabajar en maquetas de sitios web para un hotel boutique en Aspen. El cliente quería una "estética montañesa elevada" con "calidez accesible", lo que significaba que llevaba veinte minutos mirando la misma paleta de colores, intentando decidir si el verde salvia parecía sofisticado o pasado de moda.

Las cuatro y quince. Holden cerraría la tienda a las cinco.

La puerta se abrió.

Marceline ya estaba de pie antes de que yo registrara los pasos, con todo su cuerpo vibrando de reconocimiento. Bubblegum levantó la cabeza, moviendo ya la cola. Me giré en la silla y sentí que mi corazón latía más rápido.

Holden estaba en la puerta con flores en las manos.

No era un gran arreglo. Algo pequeño y perfecto: guisantes de olor en tonos de lavanda y blanco, algunos tallos de vara de plata, envueltos en papel marrón y atados con cordel. Gratitud. Placer. El lenguaje de su abuela, hablado con fluidez. Olían a verano, un aroma leve y dulce.

—Has llegado temprano —dije.

—Jake me está cubriendo —Holden cruzó la habitación, mientras los perros rodeaban sus piernas en un frenético saludo. Se inclinó para rascar detrás de las orejas de Marceline, luego las de Bubblegum, antes de enderezarse y ofrecerme las flores—. Para ti.

Las tomé. Este era nuestro viernes ahora. Cada semana desde San Valentín, Holden aparecía con flores que había preparado para mí.

Brandy hizo el mismo sonido encantado de siempre, una especie de arrullo suspirante que probablemente ella creía sutil.

—Vosotros dos sois adorablemente empalagosos, ¿lo sabéis, verdad?

Las orejas de Holden se pusieron rojas. Igual que siempre.

Levanté la cabeza para recibir un beso.

El beso fue breve. Estábamos en público, Brandy nos observaba, los perros intentaban meterse entre nuestras piernas, pero aun así hizo que mi pulso se acelerara. Su brazo rodeó mi cintura, y cuando me aparté, sus ojos tenían esa suavidad que solo mostraban cuando me miraban a mí.

—Holden, le estás malcriando —dijo Brandy.

—Ese es el plan.

Me reí, y la boca de Holden se curvó en esa rara sonrisa que todavía se sentía como una victoria cada vez que la conseguía.

—Hablando de planes. —Brandy se levantó, cogiendo algo de su escritorio: una carpeta de manila con un montón de papeles dentro. Sus uñas perfectamente arregladas golpearon contra el borde mientras cruzaba la habitación—. Esto llegó mientras trabajabas.

Puso la carpeta en mi escritorio. La abrí y sonreí.

Un contrato de alquiler. Por un año, a partir del mes siguiente. La dirección que había estado esperando desde que visité el lugar hace tres semanas: tablas blancas con un porche y un jardín que daba a las estribaciones.

—Los propietarios por fin te han contestado —dijo Brandy, con las gafas de lectura deslizándose por su nariz—. Todo está listo. Tres dormitorios, jardín vallado para las chicas, vistas a la montaña desde la cocina. —Hizo una pausa, y su boca se crispó—. Techos altos.

—Interesante característica —dije, hojeando las páginas. Mis manos no estaban del todo firmes.

—Muy práctico. —Brandy miró a Holden—. Para invitados altos que podrían visitar con frecuencia.

—Brandy.

Ella sacó un bolígrafo de alguna parte —siempre tenía bolígrafos, se multiplicaban en su presencia— y lo puso en mi mano.

—Firma, cariño. Antes de que le des demasiadas vueltas.

Miré el contrato, la dirección, la línea que esperaba mi firma.

Un año. No de mes a mes, no manteniendo mis opciones abiertas, no con un pie fuera de la puerta. Un año en Prospect Ridge, en una casa con espacio para los perros y espacio para que nosotros creciéramos.

Firmé.

La mano de Holden se posó en mi nuca, cálida y firme, con su pulgar trazando pequeños círculos sobre mi piel. Me apoyé en su contacto sin pensarlo. Nuestro ritmo ahora, tan familiar como respirar.

—Enhorabuena —dijo Brandy mientras recuperaba la carpeta, con una sonrisa cómplice—. Las llaves estarán listas la semana que viene

—ya se estaba retirando a su escritorio, dándonos un espacio que fingía no estar dándonos—. Ahora marchaos de aquí. Es viernes. Id a celebrarlo.

Caminamos a casa bajo la luz del atardecer, con las perras trotando delante y mis flores apretadas contra mi pecho. El aire de junio era cálido, el tipo de noche de principios de verano que se alargaba eternamente, y en algún lugar de la manzana alguien estaba haciendo una barbacoa. La mano de Holden encontró la mía sin que ninguno de los dos la buscara.

—Hay mucho espacio —dije—. En esa casa.

—Lo hay.

—Sitio para más de una persona.

Permaneció callado durante unos pasos. Su pulgar se movía contra mis nudillos, hacia adelante y hacia atrás.

—La cosa es —dije, y mi voz sonó más firme de lo que esperaba —, que no quiero que solo estés de visita. Te quiero allí. Conmigo. Todo ello: las mañanas, los días malos, las perras acaparando la cama. —Dejé de caminar. Él también se detuvo—. Vente a vivir conmigo.

Bajo la luz cálida, su expresión cambió. Los muros que había construido con tanto cuidado, la distancia que había mantenido durante años… se desvanecieron por completo. Solo Holden, mirándome como si yo fuera la respuesta a una pregunta que había dejado de hacer.

—Sí —dijo—. Vale.

—¿Vale?

—Sí —su voz sonaba áspera. Extendió la mano hacia mí, una mano acunando mi mandíbula, levantando mi rostro hacia el suyo—. Sí. Yo también quiero eso. Todo.

Agarré su camisa y tiré de él hacia abajo hasta que su frente tocó la mía. —Bien. ¿Porque ese tocador victoriano que has estado restaurando? Me lo quedo para mis jerséis y sé exactamente dónde va a ir.

Se rio, realmente se rio, el sonido brotando de él por sorpresa, y luego me besó. Allí mismo en la acera, con una mano en mi pelo y la otra rodeando mi cintura. Las flores quedaron aplastadas entre

nosotros y Marceline ladró una vez, impaciente, pero ninguno de los dos se apartó.

Cuando regresamos a mi apartamento, puse las flores en agua. Las coloqué en la encimera de la cocina, junto a la ventana donde la luz del atardecer iluminaba los pétalos.

Junto a ellas, en un pequeño marco de cristal que había comprado en Timberline Antiques, había unos pétalos prensados. Ranúnculos y rosas de jardín de color rosa pálido, con los bordes marrones y apergaminados. Del primer arreglo, el que me había pedido para mí mismo antes de que todo esto comenzara, antes de que Holden me besara en el parque, antes de nuestro Arreglo de San Valentín y la tienda y las noches enredados conociéndonos el uno al otro.

Eres más que suficiente. Recuérdalo.

Había escrito esas palabras para un hombre triste y solitario que ya no existía. Alguien que quería creer que merecía flores incluso cuando nadie más las compraba.

Holden se acercó por detrás. Sus brazos me rodearon los hombros, su barbilla apoyándose sobre mi cabeza; la diferencia de altura que antes me hacía sentir pequeño ahora solo me hacía sentir protegido. Me recliné contra él, contra el sólido calor de su pecho, el ritmo constante de su corazón contra mi omóplato.

Afuera, las montañas se habían vuelto doradas en la luz menguante. Las perras habían encontrado sus lugares en sus camas. El nuevo sitio nos esperaba, con un jardín para las chicas, espacio para ambos y paredes lo suficientemente altas para un hombre que había pasado años convencido de que ocupaba demasiado espacio.

—Simplemente porque sí —murmuró Holden contra mi pelo.

Las mismas palabras. Las primeras palabras. Las que lo iniciaron todo: la amabilidad de un desconocido disfrazada de deber, antes de que conociera su nombre, antes de que conociera sus manos, antes de que supiera cómo me abrazaría.

Me giré entre sus brazos, me puse de puntillas y lo besé.

El hogar no era un lugar. Era esto: sus brazos alrededor de mí, su latido bajo mi palma, las flores en la encimera, las perras a nuestros pies y todo un pueblo que de alguna manera se había convertido en nuestro.

El hogar era él.

También por Argentina

Paws and Claws - Box Set
Old Dogs and New Tricks: Perros viejos, trucos nuevos
Double Dog Dare: Atrévete, si te atreves
All Bark and No Bite: Mucho ladrido, poco mordisco
Like Cats and Dogs: Perros y Gatos
The Ranch
Unbound: Donde termina el deber, empieza el deseo
Unbroken: Sanación a través del Amor
Unlucky: Visto y Amado
Standalones
Matchhombre

Acerca de Argentina

La lista de deseos de Argentina incluye visitar todos los parques nacionales y correr una milla en diez minutos. Pasa su tiempo libre en su jardín, navegando en kayak por los ríos de Texas y llenando su casa con diversos proyectos de bricolaje. Su tortuga roja, Pebbles, disfruta de las fresas congeladas, de tomar el sol bajo su luz ultravioleta y de pasar tiempo de calidad al aire libre en los días soleados, mientras que Lucrezia, su siamesa, duerme la mayor parte del tiempo.

Puedes encontrar más información en argentinaryder.com o en su página de autora en Amazon.